

Pierre Boullé

el buen LEVIATÁN

El autor arremete aquí contra quienes son incapaces de concebir
una posible relatividad del Bien y del Mal



Lectulandia

El gigantesco petrolero a propulsión nuclear *Gargantúa* surge ante la angustiada mirada de los ecólogos como un monstruo pernicioso que pasea por los mares. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, semejante criatura infernal se revela bajo un aspecto doblemente bienhechor. En primer lugar, debido a ciertas virtudes insospechadas de la desintegración atómica. Y luego, a causa de una imprevista propiedad contenida en el viscoso veneno que acumula en sus flancos.

«Pido perdón a los ecólogos humildes y sinceros —nos dice Pierre Boulle—. En este libro solo arremeto contra quienes practican el culto ciego e inmoderado ante la moda y que, sobre todos, son incapaces de concebir una posible relatividad del Bien y del Mal». Tal es el mensaje, el símbolo que nos quiere transmitir Pierre Boulle con esta su nueva obra.

Lectulandia

Pierre Boulle

El buen Leviatán

ePub r1.0

Lipa 09.08.15

Título original: *Le bon Léviathan*
Pierre Boule, 1978
Traducción: Rosalía Vázquez

Editor digital: Lipa
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera Parte

I

Le habían bautizado el *Gargantúa* (naturalmente, sin ceremonia alguna, pues ningún sacerdote hubiera corrido el riesgo de comprometerse rociándole con agua bendita). Pero los apodos con los que se viera abrumado mucho antes de su nacimiento, se referían todos a criaturas repelentes. Para los pescadores de la costa atlántica era el «maldito» o el «monstruo». Para los cultivados, «Moby Dick». El dragón pestilente, para los románticos, y, para algunos, el *Leviatán*. Y fue este último mote el que perduró, el de una criatura vomitada por el infierno. Se lo habían adjudicado sus enemigos más encarnizados cuando todavía era sólo un fantasma, una imagen confusa surgida cierta noche de insomnio en el cerebro fecundo de *Madame Bach*, imagen a la que pronto dio cuerpo en croquis, planos, luego en maquetas, enriquecida por el cúmulo de consideraciones técnicas y financieras que siempre acompañan a la gestación de un audaz proyecto industrial y coreada por las furiosas protestas que, invariablemente, se reserva a toda innovación.

En el instante de su nacimiento, es decir, cuando fue expulsado de la matriz de madera y metal donde sus dispares elementos habían sido ensamblados y armonizados durante años para ir formando poco a poco un organismo coherente, al surcar las aguas, su ambiente vital, medía cerca de cuatrocientos metros de longitud. Sus flancos tenían una capacidad de seiscientas mil toneladas de petróleo. Sus cisternas vacías, *boyante* en la jerga marinera, el puente de mando sobre el que reinaba el capitán Müller, dominaba la mar con sus cuarenta metros. Pero, aparte de sus dimensiones, lo que le distinguía de los demás petroleros, era el reactor nuclear destinado a garantizar su propulsión, el cual, ligeramente hacia popa, alcanzaba con su torreta protectora una altura casi igual a la de un castillo. Su perfil evocaba la aleta inquietante de una especie de gigantesco monstruo marino, lo cual hubiese justificado el sobrenombre de «Moby Dick» si el color grisáceo de las chapas no hubiera hecho inadecuada toda comparación con la ballena blanca. Su proa, vista desde el puente de mando, aparecía como una extensión inmensa, casi desértica, de acero sin el menor relieve.

—Extraña armazón —solía decir el capitán Müller cuando acudía a contemplar la silueta que cada día iba adquiriendo forma en un astillero de Saint-Nazaire, el cual hubo de modificarse para que pudiera tener lugar semejante parto.

Madame Bach, presidenta de la compañía, había insistido en la presencia del capitán durante una buena parte de la construcción del navío, así como de varios oficiales de puente y mecánicos, con el fin de que se familiarizaran con aquella novedad. Algunos marinos amigos de Müller, que él mismo invitara a visitar el astillero, se hacían eco de aquella observación, moviendo la cabeza con aire crítico y siempre en tono peyorativo. Los petroleros gigantes, los *super tankers*, como en ocasiones se les llamaban, no gozaban de buena reputación entre los hombres de la mar. Encontraban incómoda la pesadez en la maniobra y, sobre todo, el servicio

extenuante que los armadores exigían de la mayoría de sus tripulaciones; una navegación incesante sin el menor respiro, ya que el navío zarpaba una vez más para una nueva travesía, una vez repletas sus cisternas en Oriente o descargadas en Occidente. Además, tales operaciones solían llevarse a cabo en alta mar, a varias millas de las costas, ante la boca de un oleoducto sumergido.

Pero el *Gargantúa-Leviatán* despertaba otros muchos agravios entre la población. Su botadura ofreció una nueva ocasión para que aquellas gentes pudieran expresar su rencor y desprecio.

Una vez libre de las últimas amarras que le retenían en tierra, el monstruo, con un brusco estremecimiento de todos sus órganos, comenzó a deslizarse por el camino graso que le habían preparado. Instantes después se sumergía en el estuario del Loira, que le acogió con sus reacciones habituales: gavillas irisadas, remolinos y dobles oleadas sumergiendo los costados. Pero semejantes reacciones, que en la botadura de los barcos corrientes se armonizaban con el entusiasmo de una multitud regocijada, aparecían en esta ocasión como reflejos de ira derivados del furor que el *Leviatán* despertaba en los corazones atlánticos y en buen número de otros muchos. Los escasos espectadores que asistían a la ceremonia se sentían embargados por cierto malestar. En su mayoría habían acudido por obligación, sobreponiéndose a su repugnancia.

La ceremonia fue un fracaso del principio al fin. Mientras que el gigante, reduciendo su impulso, se disponía a que un remolcador le condujera hasta el muelle donde aún habrían de llevarse a cabo infinidad de tareas que le permitieran navegar por sus propios medios, el capitán Müller, rodeado de algunos oficiales en el puente principal, deploraba la mala fe, el mal humor de algunos, la superstición enfermiza de otros, conjugados en aquella fecha para convertir la botadura del navío en una penosa prueba. A lo largo de su carrera había asistido a numerosas botaduras de buques, incluso había participado en una de ellas con ocasión de tomar el mando de un nuevo buque de carga, pero jamás hubo de contemplar una manifestación tan lamentable. Nunca se había sentido tan humillado.

—Jamás, jamás hubiese podido imaginarme semejante afrenta —le decía a David que estaba junto a él—. Rostros consternados, ni un solo aplauso...

—Ya verá, mi comandante. Todo cambiará cuando se den cuenta de que el *Gargantúa* no es el monstruo pernicioso que ellos se imaginan y que, por el contrario, sólo desea su bienestar.

David, físico atómico que había pasado de la investigación pura a las aplicaciones industriales y cuyos servicios había logrado obtener *Madame* Bach para la puesta a punto del reactor y llevar a cabo, al propio tiempo, la educación nuclear de los oficiales mecánicos, estaba animado de un optimismo inextinguible, optimismo que a veces alcanzaba el nivel de filosofía. Maurelle, el secretario de *Madame* la presidenta, aseguraba que era una mezcla del doctor Pangloss, algo menos extravagante y mucho más sabio, y del padre Teilhard de Chardin, con la salvedad de la fe cristiana.

—No siendo marino de profesión, hay cosas que usted no puede sentir, *Monsieur David* —rugió el capitán—. Este desprecio es un insulto a toda la marina mercante.

Madame Bach, que permanecía en el muelle con *Maurelle*, acompañados de algunos contados oficiales de mirada inquieta, debía de sentir la misma frustración, pero *Madame Bach* no acostumbraba a exteriorizar sus íntimos sentimientos, sobre todo cuando se trataba de decepción y humillación, y su rostro se mantenía sereno pese a la glacial acogida dispensada a una realización de la que ella había sido la iniciadora.

Viuda de un armador multimillonario, había heredado numerosas empresas de su marido. Las dirigía con suma competencia haciéndolas prosperar, pero incorporando al instinto de los negocios y de la oportunidad de que su marido diera prueba en vida, cierto toque de audaz originalidad que acaso él no hubiese aprobado. Hasta el momento había salido siempre triunfante, a pesar de que algunos reveses le habían creado temporalmente dificultades, pero sin llegar jamás a empañar su seguridad ni la inalterable confianza en sí misma. Con ella, las dificultades parecían evolucionar siempre en ventajas y debido a ello había alcanzado una reputación excepcional en el mundo de la industria y las finanzas. Esto explica que su proyecto para la construcción de un petrolero de seiscientas mil toneladas, a propulsión nuclear y que hasta entonces se había considerado poco razonable en Francia, hubiese atraído la atención de un poderoso grupo que, finalmente, le había otorgado su confianza para la creación de una compañía, de la que ella era presidenta, y cuyo objetivo inmediato lo constituía la construcción y explotación de dicho navío. *Madame Bach* acariciaba muchos otros proyectos que dependían del éxito de éste. Consideraba al *Gargantúa* como un prototipo y proyectaba la construcción de otros barcos del mismo tipo, acaso todavía más grandes, y para más adelante la generalización de la propulsión nuclear en la marina mercante y los paquebotes. Éste era uno de los motivos por los cuales había contratado a *David* para quien la energía atómica era una especie de religión y que soñaba con ampliarla a todos los terrenos.

—No tenemos un aspecto muy gallardo con esa triple fila de guardia móvil, mi querido *Maurelle* —dijo *Madame Bach* en voz baja a su secretario—. Son más numerosos que el público. ¿Ha sido suya la ocurrencia de semejante servicio de orden?

Pese a su tono sin inflexiones, desprovisto de cualquier acritud, el joven atisbo un reproche en la voz de su superior. Además, cuando se dirigía a él llamándole «mi querido *Maurelle*», no era en modo alguno una expresión de afecto, sino su forma de expresar una alabanza o, en su caso, reprobación. En este caso particular, el sentido estaba claro e intentó disculparse.

—Tenía varios motivos para temer una manifestación violenta como las que hubo antaño contra las centrales.

Ante la hostilidad suscitada por la construcción del barco, *Madame Bach* había ordenado que *Maurelle* se trasladara durante los últimos meses a Saint-Nazaire, con

una misión de relaciones públicas, funciones que en otras oportunidades había desempeñado con éxito en otros terrenos y para las que, a juicio de ella, estaba especialmente cualificado, dado su carácter jovial y sus agradables modales. Pero había fracasado en sus esfuerzos por presentar la propulsión nuclear como un evidente progreso y se sentía bastante disgustado al no haber logrado reducir la tirantez de una atmósfera cuya hostilidad aparecía subrayada en aquellos momentos por la frialdad de la ceremonia.

—*La Coja* es una diablesa de la que cabe esperar lo todo —añadió—. Tanto ella como el profesor Havard, se muestran más virulentos que nunca y pueden reunir buen número de seguidores. Me ha parecido oportuno poder hacer frente a cualquier eventualidad estableciendo un importante servicio de orden.

—*La Coja* es muy astuta —observó en el mismo tono *Madame Bach*—. Con toda seguridad, habrá previsto su gesto de prudencia y ha preferido atacarnos hoy con el desprecio e incluso ridiculizándonos.

La Coja y el profesor Havard eran los enemigos más encarnizados del petrolero nuclear. Vivía en una aldea a más de doscientos kilómetros de allí, cerca de un puerto en la desembocadura del Gironde, puerto que más adelante habría de ser la terminal del *Gargantúa*, pero su influencia se extendía por toda la costa atlántica e incluso más allá de ella. Si los obreros que trabajaban en el astillero desde hacía varios años y que, de ordinario, acudían como a una fiesta para asistir a una ceremonia que glorificaba su obra, si incluso ellos se habían abstenido en el último momento, Maurelle sabía que, en gran parte, se debía a la influencia de *la Coja*.

Los papanatas de la ciudad y sus alrededores, siempre ansiosos por asistir al espectáculo de la botadura de un barco, tampoco habían aparecido. También había desertado la mitad del personal necesario y la operación estuvo a punto de tener que ser aplazada. Sólo fue posible gracias al refuerzo aportado por Guillaume, el mecánico jefe del *Gargantúa*, que decidió que sus equipos que ya trabajaban en el navío remplazaran a los obreros de los astilleros que no comparecieran.

Ni un solo barco había hecho acto de presencia en el estuario para dar la bienvenida al nuevo navío al que tanto los marineros como los pescadores consideraban un temible intruso. No había sido posible encontrar ni un sacerdote para que hiciera siquiera un esbozo de bendición. El obispo de la diócesis, a quien Maurelle tratara de atraer a su causa, había respondido fríamente que no estaba convencido de que aquella monstruosa máquina destinada a surcar los mares fuera una empresa agradable a Dios. Consideraba que no le asistía derecho alguno para, haciendo uso de su autoridad, tratar de vencer las reticencias de sus feligreses.

El último golpe bajo asestado a los organizadores de la ceremonia fue la desertión de los músicos que, sin previo aviso, se habían abstenido de comparecer. El diputado que aceptara presidir la manifestación, leyó su discurso en medio de una atmósfera fúnebre, perorata que apenas recibió unos tímidos aplausos que lograron con dificultad romper el silencio reinante en el muelle y las aguas. Una vez estrellada

la botella de champaña, los técnicos se habían apresurado de una manera furtiva, casi a hurtadillas, a abatir las últimas gradas, precipitando al *Gargantúa* a su elemento. Su entrada estruendosa en las aguas, la actitud desabrida que ahora aparentaba dominando con la altura desmesurada de su puente de mando al minúsculo remolcador que lo sujetaba, se le aparecieron a David como las demostraciones de cólera y desprecio de una personalidad irritada por la insultante falta de atenciones de que había sido objeto.

El tumulto de su inmersión no contribuyó a aclarar la atmósfera. El diputado dobló con furia los folios de su discurso y, tras estrechar en silencio la mano de *Madame* Bach, se dirigió con grandes zancadas hacia su coche. Los demás funcionarios y algunos escasos curiosos se dispersaban con igual celeridad, como si se sintieran avergonzados de asistir a una ceremonia impía. La inútil guardia móvil volvía a sus camiones con aire resignado.

El capitán Müller que, en el puente del navío, había considerado conveniente cuadrarse, pese a no haberse escuchado *La Marsellesa*, volvió a su posición normal y sus oficiales le imitaron. Cada uno se dirigió a su puesto para ayudar en las delicadas maniobras de amarre en el muelle. *Madame* Bach, que aquella misma tarde había de volver a París, se despidió de Maurelle y, enfrentándose con rostro tranquilo a la mala suerte, le aseguró que en modo alguno le hacía responsable de todos aquellos sinsabores.

—Lo esencial es que la construcción haya llegado a buen fin. Y ahí está, ante nuestros ojos. Y navega. Sólo espera a su tripulación. El reconocimiento llegará más tarde, cuando haya pasado la prueba. Usted continúe con su tarea para lograr que seamos menos impopulares. Sin duda regresaré pronto. Entretanto, mi querido Maurelle, ¡que Dios nos proteja de los ecólogos!

—¡Que Dios nos proteja de los ecólogos! —repitió el joven en tono rencoroso, una vez hubo ayudado a la señora presidenta a subir a su coche.

II

«Por aquel tiempo, la Naturaleza estaba poblada por ecólogos...», escribía Maurelle.

Había regresado al muelle mientras observaba de lejos el amarre del *Gargantúa*. Luego se encaminó hacia el navío, deseoso de cambiar impresiones con su comandante y presentarle excusas por una ceremonia tan poco brillante. Llegó ante el petrolero que dominaba al muelle, semejante a un acantilado, en el preciso momento en que acababan de colocar una escala provisional para poder subir a bordo. Se encaramó hasta el primer puente; luego, a los puentes superiores. Toda la tripulación presente estaba dedicada a sus trabajos y tuvo la impresión de que era un intruso. Aplazó para más tarde su conversación con Müller y, tras instalarse en un saloncito preparado de manera provisional para los oficiales cuya presencia a bordo era de todo punto necesaria, sacó de su cartera una libreta y preparó una nota destinada a la Prensa, relatando la botadura del barco, aunque, naturalmente, sin hacer la menor alusión al ambiente lamentablemente hostil de aquel acontecimiento. Mientras la releía, suspiró. Aquella prosa por encargo le parecía insípida. Como el capitán permanecía invisible, decidió consagrarse al pasatiempo con el que tenía la costumbre de ahuyentar los grises nubarrones. Al instante su rostro se serenó. Aun cuando su naturaleza no fuera fundamentalmente optimista como la de David, siempre se esforzaba por rechazar el asalto de los pensamientos melancólicos, y casi siempre lo lograba expresando por escrito sus motivos de contrariedad; esto, para su propia satisfacción y con cierta tendencia a ridiculizarlos de forma bastante sarcástica. De manera que, una vez hubo guardado la nota impuesta por sus funciones, y considerando que no tenía nada más que decir sobre el asunto, se inclinó de nuevo sobre la libreta y escribió:

«Por aquel tiempo, la Naturaleza estaba poblada por ecólogos. En este último cuarto de siglo proliferaban de manera tan inquietante como la población del Globo, cuyo crecimiento evidente y catastrófico ellos estigmatizaban diariamente calificándolo de explosión demográfica. Estaban distribuidos en incontables clanes, pero todos ellos con una tremendista visión común: la de la Tierra que avanzaba con una rapidez incesantemente acelerada por la vía de la putrefacción y esto a causa de la locura del hombre. Se consideraban a sí mismos como los últimos elementos sanos y prudentes de una Humanidad presa de creciente degeneración y, además, ciega. Pero entre aquellos clanes existían diversos modos de expresión.

»Algunos, descendientes en línea recta de los poetas por entonces desaparecidos, se limitaban a estremecerse horrorizados ante las abominaciones geométricas de un mundo desfigurado por la mecánica y envenenado por la química. Sufrían sinceramente en lo más profundo de su alma y en su carne al contemplar la humareda nauseabunda que lanzaba a los cielos una fábrica, al descubrir los guijarros de una playa embadurnados de grasa y alquitrán, o cuando la breca que habían admirado

agitándose en el extremo de su sedal resultaba incomible, apestando toda ella a petróleo. Sufrían con modestia, casi siempre en silencio y sus ocasionales lamentos nunca se escuchaban más allá del círculo de sus íntimos.

»Pero había otra especie de ecólogos más escandalosos. Éstos agitaban muy alto su estandarte y soplaban con toda la fuerza de sus pulmones en las trompetas anunciadoras del juicio final. Éstos se alzaban en todo momento con furor contra la más mínima alteración llevada a cabo en la Naturaleza y se pronunciaban ruidosamente contra toda mejora debida a la mano del hombre. De esa manera perseguían con su mal humor, agobiando con insultos a sus constructores y a los usuarios, a los automóviles, los trenes, todo barco que no navegara a vela, sin duda alguna a los aviones, los abonos, los pesticidas, los grandes conjuntos de cemento, al propio tiempo que los chamizos y las chabolas, las vacunas, cualquier remedio que no fueran plantas y, de manera general, todo aquello capaz de lograr que la existencia terrestre resultara algo menos aburrida, algo menos monótona, algo menos dolorosa, algo menos precaria. Desde el mismo punto de vista, proclamaban muy alto el derecho a la vida de los mosquitos, las ratas, los lobos, los perros rabiosos y las setas venenosas, por la sencilla razón de que todos ellos son elementos naturales de nuestro medio ambiente.

»Los ecólogos, considerando la civilización presente como un infierno, y siendo torturadores sádicos al mismo tiempo que masoquistas, avivaban el impulso de las llamas, tanto para su propia satisfacción como para sembrar el terror en las almas sencillas. Así, cada día calculaban con delicia la cantidad de veneno que aquel o este ingrediente destilaba sobre una pequeña superficie, la extrapolaban al punto a la superficie terrestre y se sentían gozosos al agobiar a la Humanidad asombrada bajo el peso de miles y miles de toneladas de azufre, de óxido de carbono y otros elementos perniciosos. Seguidamente y para persuadir a conciencia a esa Humanidad de que no tenía la más mínima posibilidad de salvarse, evaluaban la cantidad de oxígeno que un avión de reacción quemaba en una hora, la multiplicaban por un factor erizado con una larga fila de ceros y llegaban triunfalmente a la conclusión de que antes de resultar envenenados, antes siquiera de sucumbir ante la inevitable plaga de hambre que también predecían, sin duda todos los seres perecerían asfixiados, ya que en cuestión de muy pocos años la atmósfera se extinguiría».

Maurelle interrumpió, por un instante, aquella exposición que le servía para expulsar la bilis, reflexionó durante algunos momentos prestando oído a los diversos ruidos que llegaban hasta él procedentes de las entrañas del *Gargantúa*, y luego, siendo por naturaleza objetivo con cierto matiz de escepticismo, se dispuso a proseguir de esta guisa: «Ni que decir tiene, que los ecólogos habían forzado la aparición de los antiecólogos, siguiendo con ello la ley universal, la ley de las leyes, la de la acción y la reacción...».

Le interrumpió la llegada de David. El físico, que en calidad de curioso se había mostrado interesado en las maniobras de amarre, se encontraba en aquellos

momentos ocioso, al igual que Maurelle (habrían de transcurrir varios meses antes de que el reactor estuviera dispuesto para la carga), por lo que dirigió sus pasos hacia el salón, la única habitación más o menos habitable junto con el apartamento del capitán Müller, quien había decidido vivir en adelante en el barco. Maurelle le acogió sonriente. Los dos hombres habían simpatizado, pese a que les separaba un abismo tanto por el carácter como por su formación.

—Lamentable jornada —observó Maurelle.

—¿Lamentable? A mí no me lo ha parecido. Creo que todo ha transcurrido bien.

—¿No se ha dado cuenta del ambiente hostil?

David hizo un ademán despreocupado, como si aquellas cuestiones no tuvieran el menor interés para él.

—En efecto, ahora que me lo dice, acaso le faltó algo de alegría a la ceremonia.

—Y mucho me temo que esa atmósfera persista. Confío en que no le haga lamentar demasiado sus antiguas investigaciones. Debía de ser agradable trabajar con un equipo entusiástico, animado por la pasión del descubrimiento.

—Pero yo tengo la impresión de trabajar aquí con un equipo de amigos incondicionales —exclamó David—. El capitán Müller, *Madame* Bach a su manera, estoy seguro, Guillaume, a quien he iniciado en la física atómica y que empieza a desenvolverse muy bien. E incluso usted...

Maurelle se echó a reír sin hacer la menor referencia al «incluso».

—No pensaba en nosotros —murmuró—. Es verdad que formamos un pequeño equipo, pero precisamente se trata de un equipo rodeado de gruesos muros. Pensaba en los otros.

—Para mí, los otros no cuentan. Siempre he logrado aislarme del ambiente que me rodea. Aquí, igual que en cualquier otra parte.

Maurelle se le quedó mirando como a un animal extraño. El que se pudiera trabajar con semejante entusiasmo en un ambiente tan hostil no podía por menos de causarle asombro y admiración. Por su parte, se limitaba a cumplir sus funciones de manera consciente, lo que no dejaba de parecerle meritorio.

—¿Incluso cuando trabajaba en el perfeccionamiento de la bomba?

Después de las investigaciones teóricas en una universidad, David había estado empleado, efectivamente, en la defensa nacional en calidad de especialista atómico.

—Incluso entonces. En todo momento sólo he pensado en el resultado final.

—¿Que era la muerte del mayor número de personas?

—Que era el de perfeccionar al máximo un aparato. Jamás he tenido otro ideal.

—¡Otro ideal! —protestó Maurelle.

—Y la mayoría de mis colegas pensaban como yo. Jamás hemos tenido consciencia de haber conocido el mercado, como decía Oppenheimer —prosiguió el físico, visiblemente deseoso de explicarse a fondo—. De la misma manera, durante la Segunda Guerra Mundial, Von Braun y algunos otros se dedicaban noche y día a poner a punto las «V2», animados tan sólo por la esperanza de llegar a la Luna y sin

conceder la menor atención a los perjuicios secundarios que pudieran derivarse.

—Secundarios y pasajeros —observó Maurelle con una sonrisa.

—Y la Historia les ha dado la razón. El resultado final ha sido la conquista del espacio, o, al menos, un comienzo. Con nosotros, los físicos e ingenieros atómicos, ocurrirá lo mismo. Las investigaciones llevadas a cabo para la bomba son elementos muy valiosos para la construcción ulterior de reactores para usos pacíficos, cuya primera aplicación fueron las centrales nucleares. Los estudios llevados a cabo para éstas nos han proporcionado, a su vez, datos inapreciables para la propulsión de los barcos, y las que estoy realizando aquí, así como la puesta a punto de los submarinos, servirán también para alcanzar el objetivo final del que le hablaba; en definitiva, el único válido, es decir, un conocimiento cada vez más profundo y exacto de la materia. ¿No está de acuerdo?

—No sé si es ése el ideal que se alberga en el espíritu de *Madame Bach* —murmuró Maurelle en tono soñador.

—Al igual que la mayoría de los hombres y mujeres de acción, no tiene conciencia de ser un elemento de ese progreso. Pero indudablemente lo es. A este respecto, el padre Teilhard ha dicho cosas interesantes. Los investigadores como yo necesitan la ayuda de un espíritu emprendedor como el suyo. Desde ese punto de vista, si existe una providencia como suelo con frecuencia creer, nuestro encuentro en torno al *Gargantúa* parece haber sido uno de sus beneficios.

—Y todo sea para bien en el mejor de los mundos —comentó Maurelle sonriendo de nuevo.

—Escúcheme. Gracias a ella hoy ha sido botado el *Gargantúa*. Es posible que las circunstancias no hayan sido las que usted hubiera deseado, pero mírelo. Ahí está.

—En efecto, ahí está y eso es exactamente lo que ella me ha dicho —admitió Maurelle—. Así pues, ¿no teme usted, en modo alguno, que contribuya a envenenar los mares como teme la opinión pública? En ocasiones, llego a plantearme esas cuestiones.

—Ni el menor riesgo.

El ademán con que David subrayó su respuesta, barriendo todas las objeciones de ese tipo, era tan despreocupado que el joven no pudo evitar el reír, esta vez abiertamente.

—Sin duda tiene razón. Debería ser el primero en desechar todo temor, precisamente yo quien repite, *urbi et orbi*, que el *Gargantúa* es inofensivo. Pero algunos de sus doctos colegas, incluso entre los más distinguidos, no comparten su opinión.

—Son unos asnos —protestó David, montando súbitamente en cólera—. ¿Supongo que se refiere a ese animal de Havard?

—Entre otros.

Maurelle empezaba a divertirse, y con el fin de prolongar aquella situación, se ingeniaba por despertar la animosidad de su amigo hablándole de su obsesión.

—Un asno, un topo que no ve más allá de sus narices pese a ser miembro del Instituto. Un ser sin imaginación, incapaz de considerarlo todo en conjunto, para quien el concepto de una línea general representa un esfuerzo imposible. Su ciencia no excede de los símbolos de una fórmula química. Es incapaz de captar el espíritu.

Se calmó con igual rapidez que se había exaltado. Y se puso en pie.

—Podría exponerle con todo detalle cuanto excede a su entendimiento, pero necesitaría varias horas. Lo haré algún día que disponga de más tiempo. Pero ahora tengo una cita en la ciudad. Mañana empezaremos a equipar el reactor. Ahora únicamente disponemos del material importante. He pedido al capitán que me preparen una cabina en el barco. Lo mismo que él prefiero vivir en el astillero.

—Seguiré todavía un rato aquí —dijo Maurelle—. He de terminar un informe. Y más vale que lo haga aquí.

Vio, pensativo, cómo se alejaba su amigo y seguidamente reanudó lo que él llamaba su informe en el mismo punto donde lo suspendiera. Releyó la última frase, tuvo un recuerdo para Valéry, murmuró «exactamente mediodía» y prosiguió:

«Naturalmente, los ecólogos habían provocado la aparición de los antiecólogos, de acuerdo con la ley universal, la ley de las leyes, la de la acción y la reacción, que gobierna tanto los espíritus como la materia. Éstos eran menos numerosos, pero, en ocasiones, casi igual de virulentos. Se consideraban como una élite intelectual de mirada penetrante...».

Se interrumpió por unos instantes y su pensamiento se centró en David. Luego prosiguió:

«... lo que en ocasiones era verdad. Felicitándose por eludir la moda pesimista gracias a la agudeza de su inteligencia, que les permitía percibir los resortes ocultos del Universo bajo la apariencia engañosa de nuestra civilización materialista, no perdían ocasión de afirmar su optimismo feroz, inquebrantable, pese a los malos vientos y a las mareas negras.

»De un manotazo relegaban a los espacios interestelares los millones de toneladas pestilentes que se abatían sobre nuestro planeta, liberado y purificado súbitamente por el hálito de su fe. Un reducido número de ellos iba más allá, afirmando que el Universo está constituido de tal forma que todo veneno lleva en sí, obligadamente, su antídoto, o incluso que esos pretendidos perjuicios con los que nos abruman los ecólogos, marcan la aparición de una nueva etapa en la evolución, una modificación del ambiente al que se adaptarán los organismos, como se han adaptado a tantos otros avatares desde la existencia de los organismos».

Hizo una nueva pausa, mientras reflexionaba en que aquello no era una exageración suya. Una reciente conversación con David le había convencido de que aquello era su pensamiento íntimo. Alentado por la satisfacción de encontrarse en el buen camino, prosiguió:

«Si no proclamaban abiertamente que todo es para bien en el mejor de los mundos, es porque esto ya se había dicho y ellos se enorgullecían de emitir fórmulas

originales.

»Huelga decir que ecólogos y antiecólogos libraban entre sí una lucha feroz. Sus armas habituales eran los folletos, los panfletos, las cartas abiertas, las injurias y, en ocasiones, las manifestaciones violentas. Los primeros calificaban a sus adversarios de asesinos, de matadores de la Naturaleza. "¡Que se detenga a los físicos! ¡Que se cierren los laboratorios!", vociferaban con Bretón. Y también: "¡Abajo la ciencia! ¡Colgad a los químicos!". Los optimistas preferían a la invectiva violenta, el desprecio y el sarcasmo. Comparaban a sus oponentes con los topos, los calificaban de larvas indignas de la condición humana, o bien, enarbolando como bandera el fantasma del padre Teilhard de Chardin, les acusaban del crimen de lesa evolución».

III

Maurelle se detuvo, releyó algunos pasajes casi con la complacencia de un escritor profesional y vaciló en añadir algunas páginas, con la sensación de que aún tenía mucho que decir sobre una cuestión que le afectaba tan a fondo. Ese tipo de escritos tenía el don de devolverle su buen humor natural. Pero caía la tarde y ya no tenía nada que hacer en el barco. Antes de volver al hotel donde se alojaba en la ciudad, subió al puente de mando con la esperanza de encontrar al capitán Müller. En efecto, éste se encontraba allí y parecía de mal humor. Estaba dando instrucciones con tono brusco al responsable del servicio de seguridad del turno de noche. Ya que si bien los ecólogos sólo se habían manifestado aquel día y desde hacía ya algún tiempo únicamente con el desprecio, las autoridades sabían por experiencia que eran capaces de adoptar actitudes mucho más peligrosas para exteriorizar su protesta, llegando incluso a la agresión y al sabotaje.

Maurelle había aconsejado tales medidas de prudencia. Una vez hubo logrado establecer determinados contactos con ciertos medios, no descartaba en modo alguno que el enemigo reanudara la guerra caliente tan pronto como recibieran órdenes de sus jefes. Si bien aquel día el servicio de orden hubiese resultado superfluo, *la Coja* era capaz de movilizar numerosos efectivos. Maurelle tenía conocimiento de su influencia sobre los habitantes de la costa, así como que recientemente la había ampliado a diversas organizaciones mucho más peligrosas, acostumbradas a llevar a cabo operaciones con comandos.

Se excusó ante Müller del triste desarrollo de la ceremonia que había tenido lugar aquel día.

—Sé perfectamente que usted no tiene culpa alguna —le tranquilizó el capitán—. Los culpables son ellos, que resultan intratables. Y aparecen por todas partes. Se palpa su injerencia en todos los medios, en todas las oficinas. Intimidan a las autoridades más altas. Inspiran temor... ¿Conoce su última hazaña, señor Maurelle? —añadió en un tono a la vez quejoso y furioso.

Maurelle adivinó sin esfuerzo que aquel *ellos* se refería a los ecólogos, los enemigos jurados del *Gargantúa*, de sobrenombre *Leviatán*, aquellos a quienes habían aprendido a detestar todos los servidores del navío, desde *Madame Bach* hasta el último de los marineros.

—¿Cuál fue la última?

—¡Caramba! Se lo toman con tiempo —se lamentó Müller—. Como si estuviéramos ya en condiciones de hacernos a la mar mañana mismo. ¡Daría gracias al cielo porque así fuera! Qué más quisiera que el *Gargantúa* estuviese en condiciones de zarpar y abandonar este condenado país. Pero aún pasarán muchos meses. De aquí a entonces habremos de tragar mucha bilis.

—¿Cuál fue la última, comandante? —repitió Maurelle inquieto.

—¿Sabe lo que tendremos que hacer cuando naveguemos entre la niebla, señor

Maurette? Es una nota que acabo de recibir de no sé qué oficina, que se dice marítima e internacional.

—No soy marino, pero lo supongo. Dar constancia de su presencia con la sirena y la campana, como todos los demás barcos.

—Desde luego, con la sirena y la campana, pero no como todos los demás barcos —rugió el capitán—. Nada de eso. Nuestro navío no es como los otros. Una señal especial para nosotros, sólo para nosotros, inventada para nosotros. Está configurada en esta nota por media página de sonidos largos y breves. Escrito en negro y blanco: Hay que prevenir a los demás del peligro mortal en que les ponemos, ¿no es así? No sólo un riesgo de colisión, sino también de proximidad. Y asimismo se ha previsto todo para la noche. Una iluminación especial también para nosotros solos. Y para nuestras primeras pruebas en la mar un itinerario impuesto, alejado de los bancos de pesca, establecido sin tener en cuenta el fondeamiento, establecido por cualquier chupatintas que lo ignora todo sobre navegación y que recibe órdenes de los ecólogos. ¡Y aún podemos felicitarnos de que no se nos obligue a tocar la campana de forma permanente, incluso con buen tiempo, como si fuéramos un barco de apestados!

Maurette, tras expresarle su simpatía por aquella nueva humillación, se despidió de él, bajó al muelle y se dispuso a volver a su hotel. Antes de subir al coche se volvió para contemplar largamente la silueta del petrolero, cuya silueta destacaba con claridad sobre el crepúsculo, dando la impresión de ser todavía más gigantesco que en pleno día. Su monstruosa estructura parecía desafiar tanto a la mar como a la tierra.

—Ahí está y eso es lo esencial —dicen *Madame* Bach y David. Acaso tengan razón. Después de todo, y en la penumbra, bien podría parecer una catedral. Convendrá que estudie la forma de sugerir ese aspecto, pero me parece que tengo pocas probabilidades de lograrlo. El genio del mal, *Leviatán*, así se lo imaginan *la Coja* y el profesor Havard. ¡Imposible pensar cómo un miembro del Instituto pueda caer en tan aberrante superstición! David tiene razón, es un perfecto asno.

Aquellas reflexiones le sumergieron de nuevo en la atmósfera de irritante lucha que libraba de manera simultánea con la simplicidad popular y con determinado grupo de hombres de ciencia. Una vez llegó a su hotel, comprendió que sólo podría desembarazarse de aquellos pensamientos que le importunaban, expresándolos como le era habitual. Y así lo hizo. Siguió escribiendo a continuación del texto que comenzara en el barco:

«Un ingenuo hubiera imaginado que, al iniciarse este debate, los científicos se hubiesen alineado bajo el estandarte de quienes tenían fe en la ciencia y predicaban el evangelio del progreso. No fue así en modo alguno. Los sabios se habían dividido en dos facciones y gran número de ellos se aliaron al clan de los ecólogos. Y si no unían sus voces a las de los coros que aullaban "¡Colgad a los físicos y a los químicos!" era porque el instinto de conservación les obligaba a abstenerse, pese a sentirse tentados.

Pero otro instinto les incitaba a oponerse con toda la autoridad que les confería su renombre, a cada una de las innovaciones tendentes a modificar la buena y antigua marcha de las cosas.

»Y esto pudo comprobarse algunos decenios antes, cuando surgieron los primeros proyectos de utilización de la energía atómica...».

No era aquél el primer combate que Maurelle libraba contra los ecólogos. Rememoró la época en que, todavía muy joven, recién salido de la Universidad donde obtuviera la licenciatura de Ciencias con el fin de satisfacer la curiosidad que por entonces sentía, y una licenciatura en Letras, que correspondía a sus gustos y aficiones, le contrató la EDF para encargarse ya de las relaciones públicas y hacer propaganda en favor de las centrales nucleares. También entonces había sufrido buen número de sinsabores. Prosiguió:

«... En cada ocasión que dichos proyectos lograban el apoyo de alguna celebridad científica, antiguo premio Nobel o premio Nobel en potencia de Física, Química o Biología, tan pronto aquella eminencia demostraba con pruebas irrefutables que respaldaba su teoría, que la energía nuclear no representaba peligro alguno para las poblaciones y que, por el contrario, contribuía infinitamente menos a contaminar el cielo, la tierra y las aguas que el carbón o el petróleo, surgía al punto otra personalidad no menos célebre del mundo de la Ciencia, miembro del Instituto, Nobel o futuro Nobel de Biología, Química o Física, para demostrar, con argumentos científicos igualmente irrefutables, que la utilización del átomo en una central representaba un terrible peligro, capaz de provocar, si no una explosión del planeta, al menos el lento envenenamiento de toda una región, una degradación insidiosa de su tierra, de su cielo y de sus aguas, dando lugar, en plazo más o menos corto, a toda una avalancha de cáncer y de leucemia, y constituyendo la perspectiva más optimista la de una generación de descendientes víctimas de malformaciones físicas y mentales, terminando indefectiblemente con la decadencia y la muerte.

»Así que los científicos de ambas facciones trataban de situarse al alcance de los profanos y preferían expresarse con imágenes sencillas en vez de mediante cálculos elaborados. Los partidarios de las centrales habían inventado una nueva unidad de volumen para evaluar la cantidad de desperdicios perjudiciales que deberían almacenarse en las entrañas de la tierra: la piscina olímpica. Y así proclamaban que, para el programa previsto hasta fines de siglo, el volumen de estos desperdicios no excedería de tres, cuatro o cinco piscinas, cifra mucho menos impresionante que los miles de millones de metros cúbicos esgrimidos por sus adversarios. En cuanto a los sabios ecólogos escribían, por ejemplo, que una bola de plutonio del tamaño de una simple naranja, manipulada en esas centrales, bastaría para borrar del Globo a toda la Humanidad. Tal imagen que conmocionara los espíritus fue rebatida de formas muy diversas por los antiecólogos con tono más o menos sarcástico. Una de esas réplicas afirmaba que si a algún lunático se le ocurriera, como sus sabios colegas parecían sugerir respecto al plutonio, condensar en una bola del tamaño de una naranja un

veneno como la batracotoxina, por ejemplo, en su estado puro, veneno mil millones de veces, aproximadamente, más tóxico que el plutonio, dispondría, sin duda alguna, de un medio para borrar de la superficie de la Tierra, siguiendo el razonamiento de sus eminentes colegas, mil millones de veces a la Humanidad. Ellos, por su parte, opinaban que, para evitar accidentes tan lamentables, había un medio en extremo sencillo que encontraban asombroso no se les hubiera ocurrido a sus ilustres oponentes: consistía, sencillamente, en no absorber el tóxico.

»Aquellas irreductibles posiciones de los especialistas más cualificados habían inspirado un ingenioso plan a algunos espíritus sutiles. Afirmaban que, considerando que los sabios más expertos se revelaban incapaces de ponerse de acuerdo entre sí, la solución consistía en dejar que zanjaran el debate quienes no entendían de él una sola palabra. Sin embargo, no prosperó la fórmula de un referéndum, considerada por un momento.

»La controversia jamás quedó zanjada y las buenas gentes que aún no habían tomado partido por una u otra facción, permanecían atónitas y angustiadas, testigos obligados de aquella lucha encarnizada entre el buen sentido aparente y la inteligencia sutil, de aquellas divergencias entre los cerebros más poderosos del país y de fuera de él».

—Ya está —concluyó para sí Maurelle.

Se sintió algo más serenado con aquellas líneas de literatura fácil y se contentó con ello. Para dar fin a una jornada decepcionante, sólo le quedaba ir a sentarse al restaurante del hotel donde una tosca camarera le servía la cena, siempre el mismo menú, sin una sonrisa, con los dientes apretados, la imagen viva del desprecio que los servidores del navío maldito suscitaban en la ciudad.

Con un suspiro se instaló solo ante su mesa habitual, algo apartada de la de los demás comensales, como si hubieran querido ponerle en cuarentena. Reflexionó que Müller y David tenían mucha razón al residir en el mismo barco y se prometió pedir al capitán que le acondicionaran también a él una cabina.

—Siempre será más divertido que aquí —murmuró entre dientes—. Y, además, la situación estará más clara: por una parte, el *Gargantúa*; por la otra, el mundo hostil.

Le pesaba la soledad que se acumulaba a la pesadez de la atmósfera. Tuvo un recuerdo para Martine, la amiga ingrata que le abandonara desde que él ligara su destino al de aquel navío, incapaz de acostumbrarse a la vida de provincias y, sobre todo, al ostracismo del que también ella era víctima por parte de los habitantes de la ciudad al igual que todos los que de cerca o de lejos tenían alguna relación con el *Gargantúa*.

Volvió a su habitación, releyó los folios que escribiera, hizo ademán de romperlos y luego, encogiéndose de hombros, los archivó. Ahuyentó la imagen de Martine. Su imagen final de la jornada estuvo inspirada por la virtuosa indignación del capitán Müller. Y logró sonreír al imaginarse el permanente estruendo de una enorme campana, incorporada al morro del navío gigante para avisar de su pernicioso

acercamiento.

—Como sucediera antaño con los leprosos del medievo —susurró antes de quedarse dormido.

IV

Meses después, tan pronto como el *Gargantúa* estuvo en condiciones de hacerse a la mar, su primer viaje fue para cumplir con la nueva botadura que le habían preparado cerca del puerto petrolero del burgo Le Verdón, no lejos de la desembocadura de la Gironde, que más adelante habría de ser el puesto de amarre eventual después de varias travesías. *Madame* Bach, que no regateaba los gastos de inversión cuando se trataba de coronar con éxito sus ideas, había creado allí toda una instalación que permitiera terminar de equipar el reactor y su puesta a punto bajo la eficaz vigilancia de David, teniendo en cuenta que los astilleros de Saint-Nazaire no estaban preparados para esos delicados trabajos. Pues si bien las hélices del gigante podían ya girar, si las turbinas y los alternadores se encontraban en condiciones de funcionar, si la instalación eléctrica estaba casi terminada, la energía que accionaba todo aquel mundo la aportaban unas calderas accesorias, vulgares calderas de mazut, *mis* buenas y viejas calderas, como solía decir el jefe de mecánicos Guillaume a David, las que sin duda no son capaces de llevar a cabo las actuaciones de *su* reactor, pero que ya se encuentran bajo presión y que somos afortunados de tenerlas a nuestra disposición, mientras que habrán de transcurrir varios meses antes de que *su* máquina pueda enviar vapor a *mis* turbinas.

—Es posible —respondía David en el mismo tono—, pero una vez cargado *mi* reactor, el *Gargantúa* podrá dar siete veces la vuelta al mundo sin escalas, sin necesidad de perder horas y más horas en un puerto con el fin de abastecer *sus* viejas calderas.

—Es verdad —gruñía Guillaume—. Lo realmente terrible es que lo llevará a cabo o al menos casi. ¿Acaso cree que ése es el progreso y que la tripulación le bendecirá por tales actuaciones?

El físico se encogía de hombros riendo. No existía antagonismo entre los dos hombres que se habían repartido tácitamente el imperio de las máquinas. Guillaume hablaba de *sus* calderas, de *sus* turbinas, de *sus* alternadores, de *sus* condensadores; David de *su* reactor nuclear. Pero, aun afirmando el dominio de su especialidad, cada uno se esforzaba por iniciarse en la del otro. Para Guillaume, era a la vez instinto profesional y un deber. David no se quedaría para siempre en el *Gargantúa*. Al cabo de algunos viajes, una vez que el reactor hubiera pasado las pruebas de funcionamiento, sería el mecánico jefe quien se haría cargo de la maquinaria. Desde hacía unos meses, David daba conferencias a todos los oficiales mecánicos del barco con el fin de ponerles al corriente de los principales misterios de la reacción atómica y de los problemas que pudiera plantear. En cuanto al físico, su curiosidad siempre alerta en lo que se refería al comportamiento de la materia, su sed por familiarizarse con los miles de combinaciones posibles le incitaban a buscar toda ocasión de instruirse sobre el funcionamiento de aparatos antiguos, pero, sin embargo, nuevos para él y a solicitar en ocasiones, con humildad, las explicaciones aclaratorias de

Guillaume. Satisfecho ante aquella actitud, éste se encontraba siempre dispuesto a darle todas las explicaciones necesarias con la ayuda de infinidad de esquemas.

El capitán Müller no era ajeno a aquel cordial entendimiento. Al comienzo de su colaboración y ante la reserva huraña de Guillaume cada vez que se trataba de la propulsión nuclear, su larga experiencia le hizo aventar una posible rivalidad entre el físico y el mecánico, con todos los inconvenientes que de ella pudieran derivarse en la vida a bordo. Al presentarles había tomado la delantera declarando con autoridad.

—En este momento estoy leyendo un libro muy interesante: *Nuclear Ship propulsion*, de un tal llamado Rowland F. Pocock. He aquí un pasaje de la introducción: «El doctor Alan Davis ha dividido en dos categorías a los expertos en propulsión nuclear marítima: los ingenieros nucleares, que desconocen cuanto se refiere a los barcos, y los ingenieros de la Marina, que lo ignoran todo sobre energía nuclear». ¿Qué opinan ustedes sobre ello?

Al cabo de una leve vacilación, los dos hombres se mostraron de acuerdo, esbozando una sonrisa, en que aquello les parecía una gran verdad. Müller apreció su actitud y prosiguió con renovada energía:

—Por mi parte, me inscribo en una tercera categoría: entre los que no saben nada sobre energía nuclear y muy poco sobre el funcionamiento de las máquinas en la Marina. Pero, en cambio, conozco los barcos desde otro aspecto y sé que su comportamiento en la mar depende en gran medida de la armonía que reine entre quienes le sirven.

La sonrisa de Guillaume y David se acentuó, y luego se estrecharon la mano. Gracias a algunas observaciones del mismo tipo que el capitán dirigiera a todos sus subordinados una vez los hubo reunido, también a bordo del *Gargantúa* reinaba la armonía entre los oficiales del puente y los oficiales mecánicos. Y aquello era lo suficientemente excepcional para que *Madame* Bach se felicitará diariamente por haber elegido a Müller para dirigir los destinos del petrolero gigante.

Pero, aun cuando el entendimiento reinara a bordo del *Gargantúa*, no ocurría lo mismo entre la tripulación y la población de la costa que se mostraba todavía más hostil que la de Saint-Nazaire. Acaso fuera aquella misma animosidad que todos sentían pesar sobre sus hombros, desde el capitán hasta el cocinero, lo que había contribuido a reforzar el espíritu de equipo. De hecho, el abismo parecía ahondarse cada vez más entre el navío y el mundo exterior, un mundo víctima de la fiebre ecológica.

Maurette lo había previsto. Habiendo acompañado al buque hasta su nuevo puerto de atraque con la misma misión de relaciones públicas, se veía obligado a admitir un nuevo fracaso, si cabe más completo que el anterior, a pesar de todos los esfuerzos que realizara con el fin de destruir la leyenda maléfica que le habían endosado al *Leviatán*. Bien es verdad que en esta ocasión se enfrentaba con una población sobre la que *la Coja*, que vivía en una aldea vecina, tenía una influencia directa y también, en general, a una recrudescencia de la campaña desarrollada en el país por los

ecólogos.

Una vez construidas las centrales nucleares pese a su oposición sin que el medio ambiente hubiera sufrido perjuicio visible alguno, los ecólogos parecieron calmarse por un tiempo. Pero en realidad no fue así. Las llamas de su furor no eran visibles, pero la brasa ecológica seguía viva. El proyecto de construcción del *Gargantúa* actuó sobre ella como el soplo de un violento mistral. ¡Era un barco demasiado atrayente!, se lamentaba Maurette. ¡Petrolero y nuclear! Algo doblemente contaminador, como si hubiera sido concebido por el Maligno para propagar las dos peores plagas de la Humanidad. Si como último extremo podía aceptarse resignadamente la existencia de un reactor inmóvil, encadenado en una fábrica al acero y el cemento ¡qué decir de un monstruo que circulaba libremente, propagando la perversidad del átomo por todos los océanos y en todos los puertos! Sus adversarios disponían de una formidable carta recordando el precedente de un barco japonés del mismo tipo que se había revelado peligrosamente radiactivo y que errara por los mares largo tiempo, con una tripulación en peligro de muerte, rechazado sin piedad en todas las costas donde trataba de hacer escala. Para colmo de males, aquel monstruo contendría en sus flancos seiscientas mil toneladas de petróleo, potencial jamás alcanzado hasta entonces para las mareas negras perniciosas que podrían producirse con la primera tempestad que se desatara, mareas que harían parecer la del *Torrey Canyon* como una ligera película.

Sin embargo, los trabajos continuaban a bordo del *Gargantúa*, que de vez en cuando hacía pruebas en la mar, movido todavía por las calderas auxiliares. Maurette tomaba parte, de vez en cuando, en aquellas cortas travesías. Aquella tarde se encontraba en el puente de mando conversando con el capitán Müller, que se mostraba satisfecho con el comportamiento de su navío. Felices de evadir el penoso ambiente de la costa, los dos hacían lo posible por no referirse a ella sin que siempre pudieran lograrlo. David se reunió con ellos, un David que se había endosado un mono de fogonero, con las manos sucias y el rostro cubierto de sudor.

—No se le ha visto desde que partimos, señor David —dijo Müller—. Sin embargo, no es su reactor el que le acapara. Todavía no está cargado.

David le contestó que había pasado el tiempo en la sala de calderas. El capitán mostró su aprobación ante aquella conducta.

—Me satisface que no desprecie demasiado nuestra antigua maquinaria. Supongo que ha subido aquí para respirar algo de aire puro.

—Nada de eso, comandante. He venido para informarle que todo va bien allí abajo y que, de cualquier manera, no tengo demasiada fe en los beneficios del aire puro.

El capitán se lo quedó mirando desconcertado, como si acabara de oír una barbaridad. Las observaciones del físico solían causar profunda estupefacción a aquel marino amante de la Naturaleza para quien uno de los mayores sufrimientos era el que le reprocharan atentar contra ella. Maurette sonrió.

—David afirma que la mística del aire puro carece de fundamento razonable — declaró.

—Como casi todo aquello destinado a enfrentar lo natural con lo artificial — afirmó el físico—. El aire que en este siglo se pretende que está contaminado por la industria es tan natural como el que respiraban nuestros antepasados de las cavernas.

—¡Imposible! —protestó Müller al borde de la indignación.

—Tan sólo Hvard y algunos otros seudocientíficos de su misma especie son capaces de creer que el medio ambiente es el que crea las condiciones de vida, comandante. La realidad es todo lo contrario, y eso lo sabemos desde James Lovelock. Los seres vivos son quienes determinan y condicionan ese medio ambiente en el sentido que les es necesario. Desde que surgiera la vida, que suscitara la aparición de una atmósfera, ésta ha ido siendo ajustada sin cesar por el conjunto de las criaturas para mantenerla conforme a sus necesidades vitales. Y eso es lo que seguimos haciendo de manera inconsciente.

Aquél era el tipo de conversación que el físico mantenía frecuentemente con Maurelle, a quien le gustaba oírle exponer sus teorías favoritas. En cambio, al capitán Müller no le satisfacía en absoluto algo que le parecían paradojas.

—Ni una miserable barca a la vista —suspiró.

Empezaba a caer la tarde, pero la luz aún era fuerte. El *Gargantúa* proseguía su curso lento en solitario. Durante todo el día, apenas habían percibido en el horizonte la línea de flotación de dos o tres buques de carga que entraban en el puerto.

—Aquí es normal —prosiguió Müller—. Se me ha impuesto este itinerario alejado de las rutas marítimas y los bancos de pesca. Pero no ha visto usted lo más divertido, señor David. —Éste se encontraba junto a las máquinas que bastaban para hacerle feliz—. Cuando zarpamos había en alta mar algunos veleros, sin duda veraneantes llegados de La Baule. Tan pronto como se han dado cuenta de que nuestro *Gargantúa* enfilaba hacia alta mar, han iniciado la fuga. Una desbandada general. También se encontraban allí algunos pescadores. Idénticas maniobras, el mismo enloquecimiento. Y, sin embargo, sabían perfectamente que no íbamos a atravesar por su sector. ¡Santo Cielo! Respeto rigurosamente las consignas. Hubiera pasado lo más lejos posible. Pero, para ellos, siempre sería demasiado cerca. A cinco millas de distancia corren el riesgo de que les contaminemos.

—¿Qué hubiera ocurrido si el reactor hubiese estado cargado? —observó riendo David—. A bordo no hay un solo miligramo de uranio.

Su conversación quedó interrumpida por necesidades del servicio. El capitán recibió varios informes confirmando que todo marchaba a pedir de boca, tanto en lo que se refería a las máquinas como en los puentes. Luego hizo modificar ligeramente el rumbo con el fin de mantener el barco dentro de los límites impuestos. Seguidamente, cuando ya anochecía, ordenó que se vigilara el encendido de las luces con tono de voz que hizo temblar al joven oficial a quien iba dirigida la orden.

—Y, sobre todo, no se equivoque —gruñó—. Ha comprendido bien el esquema

absolutamente desacostumbrado que nos ha sido impuesto. Repita.

El otro repitió sin equivocarse. El capitán, encogiéndose de hombros, se reunió de nuevo con Maurette y David.

—Ni una onza de uranio, ni un gramo de petróleo —repitió—. Pero, para todos los marinos, es un barco del diablo. Incluso vacío les inspira temor. Me pregunto cuál será su actitud cuando transporte seiscientas mil toneladas de petróleo bruto y esté cargado su reactor. De cualquier forma, no podrá ser más desagradable ni humillante —añadió en tono desengañado.

—Desde luego, no más humillante —admitió Maurette tras una ligera reflexión—. En cuanto a más desagradable, no pondría la mano sobre el fuego, comandante. Sigo temiendo que su odio llegue a manifestarse un día de manera más brutal que con el mero desprecio.

V

Madame Bach había acudido para ver cómo avanzaban los trabajos y lo encontró todo satisfactorio. El navío comenzaba a navegar bien. Pronto habría que proceder a cargar el reactor y a ponerlo en marcha. Sin duda, dentro de tres o cuatro meses, después de nuevas pruebas, el *Gargantúa* estaría preparado para realizar su primera travesía hasta Oriente y regresar con su carga. Entonces la compañía empezaría a recoger los frutos de las enormes inversiones que habían sido necesarias para su alumbramiento. Desde ese punto de vista, la señora presidenta sólo tenía elogios que dirigir a unos y otros y no se mostró avara con ellos. Una vez que hubo dado fin el capítulo de las consideraciones técnicas, mostró su inquietud por el desagradable clima que se respiraba en la región, clima que no mejoraba, que incluso, de acuerdo con los informes de Maurelle, iba deteriorándose y por el que, como bien podía darse cuenta, sufría toda la tripulación, circunstancia nada favorable, a su juicio, en cualquier tipo de empresa.

En el salón que formaba parte de las habitaciones del capitán, habitaciones dotadas de todas las comodidades deseables como era la pauta en todos los grandes petroleros y que en el *Gargantúa* llegaban a tener visos de cierto lujo, *Madame* Bach se reunió con Müller, David y su secretario, con el propósito de tener, sobre todo con este último, una seria conversación.

Al mencionar Maurelle la acción que llevaba a cabo *la Coja*, la mirada de *Madame* Bach relampagueó iracunda.

—¡Otra vez *la Coja*, mi querido Maurelle! —exclamó—. No pensarás que vamos a permitir que esa individua dificulte nuestros planes.

Todas las autoridades de la compañía petrolífera, en especial *Madame* Bach, conocían la existencia de *la Coja* y su personalidad. La campaña que orquestara desde los orígenes del proyecto, había dado lugar a buen número de reuniones en la cumbre y al estudio de numerosos planes tendentes a neutralizarla, planes que habían fracasado en su totalidad.

—No es sólo ella —murmuró David—. También está...

—Lo sé. El profesor Havard —le interrumpió *Madame* Bach—. Pero, por el momento, él no es peligroso, mientras que *la Coja* sí lo es, si consideramos lo que me ha contado, Maurelle.

—A mi juicio lo es, *Madame*.

Resumió con breves palabras el tipo de mujer que era *la Coja*, la influencia que tenía en la región y los numerosos clanes que había reunido alrededor de su muleta.

—¿No ha encontrado ningún medio de hacerla entrar en razón?

—¡Razón! —arguyó Maurelle con tono rencoroso—. Dios sabe bien que disponemos de muy buenas razones y las he cribado intentando que las admitieran tanto ella como sus amigos, envolviéndolas en papel dorado. Todo inútil. Me han contraatacado con todos los argumentos, todas las antiguas estupideces proferidas

antaño contra las centrales, incrementadas con algunas inéditas: el *Gargantúa* afirman que deja una estela de radiactividad mortal. Toda la mar contaminada se cubrirá pronto de toneladas de peces muertos. Les he expuesto todas las precauciones adoptadas, todas nuestras experiencias previas. He llevado a algunos, casi a la fuerza, hasta una sala de proyección —ni que decir tiene que no he podido hacerlo con *la Coja*; jamás se ha dignado responder siquiera a mis intentos—, pero, cuando llegamos, algunos de sus amigos acudieron. Lo vieron, hicieron una mueca y no quedaron convencidos. Les he invitado a venir a ver con sus propios ojos el grosor del metal que aprisiona los átomos, a que lo midan. Todo inútil. Los pescadores están convencidos de que su mar se va a convertir en un caldo de cultivo y que los elementos de su fauna y flora que se libren por milagro de la radiactividad, están condenados a la destrucción debido a la monstruosa carga del barco. Ellos ya están viendo esas seiscientas mil toneladas de petróleo bruto ensuciando millares de kilómetros cuadrados de océano. En caso de naufragio...

—Que yo sepa, el *Gargantúa*, no está destinado a naufragar —le interrumpió *Madame Bach* con tono glacial—. ¿No es así, comandante?

—Es una hipótesis que no se me ha ocurrido ni un momento.

—Pero ellos hablan como si eso fuera a ocurrir con toda seguridad tan pronto como zarpe —prosiguió *Maurelle* sobreexcitado por el recuerdo de sus calamidades—. Vierten lágrimas de cocodrilo por los peces diezmados, por los albatros con las alas abatidas, por los pingüinos, por los pájaros niños del Cabo de Buena Esperanza, por las focas...

—¿Los pingüinos, los pájaros niños, las focas? —volvió a interrumpir *Madame Bach* en tono irritado.

—Uno de esos grupos de sabios, no sé exactamente cuál, ha realizado una encuesta por la que, al parecer, ha demostrado que todos esos animales están condenados al aniquilamiento si los buques petroleros continúan ensuciando los mares. Sienten lástima por el plancton. ¿Qué sé yo? Los más estúpidos —y en ese grupo no entra *la Coja*, que no tiene un pelo de estúpida— hablan de la elevación de la temperatura de los océanos en el caso de que se construyan nuevos buques del mismo tipo. Insisto en que nada se ha podido hacer, *Madame*. Con ellos es inútil razonar. Además, todas mis tentativas se remontan a una época en que aún se podía discutir o, al menos, intentarlo. Hoy día han quedado rotos la mayor parte de esos contactos. *La Coja* ha prohibido a sus amigos la más mínima relación conmigo. Domina con mano dura a su tropa.

—Si no se avienen a razones, ¿no ha pensado usted en otro medio? —preguntó *Madame Bach* tras un momento de reflexión—. Esa *Coja* debe de tener algún punto vulnerable. ¿Me ha dicho que es pobre? No sería la primera vez que una conveniente indemnización sirva para limar las aristas en los negocios.

—¿Por quién me toma, *Madame*? —exclamó *Maurelle* casi indignado—. ¿Cree que no lo he pensado? Pero, naturalmente, no he actuado de forma directa, sino a

través de contactos indirectos, con prudencia y tacto. He intentado hacerle comprender que las autoridades de la compañía podrían demostrarle su agradecimiento de diversas formas sólo porque permaneciera neutral. Por su parte, pronto me hizo comprender que sería peligroso que siguiéramos avanzando por ese camino.

—Comprendo. Es incorruptible —murmuró *Madame* Bach despechada.

—Incorruptible y fanática. La raza más peligrosa —exclamó Maurelle con rabia—. Deberían llamarla *la Retorcida*. Está poseída por la idea fija de que somos abortos de Satanás. Y quiere la guerra santa.

—Y si un día llega la guerra, ¿son importantes sus efectivos?

—Importantes y variados. Su influencia se extiende mucho más allá de la región. Goza de simpatía y ejerce su autoridad en todos los medios que nos son tradicionalmente hostiles: en primer lugar, los ecólogos, naturalmente; de todo tipo, grandes y pequeños, profesionales y aficionados; los pescadores, los veraneantes, los excursionistas, los partidos de la oposición sistemática...

—¿Y qué me dice del Ayuntamiento? —preguntó *Madame* Bach, a quien aquella enumeración parecía irritar.

—Malo. El antiguo alcalde nos era más bien favorable. El actual no lo es, pese a la patente que pagamos. Si de él hubiese dependido, jamás nos habría alquilado sus terrenos. *La Coja*, que forma parte del concejo municipal, le ha atraído a su cruzada.

—¿Y el clero?

—Una reserva glacial. Desde luego, lo he intentado. Le juro, *Madame*, que lo he intentado todo.

—Estoy segura, mi querido Maurelle —le interrumpió *Madame* Bach, algo ablandada ante la emoción de su secretario—. Lo que digo es para dejar las cosas bien en claro. Así pues, ¿qué me dice del clero?

—He ido a predicar a sus dominios, *Madame*. ¿Qué no hubiera hecho por la compañía? Los aldeanos son, en conjunto, bastante religiosos y los curas conservan aún cierta influencia sobre ellos. He hecho promesas. He donado cantidades importantes para el culto. He ido a ver al obispo. Por todas partes he tropezado contra un muro. Todos sienten excesivo temor a escandalizar el sentimiento popular para atreverse a mostrarnos disposiciones favorables.

—Así pues, ¿hemos de estar preparados a afrontar el desprecio durante los meses que aún duren las pruebas? —preguntó fatigado el capitán Müller—. Y luego ser víctimas de igual hostilidad cada vez que toquemos puerto.

—Uno puede acostumbrarse a vivir rodeado de desprecio —afirmó con calma *Madame* Bach—. Pero usted, Maurelle, me ha enviado un informe por el que deduzco que parece que tema algo más serio.

—Pensé que era mi deber advertirla, *Madame*. Sin embargo, lo lamentable es que no puedo añadir nada preciso. Únicamente sé que se agitan en la sombra. *La Coja* ha sabido establecer lazos entre los diferentes clanes. Celebran asambleas conjuntas.

Pretextos: certámenes, regatas, concursos de pesca. Todo ello termina siempre con una reunión tumultuosa donde se nos condena a la hoguera. Las gentes alcanzan el más alto grado de excitación. Y, además, los jefes celebran reuniones secretas que me parecen aún más inquietantes.

—¿Y a qué conclusión ha llegado?

—Pues he llegado a la conclusión que es de temer un súbito desencadenamiento de actos violentos que podría incluso convertirse en un ataque en regla.

—Casi lo preferiría —murmuró el capitán Müller.

—Pues yo no pienso así, y creo que tampoco ninguno de los demás administradores de la compañía —adujo con bastante sequedad *Madame* Bach—. Y convendrá, comandante, que refuerce el servicio de seguridad alrededor del buque, en especial por la noche. Ya he hablado con el prefecto a quien conozco personalmente. Si algún día las cosas llegaran a ponerse feas, no vacile en recurrir a las fuerzas del orden. A ser posible, con algo de anterioridad.

—Por mi parte, estoy convencido, *Madame*, de que todos esos malentendidos se disiparán y que todo acabará bien —opinó David, que hasta entonces no había tomado parte en la discusión.

—Eso era de esperar por su parte —murmuró Maurelle con un imperceptible encogimiento de hombros.

Madame Bach clavó, por un instante, su aguda mirada en el físico. Después, sonriendo para borrar el tono imperioso que hasta entonces había adoptado, manifestó:

—Pues bien, mi querido Maurelle —dijo—. Yo también estoy convencida de que *Monsieur* David tiene razón. Todo acabará bien.

VI

La Coja hablaba consigo misma mientras preparaba una comida de asceta en la habitación que, junto con una minúscula cocina, constituía su vivienda. Palpitaba por anticipado ante las peripecias de una jornada que todo hacía prever sería triunfal, exaltada ante la perspectiva del éxito que vendría a coronar los esfuerzos desplegados durante años: el sabotaje y poner fuera de servicio durante largo tiempo al *Gargantúa-Leviatán*. Sentía la sangre deliciosamente inflamada de orgullo mientras se estaba ya viendo a la cabeza de una flota que conducía a una muchedumbre vociferante para asaltar el aborrecido monstruo, acción de una demencial audacia al servicio de la Humanidad, cuyos ecos se dejarían oír en el mundo entero.

Primero había logrado persuadirse a sí misma, y luego convencer a una legión de adeptos, del carácter sagrado de su cruzada y su aureola de santidad iluminaba sus noches de inválida solitaria. Ahora ya nadie ignoraría que, a su llamamiento, millares de cruzados se habrían enfrentado al *Leviatán* causándole profundas heridas. Acaso después fuera a prisión, pero, de cualquier manera, se convertiría en el blanco de los fotógrafos y, sin duda alguna, de la Televisión.

La Televisión... *La Coja* frunció el ceño, al tiempo que crispaba la mano sobre la muleta, con la que subrayaba sus monólogos sobre el entarimado desnudo. Un recuerdo amargo. Desde luego, la habían entrevistado dos o tres veces, casi a hurtadillas, apenas durante un minuto, un reportero apenas conocido, un homenaje apenas sin relación con la importancia de lo que ello representaba. Después del golpe sensacional que preparaba, aun cuando la detuvieran, su proceso ocuparía un primer plano y, al cabo de algunos años, lo más tarde unos decenios, su intransigencia, su negativa a pactar con los demonios sería considerada como la suprema sabiduría. Se repetía en voz baja aquellos alientos embriagadores, al mismo tiempo que ponía sobre la mesa una cacerola abollada que contenía su sopa de la noche, junto con un plato desportillado y una botella de agua.

Toda cruzada debe tener sus estandartes. Los de ella eran numerosos y pintorescos. Había ido a pasar una última inspección al hangar abandonado, conocido tan sólo por algunos iniciados y en el que estaban depositados, en espera del día en que ondearían triunfales sobre la mar. Se trataba de largas bandas de tejido blanco sobre las que aparecían inscritas diferentes formas de indignación, diversas según la naturaleza de los clanes que constituían su armada: los eslóganes, expresión sarcástica o apasionada de la excitación popular al rojo vivo, a los que habían dado forma en frases aedos benévolos o a sueldo. *La Coja* estaba ya viendo las tiras ondulantes rodeando el navío maldito: «Plutonio, hijo de Plutón», «El neutro no es neutro: mata», «Nuclear, cementerio», «La mar es para los pescadores, no para los enterradores», y todavía muchos otros que *la Coja*, recitaba a modo de letanías, mientras se servía en el plato, adaptando su acento al matiz del sentimiento expresado.

La Coja, que antaño fuera obrera en una fábrica, había sufrido la invalidez que le valiera el mote a raíz de un accidente que ella imputaba a la carencia de sistemas de seguridad. Como consecuencia, había concebido un odio salvaje hacia toda empresa industrial. Lisiada para el resto de sus días, obligada a cojear, la cadera deformada descansando sobre la muleta, disfrutaba de una escasa pensión que le bastaba para subsistir y aun le permitía disponer de algo para distracciones. La había aprovechado para leer e instruirse, poniéndose en contacto con diferentes medios. Era inteligente, y pertenecía a una familia de pescadores emparentada también con agricultores del interior, hecho que le permitía ejercer una considerable influencia en toda la región. El proyecto de construcción de un petrolero nuclear que debía atracar cerca de su aldea le ofreció ocasión para dar una orientación más exacta a su rencor y ampliar poco a poco su ascendiente en todos los medios hostiles a dicho proyecto.

Durante los años que durara la construcción del buque no había dejado de vigilar los astilleros por medio de sus amigos, espiando con rencorosa delectación la lenta gestación del barco al que había llegado a considerar como su enemigo personal. La perseguía durante sus noches semejante a un dragón enviado por el infierno y al que ella, como un nuevo arcángel, había recibido del cielo la misión de combatir. Jamás se debilitó por un solo momento la campaña lanzada contra él. Al principio, había organizado algunas manifestaciones que fracasaron. Pero entonces no disponía de triunfos suficientes. Aún no ejercía autoridad sobre elementos de choque apropiados para animar semejantes demostraciones. Un servicio de orden destacado alrededor de los astilleros y dispuesto a intervenir en cualquier momento, disolvió sin dificultades a los grupos de pescadores y campesinos, a los que se habían unido unos pocos ciudadanos. *La Coja* se dio cuenta entonces de que todavía no había llegado su momento y volvió a sumergirse en las sombras, contentándose con ampliar sus relaciones y mantener constantemente viva la ardiente rebelión de sus tropas, reservándose el dar un gran golpe el día en que el enemigo, engañado por aquella aparente calma, no se lo esperara. Y ese día estaba próximo.

Un timbrado avivó la llama que brillaba en su mirada al evocar aquel glorioso día. Al reconocer al visitante el corazón empezó a latirle con fuerza. Era un tendero de ultramarinos de la aldea que también actuaba, como cartero, con los envíos urgentes. Le tendió un telegrama.

—He venido lo más de prisa que me ha sido posible —dijo—. Tal vez sea importante. Viene de París.

Aquel tendero era uno de sus fieles. No ignoraba casi nada sobre la manifestación prevista, ya que *la Coja* tenía para él pocos secretos. Sujetó la muleta sobre su cadera para abrir el telegrama, recorriéndolo con la mirada antes de leer en voz alta.

—Escucha: *Cuente conmigo. Estaré junto a usted para el gran combate.* Y está firmado: *Profesor Havard.*

—Eso sí que es bueno —murmuró el tendero sin aliento.

Todos los impugnadores conocían la reputación del miembro del Instituto,

pesadilla de David, de quien se decía que iba a ser propuesto para el premio Nobel. La hosca campaña que llevaba a cabo contra todo proyecto nuclear le había convertido en una especie de astro. El rostro de *la Coja* enrojeció de gozo y orgullo y saboreó con delectación la mímica admirativa con que el tendero manifestaba su respeto hacia ella, *la Coja*, que lograba poner en movimiento a las más altas autoridades científicas.

—Estaba segura de que no nos abandonaría —dijo *la Coja*—. Y no es el único.

Abrió una caja de hojalata y colocó el último mensaje sobre un montón de cartas y telegramas procedentes de personalidades diversas, que ya habían anunciado su participación en la manifestación. Tanto éstas como Havard ignoraban el plan final de sabotaje. *La Coja* se había limitado a hablarles de una demostración monstruosa con el fin de afirmar la hostilidad de la multitud. Allí estarían, y eso era lo esencial.

Escanció un vaso de vino al cartero de ocasión y ella también se sirvió un trago, pese a que habitualmente sólo lo bebía con mucha agua.

El tendero se retiró una vez hubo apurado su vaso. *La Coja* terminó su cena, mientras hacía una recapitulación de las tropas que, llegado el momento, se agruparían a su alrededor. No se atrevía a establecer una cifra. Prefería repetirse las palabras «multitudes incalculables» que ya veía impresas en todos los periódicos de provincia y de la capital, repetidas por las ondas largas y cortas; una inmensa multitud embarcada en una flotilla formada por centenares y más centenares de barcos, para ir a enfrentarse con el *Leviatán* en su propio elemento: la mar.

El *Gargantúa*, con el reactor en marcha, terminadas ya las pruebas, había zarpado en su primera travesía hacia Oriente. *La Coja* había decidido atacarlo a su regreso, cuando volviera cargado con seiscientos mil toneladas de veneno, para ir a verterlas en un oleoducto cuya plataforma emergía a varias millas de la costa. Para entonces habría disminuido ya su marcha y navegaría con la línea de flotación ya sobre el nivel del agua, lo que permitiría un fácil abordaje. La mayoría de los pescadores, al igual que las personalidades científicas, ignoraban que el objetivo final fuese el sabotaje. También ellos creían en una manifestación masiva, limitándose a ocupar el buque y a impedirle, por un mayor o menor espacio de tiempo, que descargara su petróleo. Únicamente estaban al corriente los comandos especializados en aquel tipo de operación.

Los elementos de la flotilla convergerían sobre el petrolero, que habría de dirigirse al oleoducto al romper el alba. (*La Coja* estaba al corriente del calendario hasta en sus más insignificantes desplazamientos, a través de sus agentes). Barcos de todo tipo y tamaño, desde las grandes traineras hasta las barcas corrientes, llevando a bordo a todos los que en el país se denominaban ecólogos.

¡Dentro de un mes! *La Coja* retiró los restos de la comida, lavó los platos y se dispuso a salir para asistir a una reunión secreta de su estado mayor, donde habrían de ser tomadas las últimas disposiciones. Su cerebro las consideraba con toda claridad, pero aquella noche la visión que eclipsaba a todas las demás era la de su propia

imagen, ella, enfermiza y lisiada, ella, a la cabeza de aquella armada santa, sobre un barco que sería el primero en abordar al petrolero gigante; ella, rodeada por los más célebres representantes del mundo científico. En fin, ella, una vez librada la batalla, contemplado la devastación en el *Leviatán* como consecuencia de su paciencia y audacia. Al descender la escalera de madera, con sus duros peldaños, el martilleo de su muleta pareció despertar ecos gloriosos en su miserable morada.

VII

El primero de los largos viajes del *Gargantúa* confirmó a toda la tripulación que el ostracismo a que estaban sometidos y el terror que inspiraba no se limitaba a aquel pequeño rincón de la costa atlántica. Después de sentirse confortados por hacerse a la mar para realizar una auténtica travesía y no sólo para pruebas en circuito cerrado, después de la satisfacción profesional de darse cuenta de que el gigante, pese a sus dimensiones, respondía cada vez mejor a su voluntad, el capitán Müller se sintió nuevamente exasperado ante el perceptible vacío que se iba creando en su progresión hacia el Oriente Medio. Apenas se había cruzado con dos o tres petroleros a los que les fue imposible evitarle. En tales ocasiones, Müller envió en vano una señal de saludo, tal como era costumbre. En ningún caso recibió respuesta y los navíos se alejaban lo más rápidamente que les era posible de la estela del monstruo. Enfurecido y dando al traste con todo razonamiento bajo aquel límpido cielo, dio orden de acompañar la huida de aquellos barcos con un batir endiablado de campana y ululatos de sirenas.

De esa forma recorrieron el Atlántico. Los trabajos que desde hacía varios años se llevaban a cabo para ensanchar y dar mayor profundidad al canal de Suez, permitían al *Gargantúa* enfilarse de vacío aquella ruta, y entrar en el Mediterráneo. A su paso por Gibraltar y pese a que seguía reinando un tiempo excelente, Müller pudo comprobar que las playas estaban prácticamente desiertas. Los veraneantes esperaban a que se hubiera alejado el petrolero nuclear, para reanudar sus baños y diversiones.

La travesía por el Mediterráneo estuvo rodeada de la misma atmósfera. Maurette, que participaba en aquel primer viaje, reflexionaba con amarga ironía en lo irrisorio de su título de encargado de relaciones públicas, él, que después de haberse consagrado a colaborar en el futuro de la propulsión nuclear no lograba establecer contacto importante alguno con el mundo exterior y que vivía en la casi absoluta soledad que el *Leviatán* creaba a su alrededor, tanto en tierra como en la mar. En la mar, donde permanecía inactivo, intentaba a menudo cambiar de ideas, bien conversando con David, quien conservaba su buen humor fortalecido al comprobar que su reactor funcionaba a pedir de boca y rendía toda la potencia prevista, o bien, cuando el físico se encontraba ocupado, de acuerdo con su costumbre habitual, es decir transcribiendo al papel reflexiones inspiradas por lo extraño de la situación presente y reforzadas por el giro de sus ideas particulares. Pero aquellos ejercicios no eran los más adecuados para disipar el sentimiento de soledad y había adquirido la costumbre de expresarlos en forma de cartas dirigidas a Martine, la amiga que le abandonara y cuya ausencia contribuía a aumentar la melancolía de ciertas horas. Y así lo hizo aquella mañana mientras el *Gargantúa* navegaba por alta mar a la altura de Sicilia.

«... Aquí, queridísima mía, me encuentro totalmente desarmado. Y ¿sabes por qué? Porque este barco del infortunio no contamina. Ni la más mínima huella de

radiactividad. David lo demuestra segundo a segundo con sus análisis. Yo lo repito, lo compruebo minuciosamente después de él y nadie me cree. En tales condiciones resulta imposible toda propaganda. Si al menos pudiéramos atisbar algún día una posible emanación peligrosa estaríamos salvados y al fin podría desplegar todas mis facultades que tú ya conoces. Habría llegado el momento de recurrir a los buenos y viejos métodos que ya demostraron su eficacia en tierra en materia de contaminación, métodos que ya te expuse antaño, pero que te ruego me permitas recordarte. (Necesito charlar con alguien que me comprenda). Supongamos una fábrica situada en un punto A, que fabrique no sé qué productos químicos, y destile, además, a título accesorio diferentes tóxicos que lanza a la atmósfera y a las aguas. Bien. Los ecólogos inician una campaña virulenta. Se discute. Se habla, al menos se habla, ¿me comprendes, queridísima mía? Mientras que con este navío perfecto no existe la más mínima posibilidad de polémica. Es fácil localizar el remedio. "Sólo hay que". No hay más que obtener un número suficiente de filtros, de estaciones depuradoras pertrechadas con el adecuado tonelaje de productos descontaminantes e instalarlos en el punto A, lo cual contribuye a apaciguar las críticas. Ni que decir tiene que la fabricación de filtros, de estaciones depuradoras y, sobre todo, de productos descontaminantes, implica la creación de una segunda fábrica en un punto B, situado bastante lejos del primero y que, a su vez, distribuye a su alrededor oleadas de veneno sobre la tierra, la atmósfera y las aguas, contaminación del mismo calibre que la primera. Pero la región existente alrededor de A se encuentra ya purificada, blanca como la nieve, y la fábrica A limpia de todos los pecados del mundo. Ahora sólo queda ocuparse del mismo modo de la fábrica B, es decir, construyendo en C una nueva fábrica que producirá en serie todos los ingredientes necesarios para su descontaminación. Y así sucesivamente. El genio industrial ha alcanzado tal grado de evolución, queridísima mía, que para nosotros resulta un juego resolver problemas de ese tipo. Pero aquí...».

Le interrumpió la llegada de David que, contrariamente a su costumbre, parecía bastante preocupado. Maurelle se lo hizo notar.

—Se trata de todas las pequeñas imperfecciones en el comportamiento del reactor que habrá que corregir a nuestro regreso.

—No me diga que existe un comienzo de contaminación.

—¡En modo alguno! Pero eso parece molestarle.

El joven le explicó la teoría que acababa de exponer.

—En cierto modo, una reacción en cadena —observó el físico que, en sus horas perdidas, también apreciaba la ironía.

—Exactamente, en cadena —repuso Maurelle soñador—. Se trata de un fenómeno que ocurre a menudo, y no sólo en cuanto se refiere a sus reactores. ¿Y volviendo al del *Gargantúa*?

—Es un hecho irrefutable que no contamina —afirmó inexorable David—. Créame que lo siento por usted. Pero, si ello pudiera contribuir a consolarle, he de

decirle que, después de esta primera travesía, el buque habrá de volver a su punto de amarre para ser sometido a una nueva puesta a punto.

—¿Nada grave?

—No. Tan sólo varios defectos sin importancia, pero que sólo se hacen perceptibles después de un largo crucero como éste.

—¿Y cuánto tiempo durará esa puesta a punto? —indagó el capitán Müller que se había reunido con ellos en el bar donde conversaban.

Los dos hombres se pusieron en pie para saludarle. El capitán se sentó pesadamente y pidió una copa.

—Al menos tres semanas, acaso algo más. Ya sé, comandante, que usted tendrá prisa por zarpar de nuevo, pero en un reactor no puede hacerse nada con rapidez, ni siquiera pequeños ajustes como es el caso.

—A mí me importa un bledo. Será a los gerifaltes de la compañía a quienes les sentará como un tiro. ¿Saben las pérdidas que representarán para ella la inmovilización de un buque como éste? Millones por hora.

El físico hizo una mueca demostrando lo poco que le importaban aquellos detalles cuando él necesitaba tiempo para lograr la perfección exigida de su reactor.

—Confío en que *Madame* Bach comprenderá que se trata de un prototipo y que esas pérdidas quedarán seguidamente enjugadas una vez que disponga de sucesores.

—Esperemos que así sea. En todo caso, puede estar seguro de que mi tripulación se sentirá realmente satisfecha. En cuanto a mí, le repito que me importa un bledo. Cuando este condenado barco haya navegado lo necesario, tengo intención de pedir el retiro.

Las pruebas causantes de aquel cansancio y el tono desabrido de Müller no habían terminado. Tan pronto como entraron en el canal se produjeron nuevas humillaciones. El piloto que subió a bordo se mostró tan desconfiado casi como los marineros pescadores del Atlántico y tomó precauciones que enfurecieron al capitán.

—¿Se han fijado en el lienzo que llevaba enrollado alrededor de la cara y en sus inmensas gafas? —Tronaba—. ¿A qué viene esa máscara de gas? ¿Con qué espera enfrentarse a bordo de nuestro barco? ¿Acaso con iperita?

Müller estuvo lo suficientemente ocupado con las maniobras del paso por el canal, en extremo delicadas para un buque del tamaño del *Gargantúa*, como para distraer su atención. En su mente sólo predominaba la idea de que, incluso vacío y pese a la mayor profundidad del canal, en algunos lugares el *Gargantúa* apenas disponía de un metro de agua debajo de su quilla, lo que hacía su navegación especialmente difícil a la velocidad muy reducida que era necesaria. Todos los miembros de la tripulación tenían consciencia de lo delicado de la maniobra, pero ello no les impedía lanzar de vez en cuando una ojeada a la otra orilla, comprobando que empezaba a quedarse tan desierta como lo estuviera la mar y todas las playas a medida que avanzaba el *Leviatán*. Algunos coches que circulaban por la carretera que bordeaba el canal dieron media vuelta para evitar cruzarse con él o pasarle. Una

caravana de camellos conducida por árabes huyó hacia el desierto al acercarse el buque, mientras que los conductores agitaban el puño en dirección al barco al tiempo que lanzaban injurias. Sin duda los animales se habían espantado ante el aspecto insólito del gigante que dominaba la tierra con sus cuarenta metros de altura.

—Incluso las bestias huyen ante nosotros —murmuró con amargura Maurelle.

Pese a todo y una vez que hubo terminado sin incidentes la travesía del canal, el navío penetró en el mar Rojo y desfiló entre la doble cadena de montañas áridas con reflejos llameantes. Algo más sereno, tras haber llevado a cabo con éxito una primera hazaña difícil, Müller, cuyo uniforme blanco estaba empapado de sudor debido al calor y a la tensión nerviosa consintió en abandonar el puente de mando y tomar algún reposo antes de afrontar a los funcionarios árabes que en la plataforma del oleoducto deberían controlar la carga del petrolero.

Su actitud fue similar a la del piloto del canal. Hubo que prometerles una prima considerable por peligrosidad para que se decidieran a poner pie en el *Leviatán*. Una vez amarrado éste cerca de la plataforma, el oleoducto empezó a verter oleadas de líquido negro en sus cisternas y lentamente, centímetro a centímetro, el monstruo empezó a hundirse en la mar. Toda la tripulación, la mayoría de los marinos se encontraban ociosos, siguió durante horas aquel interminable hundimiento que Maurelle comparaba a la inmersión de un submarino filmada a cámara lenta.

—Si al menos pareciera menos aterrador una vez que hubiera perdido su altura —suspiró Müller.

—No confíe demasiado, comandante —repuso Maurelle—. Al terror que ya inspira se añadirá el que produce un iceberg.

Maurelle tenía razón. El *Gargantúa*, sumergido a medias, no parecía menos maléfico, y esto resultaba patente, a los ojos de los árabes que permanecían a bordo para comunicar por teléfono con la estación de bombeo del litoral.

La operación duró unas treinta horas, durante las cuales la tripulación permaneció desocupada, agotada por el calor, aunque sin la menor posibilidad de bajar a tierra, pues ¿qué podía hacer? Las orillas frecuentadas por los petroleros gigantes no ofrecían ninguna de las distracciones habituales en las escalas de los cargueros corrientes. Aparecían únicamente adornadas con enormes depósitos cilíndricos semejantes a los que los marinos del *Gargantúa* podían distinguir desde lejos, centelleantes bajo un sol implacable, todo el conjunto envuelto en olor a petróleo que llegaba hasta el buque y que desterraba el menor deseo de abandonar la mar.

Por su parte, el capitán Müller no descansó un solo instante mientras duró la operación de carga. Vigilaba personalmente con el fin de evitar la más mínima maniobra falsa, tal como la apertura intempestiva de una compuerta o un error de compresión entre el *Gargantúa* y la estación de bombeo, hechos bastante frecuentes durante operaciones de ese tipo y que amenazaban con el resultado de una descarga de petróleo en la mar, incorporando algunas toneladas a la marea negra que periódicamente y pese a las precauciones adoptadas lanzan a la mar los grandes

petroleros.

En el *Gargantúa* no se produjo maniobra falsa alguna. El avión que Maurelle sospechaba pertenecía a una organización ecológica y que le sobrevoló en varias ocasiones durante la carga, ciertamente sólo pudo tomar fotografías mostrando una finísima película irisada que rodeaba la plataforma y el navío: indudablemente se trataba de la transpiración de algunas juntas, elementos infinitesimales en comparación con las seiscientas mil toneladas que el monstruo gigante estaba a punto de ingurgitar.

Una vez definitivamente lastrado, tras haber alcanzado la borda la altura autorizada y sumergidas ya sus cisternas, Maurelle comprendió que había acertado en sus previsiones: el *Leviatán* parecía aún más temible, semejante a un iceberg que hubiera ocultado bajo la mar las nueve décimas de su potencia infernal. Cerradas ya las compuertas y firmados los documentos indispensables, los funcionarios árabes abandonaron precipitadamente el barco, alejándose a toda velocidad en sus barcos de vigilancia. Al instante Müller dio la orden de aparejar, y el *Gargantúa*, ya cargado, se puso pesadamente en marcha hacia Europa, vía El Cabo. Una hora de retraso costaba cara a la compañía y el capitán hubiera sentido escrúpulos de incrementar con dicha hora las varias semanas de inmovilización forzada que, a juicio de David, serían necesarias a su regreso.

—Hay que reconocer que es un buque extraño —observó el capitán Müller, mientras el *Gargantúa* continuaba su ruta con una mar más tranquila, después de haber capeado un fuerte temporal a lo largo de las costas de África—. Casi tan sensible al viento como un velero cuando está boyante y muy parecido a un submarino al ir cargado. Todavía no alcanzo a comprenderle muy bien. Hay algo en él que no acabo de captar.

—Su alma aún no está totalmente encarnada —alegó David.

El capitán se lo quedó mirando perplejo, lo que solía ocurrir con ciertas observaciones del físico. Luego, encogiéndose de hombros, reconoció:

—De todas maneras, se ha portado bastante bien con todas estas arremetidas. Comienza a navegar si es a eso a lo que usted llama adquirir un alma, señor David. Y yo empiezo a acostumbrarme a él. Sin duda soy el único capitán de la Marina mercante que se encuentra en este caso.

—Todos acabarán por acostumbrarse a él, comandante, y a tratarlo con respeto. Y entonces usted no querrá abandonarlo ni volverá a hablar de su retiro.

—Eso hemos de verlo —farfulló Müller—. Mañana llegaremos con el alba. Dios quiera que en la costa la atmósfera esté más despejada.

Maurelle hizo una mueca y se encogió imperceptiblemente de hombros.

—Lo deseo tanto como usted, comandante, y bien quisiera alentar esa esperanza, pero creo mi deber quitarle las ilusiones. Todos los informes que he recibido durante el viaje indican que cometeríamos un error al esperar en el muelle un recibimiento caluroso. Las gentes siguen igual de levantiscas.

—Las gentes cambiarán —afirmó David con tono profético.

—Lo dudo. Se necesitaría un milagro para lograr que espíritus tan cegados por la pasión llegaran a cambiar. Y no creo en los milagros.

—Desgraciadamente, yo tampoco —concluyó con tristeza el capitán Müller.

VIII

La Coja, crispada sobre su muleta, en el puente de mando del pequeño buque de carga que su armador había permitido que participara en la manifestación, vivía todas las peripecias de su sueño. El barco se acercaba al *Gargantúa* al frente de una numerosa flotilla. Estaba flanqueada por el profesor Havard y por algunas otras personalidades científicas que mostraban ostentosamente condecoraciones y distintivos universitarios. Tras ella, los fieles de su estado mayor enarbolaban uno de los estandartes de la rebelión ecológica. En la mar, aquel día tranquilo, una flotilla de embarcaciones de lo más dispares rodeaba ya al *Leviatán*.

A bordo del petrolero la sorpresa era total. De madrugada había disminuido considerablemente su marcha para acercarse a la plataforma del oleoducto donde había de depositar su carga. Un buque de su tamaño necesitaba media hora y una distancia de unas cinco millas marinas para reducir su velocidad. Ésta era ya muy lenta cuando el oficial de vigilancia observó una, después dos y luego varias embarcaciones navegando por aquellos parajes. Una bruma muy ligera, pronto disipada, había favorecido la emboscada de los contestatarios.

En un principio, el oficial de vigilancia pensó que se trataba de una flotilla de pescadores, concentrada en un banco de pesca, lo que cerca de la costa nada tenía de extraordinario. Al principio asombrado, luego gozoso al comprobar que, por una vez, aquellos barcos no huían al acercarse su buque, el capitán Müller dio la orden de disminuir aún más la marcha, al darse cuenta de que algunos se encontraban en su ruta. Una vez disipada la bruma y al empezar a clarear el día con una luz gris, se dio cuenta con estupor de la importancia de la flotilla que le rodeaba, formando un cinturón que iba cerrándose poco a poco.

—¡Santo Cielo, señor Maurelle! —dijo al joven que se había reunido con él en el puente de mando—. ¿Tiene acaso idea de lo que esto significa?

No podía creer lo que veía. Aquello le recordaba las imágenes contempladas en el cine con ocasión del desembarco en Normandía. Maurelle, una vez pasada la primera impresión de asombro, se había puesto serio.

—Puede estar seguro, comandante, de que estas gentes no se han reunido aquí para darnos la bienvenida. Cada uno de esos barcos enarbola banderolas cuyo significado adivino demasiado bien.

Pronto les fue posible leer, con ayuda de prismáticos, los lemas y así comprobar que, en efecto, tenían que habérselas con enemigos.

—Si aún pudiera quedarnos alguna duda, *la Coja* está ahí, sobre el puente de ese carguero —exclamó Maurelle—. Es ella, apoyada en su muleta. Imposible equivocarse.

—Junto a ese imbécil de Havard —añadió David, que se había reunido con ellos—. Puedo también reconocerlos.

—Puede esperarse cualquier locura por parte de esos fanáticos, comandante. Ahí

tiene el motivo de su prolongada pasividad. Ocultamente preparaban un gran golpe. Desde luego que toda la culpa es mía. Me temía una acción violenta en el muelle y no había previsto que acudirían a asaltarnos en la mar. Y aquí no tenemos nada o casi nada con qué defendernos.

Müller había dado ya órdenes para que su situación fuera señalada en tierra. De súbito, el peligro de aquel enfrentamiento había hecho que le abandonara toda su melancolía. Una vez hubo calculado de una ojeada la importancia de la flotilla que le asaltaba, decidió que la huida era imposible. Hacia tierra era imposible a causa de la poca profundidad. El petrolero cargado navegaba ya en el límite de seguridad. Hacia alta mar el cinturón era demasiado cerrado; demasiado apretados los eslabones de la cadena. Hubiera sido preciso atravesar varias filas de embarcaciones, ya casi pegados unos a otros. Sólo le sería posible escapar hundiendo al menos cinco o seis. ¿Y qué pasaría entonces? Podía ya escuchar la barahúnda que se elevaría en toda Francia y los triunfos que darían a los ecólogos, sobre todo si tan sólo se trataba de una manifestación de alborotadores como David insistía en creer y como los contestatarios afirmarían después del golpe.

Pero cada vez resultaba más evidente que no se trataba de una sencilla manifestación pacífica. El círculo iba cerrándose cada vez más alrededor del *Gargantúa*, que ahora ya avanzaba con menos rapidez que un hombre al paso. Se podía distinguir a los adversarios a simple vista, calcular la agitación que reinaba entre ellos y escuchar los gritos y el vocerío que, dominando el estruendo de la mar, saludaban el próximo alarde.

Llevado siempre por su instinto para hacer resaltar el aspecto pintoresco de los acontecimientos, sin duda con el fin de olvidar sus desagradables consecuencias, incluso tal vez trágicas, Maurette logró, por un momento, apaciguar su inquietud mientras observaba con atención los diversos comportamientos de los asaltantes, obligándose a detallarlos. La actitud tensa y resuelta de *la Coja* no le asombraba. Era tal como se la había imaginado: absolutamente despiadada. El profesor Havard y las demás personalidades hacían visibles esfuerzos para conservar la calma y la dignidad, sin poder disimular cierto desconcierto ante el insólito espectáculo que a su alrededor ofrecía la mar.

Maurette reconoció alrededor del carguero a pescadores de la costa que luchaban duramente por acercar lo máximo posible su embarcación al *Gargantúa* sin golpearse contra él, ya que el menor papirotazo del mastodonte incluso casi parado, podría serles fatal. Observó entre ellos una cierta vacilación en repetir a coro los eslóganes con que los que llevaban el juego les atronaban los oídos. La mayoría de ellos, por timidez y por estar demasiado concentrados en dirigir sus embarcaciones, apenas movían los labios mientras manejaban el timón.

—Ésos no son peligrosos —murmuró David que seguía la mirada de Maurette.

—No lo serían en modo alguno si estuvieran solos.

—Aquéllos tampoco lo son.

Aquéllos eran los aldeanos del interior, pequeños cultivadores en su mayoría. *La Coja* los había movilizado para que hicieran bulto, considerando también que su presencia reforzaría la aparente honorabilidad de su manifestación. Eran los más tranquilos y sinceros de los ecólogos. Manejados por la propaganda, sinceramente convencidos de que la contaminación propagada por el buque llegaría un día u otro a su campo de remolacha, habían considerado su presencia como un deber que ningún buen ciudadano debía soslayar al igual que votar en un día de elecciones. Ellos repetían con prudencia y mesura los lemas dictados por los agitadores sin por ello organizar demasiado barullo.

Maurelile descubrió a otros que nadie hubiese pensado que participaran en una manifestación de ese tipo y que, con mirada resignada, daban la medida de la impopularidad del petrolero nuclear entre todos los estamentos de la sociedad: asociaciones deportivas, muchas sociedades gimnásticas, llegadas de casi todas las regiones de Francia, se habían incorporado al movimiento. Sus miembros estaban dispuestos a luchar para lograr que triunfara la ecología. Algunos vestían una especie de uniforme, entre los que dominaban el pantalón y la camiseta blanca; otros llevaban una chaqueta azul.

Todos se habían embarcado por pequeños grupos a bordo de las embarcaciones que *la Coja* había logrado reunir y aportaban a la manifestación su juventud, su disciplina y sus convicciones.

—He ahí otros bastante más peligrosos, comandante —indicó Maurelle—. Mire la primera fila, alrededor de la nave almirante, quiero decir alrededor del carguero de *la Coja*.

Müller asintió con un gesto. Ya había avistado a los que se agrupaban sobre los barcos de vigilancia que rodeaban al carguero. Su actitud decidida y amenazadora y algunos paquetes que acababan de coger le parecían de mal augurio. Se asemejaban a un comando que sólo esperaba una señal para emprender la acción. Y en efecto, eso eran. El capitán había dado órdenes de que se distribuyeran algunas armas del *Gargantúa* entre un pequeño grupo de marineros que formaban el servicio de seguridad. Pero se daba cuenta de que en el caso presente aquélla era una débil defensa. Dicho servicio sólo había sido previsto en curso de navegación para atemorizar a algunos malintencionados aislados, no para rechazar un ataque de la envergadura del que parecía prepararse. Tal vez algunos heridos entre los primeros asaltantes sólo servirían para excitar aún más a los otros.

El *Gargantúa*, ahora ya inmóvil, parecía un enorme cetáceo prisionero de una flota de balleneros dispuestos a asestarle el golpe fatal. *La Coja* volvió la cabeza a derecha e izquierda para observar a sus tropas de choque. Le resultó penoso hacer aquel ademán, ya que la fatiga de las últimas semanas y la emoción que se había apoderado de ella influían en su salud. De súbito, Maurelle sintió un odio feroz hacia aquel ser deforme, que, por un instante, se le apareció como el genio del Mal saboteando encarnizadamente todas las empresas humanas. Le dominó un desvarío

poco consecuente con su carácter. Tomó el fusil de uno de los agentes del servicio de seguridad que se encaminaba a su puesto y se lo echó al hombro. David, abalanzándose sobre él, le quitó el arma.

—Está loco. Eso no serviría de nada.

—Tan sólo para empeorar las cosas —añadió el capitán Müller, que conservaba toda su sangre fría y había dado la consigna de que sólo se disparara a una orden suya.

Miró hacia tierra. Tan sólo una embarcación se había hecho a la mar y se dirigía hacia el *Gargantúa*. Una sencilla canoa de salvamento, según todas las apariencias, con unos cinco o seis hombres a bordo.

—Si son éstos todos los refuerzos que nos envían, no nos quedará más remedio que arreglárnoslas solos —farfulló el capitán.

—Ni siquiera llegarán hasta nosotros —murmuró a su vez Maurelle.

En efecto, la canoa había sido detenida por la barrera que rodeaba al petrolero y sus ocupantes prisioneros de los pescadores, al parecer enfurecidos por aquella intervención.

—Debí avisar a la Marina de guerra —se lamentaba Maurelle.

David contemplaba aquellas escenas con una serenidad que empezaba a sacar de quicio a su amigo.

—¿Sigue creyendo aún que todo acabará bien y que todo es para bien en el mejor de los mundos?

—Creo que nos las tenemos con un pequeño grupo de agitadores.

—Pero que arrastrarán a los otros.

—Eso no es seguro. A los otros debe de haber algún medio de convencerles. Bastaría con encontrar las palabras adecuadas.

—Le estoy muy agradecido —repuso Maurelle con amargura—. Todo esto es culpa mía. No he sabido encontrar las palabras.

—Sé que ha hecho cuanto ha estado en su mano, pero sin duda era preciso abordar el problema desde más arriba.

—Y desarrollar los temas del padre Teilhard —estalló furioso Maurelle—. Lo que por mi parte lamento es no haber previsto la presencia de un crucero y dos o tres torpederas. ¿No ve que estamos en peligro de que nos asesinen?

En efecto, aquello empezaba a ponerse feo. Los agitadores, que ya se encontraban muy cerca, lanzaban furiosos clamores. Por los bultos que se advertían en sus blusones, era evidente que algunos de ellos llevaban armas.

—¿Me permite que intente hablarles? —preguntó David al capitán.

—Si lo desea... Pero no logrará que le escuchen.

Müller le contempló por un instante desgañitarse a través de un altavoz, luego, encogiéndose de hombros, habló a Guillaume, que había subido al puente de mando atraído por el tumulto y en voz baja le dio precipitadamente instrucciones. El rostro del oficial mecánico se serenó.

—Bien, mi comandante —dijo—. Dentro de tres minutos estaremos preparados.

Como era de suponer, David no conseguía hacerse oír. Una especie de furor histérico parecía haberse propagado entre los manifestantes. Incluso los dignos aldeanos alzaban el tono, embriagados por los aullidos de los agitadores. Los gritos que ahora lanzaban éstos nada tenían que ver con los eslóganes habituales. Clamaban por la muerte y la destrucción. Los pescadores de la costa, sobrecitados también por aquellas vociferaciones, blandían el puño en dirección al *Leviatán* y, entre dos maniobras, los coreaban.

Ahora ya el carguero de *la Coja* se encontraba a unos metros del petrolero. Todas las miradas convergieron sobre ella, que no se había movido desde que comenzara todo aquel tinglado. Había llegado el momento. Con la mirada brillante, hizo el gesto convenido, levantando muy alta su muleta. Aquel movimiento estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Se tambaleó y tuvo que aferrarse a uno de sus vecinos para no caer. Ante aquella señal, las embarcaciones de los comandos de choque se precipitaron hacia el buque e iniciaron el abordaje. Los marinos armados miraban al capitán.

—¡No disparen!

Dio una orden breve por un teléfono. Al instante, y al parecer desde todas las partes del navío, brotaron fuertes chorros de agua que barrieron simultáneamente el puente inferior, la cubierta de las cisternas, donde ya habían puesto pie algunos de los agitadores y las embarcaciones más próximas. Los chorros tenían tal fuerza que su impacto sobre las chapas y la mar, semejante a la de una violenta tempestad, ahogó los alaridos de los asaltantes.

Aquél era el resultado de las instrucciones que recibiera Guillaume. Alentados por él, los marinos habían ejecutado la maniobra con un orden y una rapidez consecuencia de su entrenamiento con los múltiples ejercicios de alerta contra incendios. En un petrolero nuclear el agua no escasea. Las bombas de circulación que suben el agua de mar para el enfriamiento de los condensadores garantizan un potente circuito continuo con una fuente inagotable.

—Ahora se darán cuenta por sí mismos de que este agua no está hirviendo como algunos han afirmado —murmuró Müller con sombría ironía—. En todo caso, es menos peligrosa que las ráfagas de metrallera.

—Menos peligrosa y también más eficaz —añadió David, que observaba a los asaltantes con creciente interés—. Mírenlos.

En efecto, éstos parecían desamparados ante aquel tipo de contraataque. Algunos de los pescadores parecían incluso aterrados. Los combatientes de primera línea que llegaron a poner pie sobre el buque fueron barridos y cayeron en su embarcación. Otros, aferrados a un empalmetado, recibieron la ducha como un latigazo que les hizo soltarse y caer a la mar semejantes a moscas bajo el chorro de un poderoso insecticida. Los barcos daban precipitadamente marcha atrás. Maurelle, que había recuperado su sangre fría y contemplaba también con atención el espectáculo, tuvo la

impresión de que el gigantesco cetáceo, cansado de la legión de enanos que le estaban fastidiando, se libraba de un solo golpe de sus agresores lanzando trombas de agua por una multitud de respiraderos.

—No los hubiera creído tan vulnerables, llegando a semejante enloquecimiento —observó—. En general, los hombres de este tipo son más resueltos y no retroceden ante una ducha.

—¿Pero es que no lo comprende? —exclamó David—. En general, no temen a una ducha. Lo que les aterra es *nuestra* agua, el agua que lanza su *Leviatán*, pretendidamente contaminada, infectada. Lo que está a punto de salvarnos es ese terror supersticioso.

IX

David no se equivocaba, y los demás se convencieron al escuchar algunas exclamaciones lanzadas por los manifestantes. La perspectiva de resultar contaminados por un agua brotada de las entrañas del *Leviatán*, ese agua cuyo carácter diabólico denunciaban todos los eslóganes, ejercía sobre ellos un intenso terror que no tenía la menor relación con el temor a una simple ducha. Los pescadores que no habían recibido siquiera una gota maniobraban precipitadamente su embarcación con el fin de evitar aquel odioso contacto. Ahora ya los accesos al *Gargantúa* se encontraban casi libres. Algunos escasos asaltantes entre los más resueltos, intentaban en vano incitar a los pescadores a volver al abordaje. Pero ellos se negaban a obedecer manteniendo sus embarcaciones lejos del alcance de los chorros de agua. Las voces que coreaban los eslóganes se debilitaban progresivamente. El capitán Müller se frotó las manos.

—Hemos ganado —dijo—. Apuesto a que no se atreverán a volver al ataque.

—Siempre he afirmado que toda innovación importante, en apariencia perniciosa, lleva consigo su antídoto —observó David.

—No creo que sea el momento para filosofías —protestó Maurelle.

—¡Desde luego que no! —exclamó David al cabo de un breve silencio—. No, tiene razón. No es momento de filosofías.

Maurelle se estremeció. El físico había hablado con tono extraño que parecía revelar una violenta emoción, que contrastaba, al parecer, con su calma habitual.

—Mire —prosiguió David con creciente exaltación—. No todos huyen. ¡En modo alguno! ¿He dicho que aterrorizados, paralizados por el temor al agua? ¡Nada de eso! Uno de ellos permanece en su sitio. O, para ser más exactos, una. Y está pidiendo más. No cedería su lugar por un imperio. Pero mire, Maurelle, mire, comandante, y díganme si me estoy volviendo loco o si ustedes la ven como yo.

—¡La veo, la veo! —gritó a su vez Maurelle con el mismo tono apasionado—. La veo y, por mi parte, tengo la seguridad de que no me he vuelto loco.

—Presentía que algún día tendría lugar algo de este estilo, pero jamás me hubiese atrevido a pensar en nada semejante.

El capitán Müller, que se había apartado ligeramente para dar instrucciones a uno de sus oficiales, se sobresaltó al escuchar el tono con que hablaban que parecía emanar de seres delirantes. Su interlocutor le impedía ver el espectáculo que tanto parecía conmover a los dos amigos y que le mostraban con dedo tembloroso. Mientras se apartaba unos pasos para descubrir la causa de semejante exaltación, tuvo consciencia de un súbito cambio en la atmósfera que rodeaba al buque. Aquel fenómeno le pareció tan perturbador, tan extraño, que le concedió unos segundos de atención incluso antes de descubrir el punto de convergencia de todas las miradas. A la algarabía de los eslóganes y el griterío había seguido un silencio saturado de religiosidad. En todas las embarcaciones tanto los marineros como los pasajeros se

habían quedado inmóviles, desconcertados por la misma visión que provocaba las exclamaciones de Maurelle y David. Sobre los puentes y las cisternas del petrolero, los marineros que enarbolaban las mangas contra incendios permanecían igualmente petrificados, mientras que los chorros de agua sin dirección, regaban anárquicamente la mar. Müller tuvo la absurda impresión de que el propio *Gargantúa* retenía el aliento.

Al fin descubrió el objeto de aquella especie de encantamiento. Pero aun cuando durante su larga carrera de marino hubo de ser testigo de acontecimientos insólitos y se había acostumbrado a no conmoverse demasiado, la experiencia le había enseñado que siempre tenían una explicación lógica, en aquella ocasión compartió el embrujamiento que se apoderaba de los testigos de éste y transcurrió un largo momento antes de que se recuperara y estuviera en condiciones de apreciar la extravagancia.

La Coja, aún empapada de la ducha que recibiera de pleno, permanecía en el puente de mando del carguero. Bajo el choque había perdido la muleta, pero no parecía que aquella carencia le afectara en modo alguno. Por el contrario, su cuerpo contrahecho se había erguido; la deforme cadera ofrecía un aspecto normal. Había crecido varios centímetros y permanecía allí muy erguida, inmóvil, con mirada extasiada, sola sobre el puente de mando, ya que sus compañeros habían tratado de encontrar refugio contra el diluvio en los flancos del carguero.

Finalmente, *la Coja* se puso en movimiento. El carguero, al carecer de todo control por parte de su estupefacta tripulación, se balanceaba blandamente contra el *Gargantúa*, su puente de mando sobrepasando ligeramente la parte superior de las cisternas. *La Coja* se dirigió hacia la balaustrada con paso seguro y, saltándola con impulso decidido, se dejó caer sobre la chapa gris. Corrió hacia una de las mangueras contra incendios que uno de los bomberos improvisados dejara caer en su estupor y que lanzaba un auténtico torrente de agua. Bajándose con igual agilidad milagrosa, la recogió y dirigió el chorro hacia su cadera enderezada, hacia sus piernas, hacia su pecho. Soportó sin la menor vacilación la violencia de aquella catarata, surgió como una forma sobrenatural emergiendo de un torbellino de espuma que dominaba su rostro transfigurado, su mirada ahora ya clavada en la cima del reactor, reflejándose en sus ojos la adoración de una elegida que percibe señales invisibles para el resto de los mortales.

Un estremecimiento recorrió a la multitud de manifestantes que no habían perdido uno solo de sus gestos. Los comandos de choque permanecían boquiabiertos e indecisos. David observaba con mirada feroz y triunfante la actitud lamentable del profesor Havard. Éste, que subiera hacía unos instantes al puente de mando del carguero, atraído por el rumor al punto propagado por todo el barco, de que acababa de producirse un acontecimiento prodigioso, parecía la propia imagen de la derrota, con la indumentaria en desorden y el rostro por el que aún corría el agua semejante a lágrimas de rabia.

—Ya dije que esto terminaría bien —murmuró David.

Maurelle no volvió a protestar. David tenía razón. Sin hacer caso de las protestas más o menos tímidas de algunos escasos fanáticos, los pescadores empezaban a apartarse del *Gargantúa*, dejando al petrolero triunfante balanceándose majestuosamente entre las olas, y el círculo agrandado que todavía formaban era como una aureola de gloria tejida alrededor de un templo sagrado, donde tan sólo el respeto y la veneración surgidos en unos segundos contenían las aclamaciones y los vivas prestos a brotar. Poco a poco, los aldeanos endomingados se fueron descubriendo. Sobre el puente de mando de un pequeño vapor de pesca, una mujer se arrodilló.

Segunda Parte

I

Una vez descargado, el petrolero recuperó su estatura de titán a la que ahora parecía añadirse una personalidad nueva que emanaba una sutil irradiación hasta entonces insospechada. Fue amarrado al muelle ante una multitud de curiosos que se hacían preguntas y cuya perplejidad se traducían por un respetuoso silencio.

Como pensara David, *Madame* Bach aceptó la inmovilización forzada del prototipo sin comentarios molestos, pese a la pérdida que de esa manera infligía a la compañía. Al día siguiente de la llegada, se desplazó hasta allí para considerar personalmente la importancia de los ajustes que el físico consideraba indispensables hacer al reactor y tomar de nuevo el contacto directo que le gustaba mantener con todos cuantos dependían de ella. También deseaba examinar con su secretario los últimos acontecimientos y calibrar la nueva imagen de marca que parecía habrían de imprimir al *Gargantúa*.

A Maurelle, quien fuera a recibirla al avión, le encontró un aspecto formidable y así se lo dijo.

—Estoy contenta de verle en tan buena forma, mi querido Maurelle. ¿Sin duda los aires marinos?

—Creo que la moral influye en gran parte, *Madame*.

Madame Bach hizo con la cabeza un ademán de asentimiento. Durante el viaje en automóvil hizo que le contaran con detalle el acontecimiento del que ya estaba al corriente y durante un buen rato permaneció pensativa y silenciosa.

—Olvidaba decirle, *Madame*, que el obispo de la diócesis, al enterarse de su visita, ha solicitado el honor de una entrevista con usted —dijo Maurelle.

—¿Ha solicitado el *honor*? —subrayó *Madame* Bach mirándole de frente.

—El favor y también el honor, *Madame* —insistió Maurelle con una sonrisa—. Pensándolo bien, esto no tiene nada de extraordinario. Una sencilla visita de cortesía.

—*De cortesía* —insistió *Madame* la presidenta.

—Yo mismo le hice una antaño. Quiere devolver la cortesía. Es natural.

—Absolutamente natural.

—Y, además, es normal que desee darle las gracias por los donativos que la compañía ha hecho a varias de sus parroquias. Acaso ése sea el principal motivo de su solicitud.

—¡Caramba! —Fue la única respuesta de *Madame* Bach.

Sonrió a su vez e intercambiaron una mirada ambigua que podía interpretarse como de compadres que no creen una palabra de lo que acaban de decir. Desde la llegada había reaparecido el carácter jovial de Maurelle. Y tan pronto como subió al petrolero *Madame* Bach observó asimismo que el capitán Müller y su tripulación habían cambiado de expresión. El ambiente parecía haber sufrido una metamorfosis milagrosa. David mostraba la sonrisa triunfal de un profeta cuyas predicciones se hubieran realizado en su totalidad.

Había decidido residir en el propio navío durante su estancia, en el apartamento reservado al armador. Allí fue donde se propuso recibir al obispo el mismo día siguiente de su llegada.

—A menos que prefiera otro lugar —dijo a su secretario al rogarle que transmitiera su invitación.

—No se preocupe, *Madame*. No creo que sienta la menor veleidad por contrariar sus deseos. Estoy seguro de que el *Gargantúa* le parecerá perfecto.

Hacía un cuarto de hora que duraba la reunión cara a la mar. Maurelle, que tras haber acompañado al prelado también asistía, así como el capitán Müller, empezaba a creer que había cometido un error al pensar que el visitante llevaba una segunda intención. Éste había preguntado sobre el desarrollo de aquel primer viaje. Seguidamente, y como se suponía, dio las gracias por los donativos hechos a parroquias de su diócesis. Ahora ya proseguía expresando el deseo de que las relaciones entre los armadores, la tripulación del petrolero y los feligreses de los alrededores fueran siempre excelentes. Al observar un ademán bastante brusco de *Madame* Bach y un esbozo de sonrisa en Maurelle, se apresuró a añadir:

—Reconozco que en el pasado ha habido malentendidos. Algunas buenas gentes entre los nuestros, viejos pescadores rutinarios en su mayoría, veían con malos ojos la masa enorme de su buque surcando la mar, que en cierto modo consideraban como sus dominios. Algunos aún siguen atemorizados por las innovaciones audaces. Otros, bien por ingenuidad o debilidad, prestan oídos a las palabras de malos consejeros. Por mi parte, quería asegurarles en persona a *Madame* la presidenta, y a usted, comandante, que la Iglesia de hoy no es retrógrada y que una empresa como la de ustedes será siempre favorablemente acogida por ella.

Los ojos de *Madame* Bach brillaron con un destello singular y volvió a intercambiar con su secretario una mirada de complicidad. El prelado captó aquellos gestos por lo que se apresuró a seguir con sus explicaciones:

—Es natural, señora presidenta, que en un principio no hayamos querido demostrar demasiada solidaridad con ustedes y ello en su propio beneficio. No ignora que tenemos enemigos comunes. Si nos hubiésemos puesto inmediatamente de su parte, mucha gente habría visto en ello, denunciándolo, una alianza para ellos clásica entre la Iglesia y los poderosos...

Maurelle no pudo por menos de interrumpirle.

—A propósito, monseñor. El día de la famosa manifestación con motivo de nuestro regreso, ¿acaso me equivoqué al reconocer a los curas de dos aldeas vecinas en el puente de mando de una de las embarcaciones que, al parecer, nos rodeaban, y le presento mis excusas monseñor, con intenciones visiblemente poco católicas?

El obispo sonrió sin mostrar la menor turbación.

—No se ha equivocado, señor Maurelle. Y créame que lo lamento, pues siempre he desaprobado su comportamiento excesivo. He venido también para presentarle mis excusas a propósito de esa actitud inconveniente.

—Por favor, monseñor —protestó cortésmente *Madame Bach*.

—Mis excusas y las tuyas —insistió el obispo—, ya que ahora lamentan esa conducta desconsiderada.

—*Ahora* la lamentan —subrayó *Madame Bach*.

Su tono era siempre de una exquisita cortesía, pero Maurelle observó el nuevo destello furtivo que iluminaba su mirada. En aquel momento pensó que, en determinadas circunstancias, su jefa podía ser capaz de una singular crueldad, cosa que siempre había sospechado. Por un instante, el obispo pareció desconcertado ante tal observación, pero nada era capaz de alterar su actitud amistosa y decidió sonreír de nuevo.

—Solamente quería decirles que ahora han comprobado por sí mismos, al igual que sus feligreses, que el *Gargantúa* no perjudica a nadie.

—No perjudica a nadie —repitió Maurelle, quien, alentado por la brillante mirada de *Madame Bach* empezaba a sentirse inspirado—. A su paso, la mar no desprende vapores envenenados. En su estela jamás han podido verse peces flotando panza arriba. Hemos facilitado excelentes razones para creer que todo ocurriría así. Y no sólo nadie ha salido perjudicado, sino que...

—Por mi parte, siempre he estado convencido de que no ofrecía peligro alguno —le interrumpió a su vez el obispo con cierta precipitación—. Pero a mucha gente le ocurre lo que a Tomás, que si no lo ven no creen...

—¿Y han visto? —indagó *Madame Bach* con el mismo tono de refinada cortesía.

—Han visto. Y están convencidos. Creo que ya no existe motivo alguno para que no mantengamos excelentes relaciones.

—Ésa ha sido siempre mi mayor aspiración, monseñor —intervino el capitán Müller, a quien divertía más que a todos los demás aquel cambio de actitud y que temía que el espíritu cáustico de Maurelle diera al traste con aquellas buenas disposiciones.

—Por mi parte, haré uso de toda mi influencia para que la población cristiana haga su estancia lo más agradable posible cada vez que regresen a puerto. E incluso...

El prelado hizo una pausa y pareció reflexionar.

—¿Incluso? —repitió *Madame Bach* con tono interrogante.

Al cabo de un instante prosiguió dirigiéndose a Müller, como si éste fuese el más capacitado para apreciar su proposición:

—De repente se me ha ocurrido una idea, comandante, de la que deseo hacerle partícipe, idea que a mi juicio servirá para enaltecer aún más a su buque a los ojos de nuestra población cristiana.

—Estoy segura de que será una excelente idea —dijo *Madame Bach*—. Veamos.

—Verá, señora presidenta. Antaño la botadura de un buque iba siempre acompañada de una ceremonia religiosa. Por otra parte, también hoy día suele hacerse en ocasiones. Estoy enterado de que en nuestras parroquias, donde tanto se

veneran las tradiciones, muchos lamentan que no haya ocurrido así con el *Gargantúa*. Pienso que acaso no sea demasiado tarde para subsanar tal omisión.

Volvió a interrumpirse acechando las reacciones de sus interlocutores con una especie de curiosidad inquieta. Müller parecía dispuesto a dar las gracias; pero el obispo no podía ignorar que Maurelle, tras un nuevo intercambio de miradas con su superior, disimulaba a duras penas las ganas de reír. Así que no vaciló en tomar la cuestión por el lado bueno, sonrió a su vez y añadió:

—Una bendición muy sencilla. Pero si mi idea no les complace olvidémosla y sigamos siendo buenos amigos.

Maurelle, que había recobrado la seriedad, consideró que se encontraba frente a un hombre muy sagaz y dio prueba de buena voluntad.

—De cualquier modo, eso no puede hacer daño —observó.

—Es lo que yo iba a decir, mi querido señor. No puede hacerlo y yo añadiría que acaso pueda hacer mucho bien a los ojos de los creyentes.

Madame Bach parecía pensativa, y el prelado la miraba en silencio, pareciendo que esperaba su decisión con cierta ansiedad.

—He de reflexionar, monseñor —repuso al cabo—. Desde este momento puedo decirle que, por mi parte, no veo inconveniente alguno a tal iniciativa y estoy segura de que el capitán Müller la aprobará. Pero debo considerar la opinión de mi consejo, del que, por desgracia, no todos los miembros son creyentes. No obstante, opino que no me será difícil convencerlos.

Tras un intercambio de sutiles cortesías, parecía que la reunión tocaba ya a su fin. El obispo hizo ademán de levantarse para despedirse, cuando Maurelle, no pudiendo resistir más, preguntó con aire hipócritamente indiferente:

—Y a propósito, monseñor, ¿ha tenido noticias de *la Coja*?

II

El prelado hizo un gesto de contrariedad pronto reprimido.

—¿*La Coja*?

—No es posible, monseñor, que desconozca a esa personalidad regional que está a punto de convertirse en celebridad mundial. La Prensa no habla más que de ella y la Televisión le va a dedicar toda una emisión.

—No lo ignoro —respondió con dulzura el obispo.

Incrustándose en la butaca que se disponía a abandonar, aceptó con resignación abordar un tema que hubiera preferido evitar.

—Y el acontecimiento que le ha valido semejante notoriedad es bastante singular —remachó *Madame Bach*.

—Tampoco lo ignoro. En efecto, se trata de un acontecimiento extraño.

—Muy extraño, monseñor —insistió *Maurelle*—. Estaba lisiada y ya no lo está. Se ha curado de repente, iba a decir que milagrosamente.

—Milagrosamente es una expresión muy elevada que aún no me siento con derecho a pronunciar, señor *Maurelle*. Pero, de hecho, hemos de reconocer que ha tenido por testigo a toda una multitud. Parece haberse curado en unas circunstancias que la ciencia no puede explicarse.

—En el preciso instante en que quedó rociada por ese agua que se nos acusaba de envenenar. Algunos llegaron incluso a suponer que habíamos hecho pacto con el diablo.

El obispo hizo un gesto cortés de protesta. Luego contestó a la primera cuestión.

—He tenido noticias a través del cura de su parroquia que la ha visitado. En su día lo haré yo también, pues considero que se trata de un caso importante.

—Y que ha producido profunda impresión entre los creyentes —susurró *Madame Bach*.

—Estamos de acuerdo. La entrevista con el cura no ha servido para aclarar nada. De repente, se ha sentido otra persona y aparte de eso no sabe más que nosotros. Puedo añadir que dicha metamorfosis ha sido tanto moral como física, pues ha recibido con amabilidad la visita del cura, cuando antes se nos mostraba profundamente hostil.

—Nos encontramos ante otro beneficio, si no un milagro, provocado también, directamente o no, por nuestra agua —insistió *Maurelle*.

—Es una manera de enfocar el acontecimiento. Deben de existir otras. He hecho también que interroguen al médico que la cuidara hasta entonces.

—Por mi parte, he hecho idéntica investigación. Supongo, monseñor, que el resultado habrá sido el mismo. Considera que la invalidez de *la Coja* era incurable.

—Eso es lo que afirma. Incurable. Desgraciadamente, no ha conservado las antiguas radiografías, por lo que no pueden compararse con las que le acaban de hacer.

—En las cuales aparecen unos huesos perfectamente normales y sanos. También lo sé.

—Y es una lástima. A no ser por eso, contaríamos con la prueba material indiscutible...

—¿De un milagro, monseñor?

El prelado no contestó. Moviendo la cabeza con aire perplejo, se puso en pie para despedirse.

Madame Bach se dispuso a unirse al capitán Müller y a Maurelle para acompañar al obispo a su coche donde lo esperaba el chófer. Antes de alejarse del muelle, el prelado se detuvo y contempló el buque con aire pensativo. A Maurelle le pareció impresionado por la inmensa silueta cuya sombra, deformada por las pequeñas olas, se extendía a lo lejos sobre la mar.

—Observe la torre y el reactor, monseñor —le hizo notar Maurelle—. Parecen las espadañas de una catedral. La comparación se me vino a la mente durante un crepúsculo.

El obispo no contestó. En realidad, su atención no estaba fija en el buque, sino en un hombre que se encontraba solo a cierta distancia y se dedicaba a un extraño manejo, lanzando a la mar una botella sujeta con un bramante. *Madame* Bach, que también lo había observado, parecía igualmente intrigada. Pero Maurelle, a quien la visita del prelado había causado, sin duda, profunda alegría, hizo que dirigieran de nuevo su atención al petrolero.

—Un poco de agua bendita, acaso una cruz en la cima y ya se ha extinguido el olor a azufre que emanaba antes.

—No bromeo con las cosas sagradas —murmuró con dulzura el obispo encaminándose de nuevo hacia su coche.

—No bromeo, monseñor. Sencillamente, me hubiese gustado contarle una anécdota que acabo de leer en un libro de Historia.

—¿Una anécdota? —inquirió *Madame* Bach reuniéndose con ellos—. Sin duda aburrirá a monseñor.

Había hablado con tono distraído, volviéndose para observar de nuevo al hombre de la botella, pues mostraba un creciente interés ante su comportamiento.

—Aprecio las anécdotas cuando son de buen gusto.

—Se trata casi de una parábola, monseñor. Se refiere a menhires y dólmenes. En el Medievo, muchos de aquellos monumentos paganos constituían un poderoso polo de atracción para las multitudes. Enfermos y lisiados acudían en peregrinación con la esperanza de una curación milagrosa. Mujeres estériles iban a frotar sus senos contra la piedra para obtener de una divinidad desconocida la gracia de concebir que les era negada por el Dios de los cristianos. Los obispos empezaron a lanzar anatemas sobre aquellos vestigios de otra era. Incluso hicieron que muchos fueran demolidos. Pero pronto se dieron cuenta de que tal represión sólo servía para exacerbar la superstición de los desgraciados. Entonces cambiaron de táctica y comenzaron a cristianizar

aquellos monumentos. Y así se ocuparon de grabar cruces e imágenes de la Virgen sobre las piedras paganas. Y así, algunas de aquellas piedras fueron desplazadas para colocarlas a la sombra sagrada de una iglesia. Y así, cuando los monumentos eran demasiado pesados, se construyeron iglesias cerca de ellos. Incluso en ocasiones, como ocurriera en Saint-Gennain-de-Confolens, en Charente, los obispos se encargaron de transformar un dolmen en capilla.

Nada era capaz de apartar al prelado de su untuosa afabilidad.

—Aprecio la anécdota —repitió con leve sonrisa—, y ello forma parte de mi sacerdocio, saborear las parábolas. Ésta demuestra, sencillamente, que el Espíritu sopla donde le place.

—Nuestro físico atómico piensa como usted, monseñor —dijo Maurelle inclinándose—. Con frecuencia me lo ha repetido.

—El evangelista lo ha dicho antes que él y que yo, mi querido señor. En todo caso, mi conclusión sigue siendo la de que lo que les he propuesto no puede hacer daño a nadie.

Les dejó, tras haberse inclinado con respeto ante *Madame* Bach y con un ademán de la mano que semejaba ya una bendición.

III

—Un santo hombre —observó Maurelle mientras se alejaba el automóvil del obispo.

—Previsor —añadió *Madame* Bach—. Estoy segura de que hubiera sido un excelente hombre de negocios. A propósito, Maurelle, aprecio mucho su anécdota.

El joven rebosaba satisfacción, y los tres volvieron a tomar el camino del muelle. Müller evocó la curación de *la Coja*. Requerido por su trabajo desde la llegada del petrolero a puerto, aún no había tenido tiempo de hablar sobre ella.

—Ignoro si se trata de un acto de la Providencia —dijo Maurelle—, pero lo que sé es que representa un triunfo para nosotros cuyas consecuencias aún resultan difíciles de calibrar.

El capitán bajó la cabeza con gesto hosco.

—Oiga, señor Maurelle, creo que empiezo a conocerle bien. Y creo que sería el último de los hombres del mundo en aceptar que se trata de un milagro. Una extraña coincidencia, eso es todo.

—Es posible que sea así, comandante. Pero pecaríamos de negligencia si no la explotáramos a fondo en el caso de que los acontecimientos tomen el giro que presiento.

Müller hizo un gesto de reprobación. Su honradez innata se rebelaba ante la idea de *explotar* un acontecimiento de ese tipo tal como sugería Maurelle. Se disponía a replicar cuando su atención se sintió atraída de nuevo por el hombre al que vieran recoger agua con una botella. Aun cuando éste se encontraba en la parte exterior del recinto que limitaba la zona del muelle reservada al *Gargantúa*, el capitán frunció el ceño. No le gustaba ver a desconocidos merodeando alrededor de su barco.

El hombre había terminado con sus extraños manejos. Contemplaba su botella llena hasta las tres cuartas partes con aspecto mohíno, moviendo la cabeza con aire insatisfecho. Pareció vacilar cuando vio acercarse al trío. Finalmente, hizo acopio del suficiente valor para dirigir la palabra al hombre de uniforme, al tiempo que se descubría.

—¿Supongo que es usted el señor comandante del *Gargantúa*?

—Soy yo —refunfuñó Müller—. ¿Qué quiere de mí?

—Si me atreviera, comandante...

—Atrévase.

—He sacado de aquí un poco de agua, pero no debe ser igual. No es pura... Quiero decir que ya está mezclada con la fría de la mar... Bueno, vamos, que está lejos de su barco. Perdóneme, comandante, en realidad no creo mucho en estas cosas pero, en fin, daño no puede hacer.

Madame Bach, que ahora se sentía francamente curiosa, cambió una mirada disimulada con su secretario.

—Habla como su obispo —observó.

—Se trata de mi mujer, comandante —balbuceó el hombre cada vez más intimidado—. Me ha recomendado mil veces que le lleve agua pura.

—¿Su mujer?

—Ella misma. Está paralítica. Los médicos aseguran que no puede curarse, pero lo mismo decían de *la Coja*. Ella ha leído todos los periódicos y hecho que le cuenten todos los detalles gentes que lo presenciaron. Desde hace dos días sólo sueña con eso. Hubiese deseado que la trajera aquí para bañarla, pero eso es imposible, y su médico se ha opuesto. Así que le he prometido llevarle una botella del agua que salga de su barco después de haberlo atravesado. Pero veo que no puedo acercarme lo bastante. ¿Si me permitiera entrar en el recinto, comandante, y llenar mi botella junto al desagüe?

Müller contuvo un gesto de irritación. Aquel tipo de fetichismo no le provocaba en modo alguno risa.

—No iréis a negarle eso, comandante —intervino Maurelle—. Estaría muy mal.

El capitán parecía vacilar. Dirigió una mirada interrogativa a *Madame Bach*. Ésta parecía inmersa en una profunda meditación desproporcionada con lo trivial del incidente. Maurelle, que empezaba a conocerla bien, adivinó que vislumbraba ya una serie de acontecimientos imprevistos derivados de aquella solicitud anodina.

Müller se resignó de mala gana a acceder a la solicitud del hombre. Maurelle hizo entrar al hombre en el recinto y le ayudó personalmente a llenar su botella en el desagüe del agua templada que expelía el buque. El hombre dio repetidamente las gracias de forma emocionada y desmayada y luego se alejó con su precioso líquido.

—Es de temer que mañana nos encontremos con otros diez del mismo estilo —refunfuñó el capitán.

—Eso es lo que espero. Y cometeríamos un error si los rechazáramos. Piense en todas las molestias que nos hemos tomado, las conferencias, la publicidad, los obsequios, todos los argumentos, todos los motivos que he expuesto para combatir su terror hacia lo nuclear.

—La razón no sirvió de nada —corroboró *Madame Bach*, que seguía pensativa.

—De nada, *Madame*. Y ha bastado un elemento irracional, ilógico, inexplicable, sin duda una simple coincidencia como a usted le parece, comandante, para que todo se incline hacia nuestro lado.

—Aún no están de nuestro lado —farfulló una vez más Müller—. Reconozco que han cambiado de actitud y me felicito por ello.

—Acudirán a nosotros. Piense en la fe o en el fetichismo de esa mujer paralítica. Y su marido se encuentra muy cerca de compartir sus sentimientos, aun cuando todavía se muestre reacio. ¿Se ha dado cuenta de la actitud de la Iglesia? El obispo, que tiene buen olfato, no ha tardado en seguir la corriente. Y apostarí a que no pasará mucho tiempo antes de que otros se manifiesten de forma análoga. Supongo, *Madame*, que no dudará de que un acontecimiento hasta tal punto espectacular equivale a millones y millones de publicidad para los futuros proyectos de la

compañía.

—Es muy probable que tenga razón —repuso *Madame* Bach—. Y como jamás pierdo de vista los intereses de la compañía y sus proyectos para el futuro que, en definitiva, son los míos, soy de la opinión de que es preciso hacer todo lo necesario para alentar la fe incipiente de estas buenas gentes.

—Si es ésa su voluntad, por mi parte haré todo lo posible —aseguró el capitán Müller—. Pero se lo suplico: no me hable de cosas sobrenaturales.

—Y ¿qué importa eso, comandante? En lo que se refiere al futuro de la propulsión nuclear, creo que Maurelle tiene razón. En verdad se trata de un acontecimiento milagroso.

IV

La emisión dedicada a *la Coja* tuvo un éxito sin precedentes en los anales de la Televisión. El número de aparatos conectados superaba, con mucho, a las normas habituales hasta el punto que la EDF hubo de poner en marcha precipitadamente generadores de apoyo con el fin de satisfacer la sed de información de un público apasionado por el acontecimiento como jamás lo estuvo antes por ninguna de las peripecias que tuvieron lugar durante los últimos años en el terreno político, militar o deportivo.

—Esperemos que nuestro físico no nos salga con demasiadas patochadas —suspiró el capitán Müller al aparecer en la pequeña pantalla el título de la emisión—. Hace algún tiempo que me inquieta. Esta historia parece haberle desequilibrado.

Aunque él también había sido invitado a participar en el debate que tendría lugar una vez proyectadas las imágenes, se había negado categóricamente, ya que no comulgaba con el espíritu que, visiblemente, inspiraba la emisión. Asistía como espectador en su apartamento del *Gargantúa* junto a Maurelle, a quien había invitado a cenar y a pasar la velada, junto con el oficial mecánico Guillaume y su mujer, que había ido a reunirse con su marido aprovechando la estancia obligada del buque en el muelle.

El realizador había insistido en que estuviera presente un representante del *Gargantúa*. En un principio, *Madame* Bach había pensado, naturalmente, en el titular de las relaciones públicas. Pero éste había sugerido que era preferible que confiara la representación a David y afirmaba:

—Le conozco bien, *Madame*, y tengo excelentes motivos para pensar que se desenvolverá mucho mejor que yo a quien todos conocen como publicitario. Estoy seguro de que esa especie de misticismo que le impulsa hará maravillas en la pequeña pantalla.

—¿Místico? Hasta ahora siempre creí que había contratado a un científico, a un sabio atómico.

—Desde hace un cuarto de siglo es casi la misma cosa, *Madame*.

Madame Bach sonrió y siguió los consejos de su secretario, en el que descubría cada vez más cierta atracción hacia la paradoja a la que ella también era aficionada, siempre que no rozara la extravagancia gratuita. Así pues, el físico figuraba entre los personajes que habrían de intervenir en el debate.

La emisión se presentaba en la serie *Los expedientes de la pequeña pantalla*. En la primera parte figuraba una película rodada por las cámaras de la Televisión y centrado sobre el personaje de *la Coja*, antes del acontecimiento que cambiara su vida. Los técnicos habían reunido en él entrevistas concedidas antaño por ella, algunas vistas de las reuniones contestatarias presididas por ella, breves imágenes de la lisiada apoyada en su muleta, cojeando por las calles de su aldea, en tanto que un comentarista resumía su carrera y ascensión como incitadora de la cruzada

antinuclear.

Se trataba, sencillamente, de una entrada en materia. Acto seguido, se abordaba el tema principal, es decir la manifestación en la mar, ya que la Televisión había comprado varias películas rodadas por aficionados contestatarios, en las que aparecían todas las secuencias, desde la concentración nocturna de la flotilla, hasta el golpe de efecto final respecto al cual todo el país se interrogaba febrilmente.

El capitán Müller contemplaba aquel documento con creciente curiosidad. Guillaume, por su parte, mostraba idéntico interés. Ambos oficiales revivían intensamente las peripecias de aquella mañana angustiosa que tan bien terminara. La última secuencia retuvo su atención de manera especial, aun cuando sus rostros se crispaban por el esfuerzo que realizaban para captar algún detalle que se les hubiera escapado. En el momento de la súbita metamorfosis de *la Coja*, Guillaume y su mujer lanzaron al unísono una sorda exclamación.

Aquella noche, Maurelle observaba con igual interés la pequeña pantana y las reacciones de los espectadores. La mujer de un pescador, empleada por el capitán en calidad de sirvienta durante el período de los trabajos en tierra por encontrarse muchos marineros de permiso, y a quien autorizara para asistir a aquella emisión de carácter excepcional, lanzó un prolongado suspiro y esbozó la señal de la cruz. Tomaban cuerpo las previsiones del encargado de relaciones públicas: la imagen televisiva adquiriría aún mayor intensidad que la escena en directo.

—Después de esto, no quedarán muchos escépticos —murmuró.

—Desde luego que no en lo que se refiere al hecho en sí. ¿Quién se atrevería a negarlo? —replicó Müller—. En cuanto al resto...

—Parece difícil negar el testimonio que tenemos ante nuestros propios ojos —le interrumpió la mujer de Guillaume.

Era una rubia, pequeña y tímida que, en general, permanecía bastante al margen. En aquella ocasión habló con una autoridad absolutamente desacostumbrada en ella.

—Yo también lo creo así —afirmó el jefe de máquinas.

Müller se lo quedó mirando estupefacto. Él había hablado en tono cortante, con cierto matiz de desafío. El capitán dudó un instante en replicar; finalmente, encogiéndose de hombros, dirigió de nuevo su atención a la pequeña pantalla. Maurelle sonrió.

Madame Bach, que en su apartamento de París seguía también la emisión (se hubiera guardado mucho de desdeñar el testimonio contemplado por sus propios ojos, ya que le atribuía mayor importancia que a ningún otro) con el entrecejo fruncido, no perdía detalle y se esforzaba por hacer una síntesis coherente. La metamorfosis de *la Coja* despertaba en ella escasa emoción. Se sentía cautivada, aún más que Maurelle, por la extraordinaria impresión que podía leerse en el rostro de todos los testigos, tanto de aquellos que estuvieron presentes en el acontecimiento que se desarrollaba en la pantalla como en el grupo reunido alrededor de ella.

Bien es verdad que los responsables del espectáculo habían dado pruebas de un

arte consumado en su presentación y realización. Después de la imagen de *la Coja* chorreando, transformada, extasiada sobre el puente de mando del petrolero, un breve retroceso de la cámara la mostraba de nuevo lisiada, deforme sobre su muleta. Luego hubo unos instantes de oscuridad y, por último, un primer plano de ella en directo, en el estudio. *La Coja* aparecía transfigurada, radiante, con los ojos empañados por las lágrimas; la muleta que, aunque ya inútil había insistido en llevar con ella, descansaba sobre una mesa.

—Mírela bien, comandante —dijo Maurelle, que intentaba leer en su fisonomía los sentimientos más íntimos—. Mírela bien. Hoy es su momento de gloria.

En efecto, aquél era un día triunfal para *la Coja*. Con la complicidad invisible de las cámaras que se las ingeniaban para ponerla de relieve mediante ángulos apropiados de tomas y sutiles juegos de luz, aparecía como dominando desde las alturas al grupo de invitados, entre los cuales algunos parecían bastante envarados, adivinándose el esfuerzo que hacían por adoptar una actitud natural. Ella, por el contrario, se encontraba a sus anchas. El orgullo que sentía le procuraba una emoción aún más intensa que su curación. La ambición que alimentaba en secreto desde hacía meses y años se veía colmada de una manera que jamás se atreviera a suponer: convertirse en el centro de la atención de millones de entusiasmados espectadores durante toda una velada.

Desde hacía tiempo se venía preparando, o, al menos en parte, para una consagración de este tipo. Claro que si la manifestación se hubiera desarrollado de acuerdo con sus primeras esperanzas el significado hubiera sido diferente. Pero el marco era el que había soñado. Había estudiado durante largo tiempo sus palabras, la entonación, las pausas, los silencios, el acento de sinceridad. Hoy sólo las palabras habrían de modificarse, lo que representaba muy poco esfuerzo. Con una soltura que no era fingida transponía su ideología de antaño a una nueva profesión de fe impuesta por las circunstancias.

Afirmó su dominio al cortar la palabra al moderador antes de iniciarse el debate, solicitando hacer una declaración preliminar que no se le podía negar. Fue una severa autocrítica. Denunciaba la campaña fomentada por ella contra el petrolero nuclear, expresaba su profundo sentimiento y su intención de dedicar en adelante todos sus esfuerzos a reparar errores pasados.

—Excelentes disposiciones —murmuró *Madame* Bach en su salón parisino.

—Excelente entrada en materia —susurró Maurelle en el *Gargantúa*—. Ahora tenemos en ella una firme aliada.

Comenzaba el debate en el estudio de Televisión. Los invitados, aparte de *la Coja*, eran cuatro: el profesor Havard y David, quienes fueron presentados con todos sus títulos y se miraban como perros ariscos. Se les había convocado para que ofrecieran el punto de vista de la ciencia objetiva sobre un fenómeno que parecía desafiar la comprensión popular y, a mayor abundamiento, habían sido testigos directos del acontecimiento. El tercer invitado era un médico de bastante edad, que

asistiera a la lisiada bastantes años antes. El último era el obispo. Había dudado en delegar en uno de sus vicarios, pero, tras madura reflexión, consideró la cuestión lo bastante importante para desplazarse personalmente.

La discusión se inició con una pregunta formulada por el presentador al médico. ¿Consideraba que la curación de *la Coja* se debía a causas naturales? El doctor contestó negativamente y se lanzó a una prolija explicación técnica que, en todos los hogares, los telespectadores siguieron con distraída atención después de lanzar un suspiro de alivio ante su negativa.

Reaccionando al igual que los demás, Maurelle observó:

—Estaba seguro de su respuesta. Aun cuando tuviera alguna duda no se atrevería a exponerla.

—Y ¿por qué? —indagó Müller.

—Porque a la salida su mujer lo despedazaría. Porque al día siguiente recibiría millares de cartas insultándole procedentes de personas para quienes el milagro no puede ponerse en tela de juicio, porque lo han contemplado en su televisor con sus propios ojos.

—¡Milagro, señor Maurelle! —exclamó el comandante—. Estoy seguro de que usted, como yo, no cree en milagro alguno.

—Mi opinión y la suya no cuentan, comandante. Mire a la mujer de Guillaume —añadió en voz baja Maurelle—. Vea a su sirvienta. Observe al propio Guillaume.

Todos habían escuchado la exclamación de Müller. Una de las dos mujeres le miraba con desdén; la otra parecía entristecida. El oficial mecánico daba la impresión de estar furioso.

—No oyen una sola palabra de las explicaciones del médico —prosiguió Maurelle—. Sólo tienen ojos para la destinataria del milagro.

Y lo mismo que ocurría en el *Gargantúa* sucedía en todos los hogares, en los estudios de Televisión y entre bambalinas. El moderador tuvo plena consciencia de ello y, abreviando las explicaciones técnicas del doctor, le pidió que concluyera, lo que éste hizo repitiendo la declaración formulada al comienzo: el médico no encontraba explicación natural alguna a aquella curación.

—Entonces, señores —dijo el presentador volviéndose hacia los demás invitados—, si el médico no encuentra causa natural, ¿es lícito pensar que otra ciencia pudiera descubrirla? Y, si no existe, parece razonable considerar una intervención de otro tipo. Usted, monseñor, está especialmente cualificado, sin lugar a dudas, para intervenir en este terreno.

V

El obispo contestó con calculada prudencia diciendo sonriente que la Iglesia, para admitir una intervención sobrenatural, exigía otras pruebas, aparte de aquellas con las que a veces se contentaban los laicos, además de la declaración de gran número de testigos dignos de fe. El presentador, dándose cuenta con su instinto profesional de que tales restricciones corrían el riesgo de decepcionar a muchos telespectadores, le hizo observar, también sonriendo, que la condición relativa al número y calidad de los testigos no podía quedar satisfecha de manera más perfecta, ya que, gracias a la Televisión y además del propio obispo, el mundo entero, o casi todo él, había asistido al acontecimiento.

—Reconozco que nos encontramos ante circunstancias muy especiales —concedió el prelado—. Le ruego comprenda que mi reserva no significa en modo alguno escepticismo. Por tanto, no le sorprenderá oírme declarar ahora muy alto que la Iglesia no sólo admite, sino que proclama la posibilidad de un milagro.

Tal observación provocó una furiosa exclamación del profesor Havard y una protesta, por su parte, en nombre de la ciencia. Entonces David le cortó la palabra con autoridad, declarando que deseaba citar una frase de un auténtico sabio, de valor indiscutible. Comprendiendo que contaba con la aprobación general, leyó de un libro que llevaba consigo:

—«Una seria consecuencia del abandono del principio de causalidad...». Se trata —comentó— de la adopción del principio de incertidumbre que hoy día admiten la mayoría de los hombres de ciencia. «Una seria consecuencia del abandono del principio de causalidad es que ello nos deja sin una clara distinción entre lo natural y lo sobrenatural... De esa forma abrimos la puerta a los demonios y a los salvajes. Se trata de una grave iniciativa pero no creo que ella implique el fin de la ciencia»^[1]. El autor —añadió al cabo de un silencio— es *Sir Arthur Eddington*, uno de los más grandes astrónomos de nuestro tiempo, asimismo físico y que ha estudiado con clarividencia muchos problemas filosóficos.

—Excelente —aprobó *Madame Bach*—. Maurelle tenía razón. David está a la altura de la situación.

Aquella cita pareció haber impresionado a los participantes al debate, salvo el profesor Havard, que se encogió de hombros. El propio obispo pareció apreciar la intervención del físico, pese a haber esbozado una levísima mueca ante la mención de demonios y salvajes. Al cabo de un nuevo silencio, se inició una discusión entre ambos científicos, durante la cual el juicio unánime de los telespectadores fue que David disfrutaba de una clara ventaja. Bien es verdad que conservaba toda su calma, citaba nombres de físicos famosos, hacía alusiones a la gnosis de Princeton, mientras que Havard iba perdiendo poco a poco su sangre fría.

El profesor concluyó declarándose aterrado por las estupideces que acababa de

escuchar, afirmando, por su parte, que se trataba de una simple coincidencia. Según él, *la Coja* no era en modo alguno incurable y el hecho de que se hubiera curado era una prueba indiscutible. Aquel tipo de prueba hizo que David se echara a reír despreciativo, risa que encontró eco entre los invitados de *Madame Bach* y en el *Gargantúa*, no sólo entre el grupo del capitán, sino también entre los oficiales y marineros que se agolpaban ante otros televisores. El profesor concluyó diciendo que el diagnóstico del médico había sido equivocado, como solía ocurrir con bastante frecuencia.

La violencia de la ducha quizás había provocado un choque nervioso, que ocasionara el enderezamiento de *la Coja*.

Aquella declaración fue acogida en el estudio con un murmullo reprobador, así como entre bastidores, propagándose también por todos los hogares de Francia donde millones de telespectadores protestaron indignados. Tan sólo en el *Gargantúa* el capitán Müller acogió favorablemente aquella explicación.

—Al fin oímos algo razonable —declaró, lo que le valió miradas reprobadoras del matrimonio Guillaume.

El presentador cortó por lo sano la discusión aludiendo a la multitud de preguntas que se planteaban. Las principales podían resumirse así: ¿Qué piensa la propia *Coja*?

Desde su primera declaración, *la Coja* había permanecido silenciosa como sumergida en un ensueño. Pareció evadirse con dificultad y reflexionó largo tiempo antes de contestar.

—Soy incapaz de tomar parte en discusiones científicas. Únicamente puedo decir que tuve la impresión, y que la sigo teniendo, de haber intervenido en un acontecimiento extraordinario. Al recibir la ducha, olvidé quién era, dónde me encontraba, al mismo tiempo que mis miembros se liberaban y sentía mi cuerpo invadido por un calor desconocido. En mi ignorancia, sólo puedo atribuir semejante metamorfosis a la Providencia, en la que no creía y a la que doy gracias mediante la oración.

—Y esto, señores, quizá sea otro de sus beneficios, si no un segundo milagro que, por mi parte, considero al menos tan importante como el primero —comentó el obispo.

—Está claro que trata de acapararla —murmuró Maurelle sintiéndose de repente preocupado.

Hubo una pregunta que pareció tranquilizar al encargado de las relaciones públicas y esperó con atención creciente las respuestas. El presentador la formuló de la siguiente forma: ¿era posible que el agua, al atravesar el reactor, pudiera adquirir virtudes insospechadas para la Ciencia?

—¡Santo Cielo! —aulló Müller poniéndose en pie.

Maurelle le tranquilizó con un ademán indicándole que escuchara.

—¿Quién quiere contestar? —preguntó el moderador.

El obispo se excusó. Havard declaró que no tenía nada que responder a tales

tonterías. David afirmó, clavando la vista en él, que la Ciencia, dado el estado actual de los conocimientos, no podía pronunciarse, pero que, ante aquella incertidumbre, le parecía contrario a su espíritu negar de manera sistemática una eventualidad de ese tipo, como lo hacían ciertos sabios rutinarios.

—Pero ¡santo Cielo! —volvió a exclamar el capitán Müller—. ¡Si el agua que roció a *la Coja* ni siquiera atravesó el reactor!

—¡Bravo, David! —murmuró Maurelle—. Seguramente habrá olvidado ese pequeño detalle o no le dará importancia. No se compromete, pero deja la puerta abierta a todas las suposiciones. Buena pregunta. Y una respuesta muy buena.

—Es una locura. Nos va a poner en ridículo.

—Locura tal vez, pero, por el contrario, beneficioso para nosotros. Conviene que la religión y la energía nuclear compartan el crédito en esta aventura. David dosifica el misticismo y el materialismo de acuerdo con una fórmula que satisfará. Aporta todo el peso de la Ciencia para mantener una superstición naciente y facilita en su favor argumentos que parecen casi racionales. Esto ha representado siempre una tentación irresistible para muchos grandes físicos y astrónomos ilustres.

—Me gustaría saber lo que piensa *Madame* Bach —gruñó el comandante.

Como respuesta a dicha observación y cuando la emisión estaba a punto de acabar con un primer plano de *la Coja*, el rostro iluminado por una dulce sonrisa, en el salón del *Gargantúa* sonó un teléfono conectado sobre el sector. Era la señora presidenta que deseaba hablar con Maurelle.

—Una emisión muy buena —le dijo—. Sólo podrá beneficiarnos. He apreciado en todo su valor la última pregunta y la respuesta de su amigo David.

—Entonces, *Madame*, no me arrepiento de haber logrado que uno de mis amigos formulara esa pregunta —dijo Maurelle con falsa humildad.

—Piensa usted en todo, mi querido Maurelle —repuso ella en tono apreciativo.

—¡Ha sido usted! —gritó Müller, furioso, tan pronto como Maurelle hubo colgado el teléfono.

—¿Acaso no es mi trabajo hacer resaltar las virtudes de nuestro *Gargantúa* por todos los medios a mi alcance?

Müller apagó el televisor con ademán iracundo y se acercó a una portilla para contemplar la mar, iluminada por una luna en cuarto creciente. Necesitaba contemplar aquel paisaje para calmar los nervios.

De súbito, frunció el ceño al divisar una sombra deslizándose sobre las olas.

—La barca de un pescador —observó Guillaume, que se había reunido con él—. Ya la vi ayer.

—No me gusta que se acerquen así durante la noche al buque. Mañana quiero que los proyectores iluminen la mar y también el muelle, Guillaume.

—Comandante, creo que, después de la emisión de esta noche, los alrededores de nuestro *Gargantúa* recibirán numerosas visitas, tanto de día como de noche. Va a atraer a los curiosos y a las almas en pena, como si se tratara de un potente polo

magnético.

VI

Y se cumplieron las predicciones de Maurelle. A raíz de la emisión televisada que ofreciera la apoteosis de *la Coja*, que aportara al mundo la visión excepcional de un milagro y sembrara la confusión entre las filas de los adversarios de la energía nuclear, empezó el desfile de visitantes por el muelle en el que estaba amarrado el buque. Los primeros días fueron tan sólo curiosos de los alrededores, pero ahora ya, en todo el país, una legión de peregrinos abandonaban sus hogares y deambulaban por las rutas y los caminos, como atraídos por un poder sobrenatural hacia un nuevo templo.

De esa manera, el monstruoso petrolero nuclear, símbolo del progreso material, fruto del trabajo de todo un ejército de sabios, ingenieros, técnicos sobre las especulaciones abstractas de un físico genial tres cuartos de siglo antes, el reactor ambulante que desencadenara las pasiones, las querellas, las desavenencias, las luchas en una generación de biólogos, especialistas en el átomo, economistas, políticos, el *Gargantúa*, apodado *Leviatán*, se convirtió en unos días en el punto de convergencia de manifestaciones insólitas, semirreligiosas, semipaganas, provocando estados de espíritu muy diferentes entre los que le servían. El capitán Müller se mostraba preocupado, ya que su espíritu realista se rebelaba ante tales extravagancias. En cambio, encantaban a Maurelle, pues aquella súbita veneración colmaba tanto sus más disparatadas esperanzas como su amor por la fantasía. A David le inspiraban ensueños que cada vez trascendían más del marco de la Física. *Madame* Bach era presa de especulaciones que, en ocasiones, adquirían la forma de un sueño, pero que sólo esperaban a transformarse en nuevos proyectos.

Tan pronto como salía el sol, a la hora en que la cima del reactor empezaba a dorarse como dispuesta a lanzar una señal misteriosa, los peregrinos se acercaban lo máximo posible al recinto reservado al barco. Algunos permanecían en pie, otros arrodillados, unos pocos inválidos que habían hecho que les trasladaran allí, tumbados en sus camillas. Todos tenían la mirada clavada en la nueva catedral, como fascinados por sus líneas precisas, a las que una legión de dibujantes industriales se habían esforzado por imprimirles cierta pureza capaz de sustituir a la estética. Sus labios se agitaban mientras murmuraban en voz baja plegarias incomprensibles.

Y así permanecían inmóviles durante varios minutos, a veces mucho más tiempo; luego, algunos sacaban agua, procurando que fuera de la más cercana al buque, con ayuda de cubos, botellas, latas de conserva, y se rociaban meticulosamente. Ciegos conducidos por amigos recogían agua en el cuenco de su mano y se frotaban la cara. Los inválidos dejaban que chorreara sobre sus miembros sin vida, por todo su cuerpo, sin preocuparse de sus trajes. Luego volvían a su contemplación religiosa, levantándose únicamente de vez en cuando para proceder a un nuevo bautismo.

Llegó la época en que ni siquiera la noche fue capaz de contener su encarnizamiento y en que los alrededores del petrolero se veían perturbados por

incontables pisadas y susurros nocturnos. Unas sombras merodeaban alrededor del recinto, en el límite de los haces luminosos que lo alumbraban. Los proyectores, instalados en principio por temor a un sabotaje fruto del odio y la pasión, ahora eran igualmente útiles, a juicio de Müller, para proteger a su navío contra el frenesí de sus adoradores. Temía accidentes y su temor no era vano. Los desgraciados no se sentían absolutamente satisfechos del agua obtenida a algunas decenas de metros del *Gargantúa*. Aquello distaba mucho de las circunstancias del primer milagro. Quienes se encontraban en mejores condiciones trataban por todos los medios de acercarse a la propia fuente que, a su juicio, poseía virtudes infinitamente más poderosas. Una noche uno de ellos logró evadir la vigilancia de la guardia, subir a bordo del buque y abrir al azar una compuerta de tubería, originando un principio de inundación en la que se había bañado con convulsiones de poseso. Aquella red de tubería era anodina, pero el capitán temía que alguno de aquellos energúmenos lograra introducirse en un compartimiento prohibido, exponiéndose a una irradiación peligrosa. Reforzó las órdenes, ya de por sí estrictas, lo que condujo a doblar un servicio de seguridad previsto antaño de manera especial para desalentar a los terroristas a la búsqueda de material fisiónable.

También se acercaban por mar. El barquero que vieran la noche de la emisión televisada, había tenido imitadores. Todas las noches barcas de remos cruzaban silenciosamente las aguas alrededor del *Gargantúa*, con tripulantes que intentaban obtener en el desagüe mismo del navío un agua que se había convertido en más sagrada que la propia agua bendita, para llevársela a parientes o amigos víctimas de males incurables. Müller, tal como había manifestado, hizo colocar proyectores más potentes con el fin de iluminar la mar. El resultado fue que el navío gigante surgía en la noche como una fuente prodigiosa de luz, él mismo deslumbrador con las irradiaciones resultantes de los reflejos fantásticos que devolvían las olas. Aquella luminosidad irreal influía aún más sobre la imaginación de los peregrinos que se agolpaban a su alrededor, en las sombras, formando círculo, o que susurraban palabras de esperanza.

La Coja, que abandonara con estruendo sus actividades subversivas, distribuía ahora sus ratos libres entre la iglesia y el círculo de peregrinos, manifestando un ferviente proselitismo en favor de una especie de religión surgida bruscamente, religión tanto más atractiva al estar más rodeada de misterio, así como por no saber exactamente a qué divinidad consagraban su adoración.

En la iglesia era el centro de la atención de los creyentes, así como de constante vigilancia por parte del párroco de su aldea, quien alentaba su nueva piedad, observaba sus hechos y gestos e informaba al obispo. En el muelle mostraba un recogimiento igualmente fervoroso ante las verjas del recinto. Allí era objeto de una veneración especial y el centro de la atención de un grupo formado por los más piadosos. Algunos llevaban su atrevimiento hasta tocarla, hasta besar el borde de su falda. *La Coja* no buscaba tales demostraciones, aunque las acogía favorablemente.

Su rostro, antaño ingrato y contraído por el sufrimiento y el odio, mostraba ahora una perenne sonrisa capaz de reconfortar los corazones. Circulaban rumores sobre un expediente preparado sobre su caso por las más altas autoridades eclesiásticas. Por su parte, no desmentía ni confirmaba aquellos rumores.

Aquellas escenas siguieron teniendo lugar en el muelle hasta el día en que no le bastaron. Necesitaba de un contacto más íntimo con el buque. Entonces solicitó a Müller que le permitiera subir a bordo y concentrarse una hora al día frente al misterioso agente de su curación. El capitán accedió a su demanda, pese a su repugnancia y al elemento de distracción que su presencia pudiera introducir entre el personal que procedía a las reparaciones. Maurelle le hizo observar que no podían negar aquel pequeño favor a un ser al que tanto debían.

También fue ella la designada por el conjunto de peregrinos para hacer una nueva gestión cerca del capitán. Respetuosos con la disciplina, comprendían perfectamente que no podía autorizar que la multitud se introdujera en el recinto para acercarse a la fuente. Pero ¿acaso no podría hacer llegar hasta ellos una de aquellas mangueras contra incendios que utilizara el día de la manifestación y que lanzaría un chorro lo bastante fuerte para que todos pudieran beneficiarse? *La Coja* hizo primero la solicitud a Maurelle, que mantenía con ella un contacto interesado. Éste se la transmitió a Müller respaldándola con todas sus fuerzas.

—Indudablemente se trata de fetichismo, pero en todo este asunto la imaginación desempeña un gran papel. Tal vez reproduciendo las circunstancias exactas de la primera cura...

—¿No querrá sugerir la posibilidad de una segunda curación?

—Ése es mi más ferviente deseo y conviene no dar de lado nada que contribuya a que se produzca.

Müller, encogiéndose de hombros, levantó los ojos al cielo como poniéndole por testigo ante la locura que empezaba a propagarse entre los que le rodeaban, incluso aquellos que consideraba con mayor sentido común. Sin embargo, acabó por dejarse convencer ante el temor secreto de atraer nuevamente la hostilidad de *la Coja* en caso de que se negara.

—Está bien, que los duchen si así lo desean. Acaso eso logre calmarlos.

—Bravo, comandante, y muchas gracias. Voy a comunicarles la buena nueva y hacer que instalen la manguera... ¿y si fueran dos? Cada vez son más numerosos.

—Como quiera, señor Maurelle, pero mucho cuidado. Quiero que reine la disciplina y nada de tonterías. No olvide que hasta nueva orden constituimos una unidad cuya razón de ser es la de transportar en cada viaje seiscientas mil toneladas de petróleo bruto a Europa, y no un establecimiento de duchas para energúmenos obsesionados por milagros.

Dio instrucciones, como consecuencia de las cuales se llegó a un acuerdo con los peregrinos que les resultó más o menos satisfactorio. A través de la verja se colocaron con carácter permanente dos mangueras contra incendios, abriéndose las compuertas

a unas horas determinadas y durante un intervalo de tiempo limitado. Pero se abstuvo hoscamente de mirar hacia al muelle cuando se llevaban a cabo las duchas. Y cuando, por casualidad, se veía obligado a hacerlo era para poner al cielo por testigo de la extravagancia de aquel espectáculo.

Sin embargo, al cabo de algunos días le convencieron de que debía ocuparse algo más de cerca de aquel asunto. Al principio, confió a Maurelle la vigilancia de la instalación, no queriendo atribuir la responsabilidad a uno de sus oficiales en una iniciativa que merecía su reprobación. El secretario de *Madame* Bach acaso fuera experto en el campo de las relaciones públicas, pero no entendía ni una palabra en cuanto a las realizaciones prácticas. El espíritu ordenado de Müller sufría cuando, después de unas órdenes dadas con ligereza y mal ejecutadas, observó que las mangueras se deformaban bajo la presión del agua y que su extremidad se arrastraba por el barro. Además, los torrentes de agua que lanzaba sobre el muelle caían en todas direcciones. Decidió ocuparse personalmente del asunto y al punto se sintió aliviado.

—No podemos seguir tolerando por más tiempo toda esta confusión delante de nuestro barco, Guillaume —dijo con autoridad al oficial mecánico—. Usted y sus hombres se ocuparán de preparar una instalación adecuada.

Guillaume obedeció gustoso, ya que tanto él como sus mecánicos no tenían gran cosa que hacer, pues las reparaciones afectaban sobre todo al reactor. Además, él también se sentía molesto al contemplar ante el *Gargantúa* un espectáculo tan lamentable que casi parecía un insulto al orden y la limpieza legendarios en la Marina. Bajo su vigilancia, las tuberías quedaron sólidamente estibadas bajo un armazón metálico que no desmerecía de la verja del recinto. A la salida de la conducción se construyó una zona de hormigón lo bastante amplia para acoger un número importante de peregrinos. Y, por último, se perforó y cimentó un canal de evacuación para devolver el agua a la mar. Aquellos trabajos, realizados de acuerdo con las normas dictadas al respecto, los cuales el capitán Müller inspeccionó personalmente varias veces durante su ejecución, le hicieron olvidar, en cierto modo, lo incongruente de su objetivo final. Una vez que fue colocado un cartel especificando con toda claridad las instrucciones y el horario de las duchas, consideró que había actuado correctamente al conferir un embrión de organización a los desbordamientos de la locura.

VII

Según calculaba David, los trabajos en el *Gargantúa* amenazaban con prolongarse algo más de lo previsto, al menos dos meses, lo que venía de perlas a los peregrinos cuya afluencia no disminuía. Aquel día, a la hora de su ducha, Müller, de acuerdo con su costumbre, se había retirado a su despacho y aprovechaba la ocasión para escribir un informe destinado a *Madame Bach*, comentando dicho retraso.

Había dejado abiertas todas las portillas. No le molestaba en absoluto el ruido que hacían los obreros que trabajaban en el buque. Por el contrario, le gustaba aquel concierto al que se había habituado y que, a su juicio, ofrecía la ventaja de ahogar los murmullos de la muchedumbre de peregrinos.

De repente levantó la cabeza con el ceño fruncido. En su acompañamiento familiar había percibido una ruptura. Hacia él llegaba un clamor que ahogaba el estruendo de las máquinas herramientas y el susurro del agua en las tuberías.

—Una nueva crisis de histeria —gruñó.

Se sintió profundamente disgustado, ya que había prohibido con toda severidad las letanías y las plegarias que los peregrinos más apasionados clamaban a pleno pulmón durante los primeros días. Y he aquí que recomenzaba aquella barahúnda. Esperó un momento exhortándose a la paciencia, intentando reanudar su informe. Al cabo de algunos minutos de calma, los clamores comenzaron de nuevo con más fuerza. Se levantó, furioso, dispuesto a ir en persona para hacer que se respetaran las consignas, cuando David, sobreexcitado, irrumpió en su despacho sin molestarse siquiera en llamar antes.

—Otro milagro, comandante. Sin discusión posible. ¡Un ciego ha recuperado la vista!

A decir verdad, aquel segundo acontecimiento no tenía el carácter tan milagroso que proclamaba David ante el espectáculo de una multitud impulsada por el entusiasmo, pero era lo bastante extraño para conmover a los espíritus medianamente escépticos. El beneficiario, un anciano octogenario, no estaba totalmente ciego, pero se hallaba en vías de serlo. Tenía la vista tan débil que no podía andar solo y únicamente conseguía descifrar los grandes titulares de los periódicos con la ayuda de gafas con gruesos cristales y una lupa. Su curación había tenido lugar de una manera igualmente súbita y casi tan espectacular como la de *la Coja*.

Una vez que le hubieron conducido a la zona de cemento donde cada día se vertía el agua irradiada de misteriosas virtudes, se quitó las gafas, cogió un poco de líquido en el hueco de sus manos, como lo hacían muchos ciegos, y se frotó varias veces los párpados. Entonces fue cuando lanzó un grito ahogado, afirmando que veía con igual claridad que cuando era joven. Tan pronto como se vio rodeado de gente y deseoso de presentar la prueba, empezó a describir con minuciosidad las construcciones de los astilleros alejados del navío y después a contar en voz alta los pilares del recinto, describiendo finalmente con emoción de poeta exaltado la silueta del reactor sobre el

que su mirada se fijaba con un fulgor extático semejante al de *la Coja*, antaño, en iguales circunstancias.

David, ocupado en vigilar los trabajos, se sintió atraído por los clamores que vitoreaban el acontecimiento reuniéndose con el grupo y participando al punto en la desmedida excitación colectiva. Luego, predominando su educación científica, sometió al anciano a algunas pruebas cuyo resultado satisfizo totalmente su consciencia profesional. A petición suya, el octogenario se abrió camino con paso firme a través de los peregrinos que se apretujaban a su alrededor, sin tropezar con uno solo de ellos, se acercó al cartel en el que figuraban las instrucciones y las leyó de cabo a rabo, sin vacilar una sola vez ni cometer el más mínimo error. David insistió. Sacó de su bolsillo una agenda en la que anotaba sus compromisos y le mostró una página escrita con letra pequeña, que el hombre volvió a leer, esta vez algo más despacio. Fue entonces cuando el físico se precipitó al despacho de Müller para comunicar a bombo y platillo la buena nueva, comentándola con acento tan jadeante que confirmó al capitán su inquietud sobre su equilibrio mental.

—Es la redención del pretendido pecado —afirmaba David—. El borrón y cuenta nueva de Hiroshima, la señal de que los científicos atómicos no han sido culpables.

Pese a su repugnancia, Müller no podía negarse a ir a comprobar personalmente aquella nueva curación. El anciano se encontraba allí, en medio de un grupo agitado, del que formaban parte no sólo los peregrinos, sino también varios habitantes de la región, ya que la noticia se había divulgado con suma rapidez. Müller observó, irritado, que también estaban presentes todos los marineros y mecánicos que se encontraban a bordo debido a su servicio y que no vacilaron un momento en abandonar su trabajo. También se percató de que se mostraban al menos tan exaltados como los otros.

Sintió cierto malestar y se prometió celebrar una seria reunión con su tripulación para inculcar algo de sensatez en sus mentes que le parecían peligrosamente seducidas por divagaciones indignas de marinos con experiencia.

Entretanto, pudo comprobar, después de nuevas pruebas a que le sometió él mismo y de las numerosas trampas que le tendió, que el anciano veía perfectamente. En cuanto a su estado anterior, la población en pleno de la región era testigo. El capitán se prometió a sí mismo proceder a una investigación aún más estricta que la primera a ese respecto.

—Se dará cuenta de que no estaba loco al confiar en otro milagro, comandante —dijo detrás de él una voz que revelaba un singular júbilo.

Era Maurelle, que había acudido a su vez, excitado por las noticias que acababa de conocer.

—¿Cuántas veces habré de repetirle que no quiero oír pronunciar la palabra milagro con referencia a mi buque, señor Maurelle?

Y de repente, ante el rostro divertido de aquel colaborador al que estimaba, pero cuyos esfuerzos publicitarios no siempre apreciaba, una sospecha asaltó al capitán.

Por un instante, su rostro enrojeció bajo los efectos de una ira incontrolada.

—Señor Maurelle, quiero la verdad, ¿me entiende?, toda la verdad —exclamó—. Ha de jurarme...

Se detuvo, ya que, después de reflexionar, aquella sospecha le parecía monstruosa.

—¿El qué?

—Ha de jurarme que todo esto no es una trampa, quiero decir una comedia montada cuidadosamente por usted, acaso inspirada por *Madame* Bach. Ha de jurarme que ni usted ni ella tienen nada que ver...

Esta vez sí que le interrumpió una franca carcajada que templó, en cierto modo, su excitación.

—¿Es evidente que me toma por el diablo, comandante! ¿No estará empezando también usted a soñar?

—A veces me pregunto si no habremos hecho un pacto con él como antaño pretendían nuestros enemigos.

—Puede tranquilizarse. Por lo que más quiero en el mundo, por el futuro de nuestro *Gargantúa*, que me preocupa tanto como a usted, sobre la cabeza de la compañía a la que pertenecemos los dos, le juro solemnemente que no he tenido la menor intervención en este segundo milagro. Quiero decir en esta segunda curación.

—Bien —murmuró Müller algo confuso—. Le creo y le presento mis excusas.

—Pero ya que me ha pedido que sea absolutamente franco —prosiguió Maurelle con una calma imperturbable—, voy a hacerle una confesión. En verdad que lo he pensado.

—¿Cómo?

—He considerado muy seriamente el hacer representar el papel de beneficiario de un milagro a un hombre de paja al que hubiéramos inventado una útil y pequeña enfermedad incurable con un certificado que la respaldara. Mi conciencia se hubiera quedado tranquila, al menos mi conciencia profesional. Nada es capaz de detenerme en el cumplimiento de mi trabajo... Pero tranquilícese, comandante, le repito que no he tenido la menor intervención. ¿Y sabe por qué me he resistido para siempre a semejante tentación? ¿Me permite que se lo confiese también? Porque después de una madura reflexión he considerado que no era necesario. Redundante, desde luego. Porque, habiendo sido testigo de la emoción popular, consideraba seguro que tendría lugar un segundo milagro, de la misma manera que hoy sé que habrá otros.

—Está divagando —refunfuñó Müller.

—Jamás he hablado con tanta seriedad. Habrá otros. ¿Dentro de una semana? ¿Al cabo de uno o dos meses? Quizá dentro de un año. Ahora ya no hay prisa. Con que sólo tengamos un pequeño milagro que llevarnos a la boca cada año, estaríamos tranquilos por lo menos hasta el fin de la era nuclear.

—Un cínico abominable. Eso es usted.

—Es muy posible, pero lúcido. Si usted conoce los barcos, comandante, yo he

adquirido cierta experiencia respecto a las multitudes. Cuando el hombre cae así, de rodillas, ante lo irracional, siempre tiene lugar un milagro, milagros, una cadena de milagros. Una cadena, eso es. Esto ocurre tanto en los espíritus como en el corazón de los reactores de David. Basta con una adecuada excitación.

VIII

Como la estancia del *Gargantúa* en el muelle habría de prolongarse aún durante algunas semanas, buena parte de la tripulación disfrutaba de un largo permiso. El capitán Müller, invitó a su mesa a algunos oficiales que quedaban en servicio, así como a Maurette y David, y aprovechó la ocasión para tratar de enderezar entre ellos ciertos desvíos que parecían indicar que comulgaban con las supersticiones y divagaciones populares, cosa que hería su profundo sentido común y que consideraba indigno de marinos. A los postres abordó el tema que le obsesionaba, dirigiéndose en un principio a David:

—Usted, señor David, hombre de ciencia, un sabio que cuenta con toda mi admiración, es el más indicado entre nosotros para dar una opinión objetiva sobre los acontecimientos de los que hemos sido testigos. Ante las cámaras de televisión ha hecho declaraciones que me han dejado perplejo. Me gustaría saber lo que en realidad piensa.

David reflexionó un largo momento antes de contestar.

—Si se trata de coincidencias, como me parece adivinar que cree usted, comandante, resultan perturbadoras. Por mi parte, jamás me he sentido tan desconcertado desde que frecuento el mundo de los átomos, un mundo que aún no ha revelado todos sus secretos. Estamos muy lejos de ello.

Maurette observó que la mayoría de los oficiales se sentían impresionados por la respuesta del físico. Guillaume permanecía con el tenedor en el aire, como si compartiera su turbación.

—Me he dado cuenta —prosiguió Müller—. Por ello quisiera que lo aclarásemos de una vez por todas. Veamos, señor David. Hasta aquí le sigo perfectamente. Nos encontramos ante dos incidentes que no sabemos cómo explicar. De acuerdo. ¿No le ha ocurrido nunca algo semejante durante sus investigaciones? ¿No le ha pasado esto a todos los hombres de ciencias?

—Sí —admitió David—. Pero no de la misma manera. Aquí...

Müller le interrumpió, tratando de mostrarse lo más persuasivo posible.

—No vamos a empezar a divagar porque hayamos tropezado con dos anomalías. Sé que usted ha encontrado otras durante sus experiencias, y nosotros, los marinos, nos hemos enfrentado con algunas en la mar. ¿No conviene a nuestra dignidad que analicemos las circunstancias de las actuales con igual objetividad que hemos mostrado en circunstancias anteriores? ¿Están de acuerdo conmigo?

David permaneció silencioso. Los oficiales a los que el capitán ponía por testigos admitieron que aquélla debería ser su postura, pero Maurette observó reticencias no expresadas en tal aceptación, como si la hubiesen dado a disgusto. Müller prosiguió con creciente energía:

—¿Acaso soy yo quien haya de informarles que el chorro con el que quedara rociada *la Coja* era agua de mar ligeramente calentada al pasar por los condensadores

de *sus* turbinas, Guillaume? ¿Y también recordarles que no tuvo el más mínimo contacto con *su* reactor, señor David? Usted mismo es quien nos ha enseñado, quien nos ha demostrado que entre esa agua y los elementos radiactivos existían diversas barreras, cada una de las cuales se bastaba por sí sola; impermeables. Usted mismo ha facilitado pruebas irrefutables, que el señor Maurelle ha repetido miles de veces a la Prensa y en el curso de conferencias. Usted sabe muy bien que no se trata únicamente de vana publicidad. Lo sigue aún demostrando cada día mediante análisis de rigurosa precisión. ¿En alguna ocasión le han dado sus análisis motivos de inquietud?

David hubo de admitir que no había observado la más mínima huella.

—Esto en lo que se refiere a *la Coja* —prosiguió el capitán—. En cuanto al ciego o al pretendido ciego, la situación está aún más clara. ¡El reactor estaba parado! Las máquinas eran movidas por las calderas de mazut que son de la competencia de Guillaume. No podían existir huellas de radiactividad en ninguno de los compartimientos de la maquinaria. ¿Acaso estoy equivocado? Dígamelo, señor David. Y usted, Guillaume.

El físico y el oficial mecánico hubieron de admitir que todo ello era rigurosamente exacto. Maurelle volvió a observar que tales concesiones las hacían a regañadientes.

—Así pues —prosiguió Müller con el tono de un profesor haciendo una demostración—, aun cuando supusiéramos que una débil dosis de radiactividad pudiera proporcionar al agua cierta virtud curativa, lo que parece ser la nueva creencia entre estas buenas gentes algo simplotas. (¡Que Dios me perdone!, creo que yo también empiezo a soñar, pero llevaré hasta el fin mi razonamiento). Repito. Aunque supusiéramos que una dosis homeopática de radiactividad hubiera podido conferir al agua de alguna forma el poder de devolver la flexibilidad a una inválida y la vista a un ciego, lo que sería el colmo de la audacia, pues bien, incluso aceptando esta hipótesis descabellada, todas sus experiencias nos obligarían a llegar a la conclusión de que éste no es el caso. No será usted quien vaya a negar el valor de la experiencia, señor David. ¿Está claro o existe algún error en el razonamiento?

A juicio de Maurelle, ni el menor error. Demostración de una lógica sin fallos..., pero carente de toda importancia frente a un simple elemento irracional, incluso en el caso de mentes bien equilibradas como las de los marinos, incluso para un cerebro pragmático por los estudios científicos.

En realidad, ninguno de los comensales parecía convencido. En cuanto a los oficiales, tanto el mecánico como los otros parecían descontentos de aquel razonamiento y esperaban una réplica por parte del físico.

—Debo admitir el valor de sus argumentos —dijo éste al fin.

—¡Pues claro! Y entonces, ¿qué?

—Pues que igualmente compruebo que las curaciones son también hechos indiscutibles, también en cierto modo experiencias. Por tanto, existe una contradicción entre las dos series de experiencias y esto es precisamente lo que me

preocupa.

—¡Pero si no existió el menor contacto! —insistió el capitán.

—Ha habido proximidad.

Y al manifestar Müller su exasperación con un furioso movimiento de hombros, el físico insistió:

—Dos acontecimientos inexplicables por causas que nosotros denominamos naturales, comandante, sin estar hoy día muy seguros dónde se encuentra situada la frontera entre lo natural y el resto. *Dos*, comandante. A mi vez debo evocar ciertas disciplinas científicas. Uno era extraordinario; la conjunción de dos me parece ofrecer una probabilidad cercana a cero. Resulta más razonable o menos insensato pensar en...

—Un milagro, dígalo —gruñó Müller—. Era lo que me temía. Pronto todos ustedes escucharán voces.

La declaración de David pareció introducir un elemento de alivio entre el auditorio. El capitán no volvió a protestar. Se sentía cansado e incapaz de prolongar una discusión en la que no llegaría a tener la última palabra.

Pronto se despidieron la mayoría de los oficiales. Sólo se quedaron con él Maurelle, David y Guillaume. Salió con ellos del comedor. Los cuatro hombres recorrieron el puente superior. La noche era hermosa. Los proyectores iluminaban la mar y el recinto del muelle, alrededor del cual distinguían, en la penumbra, algunos peregrinos arrodillados y que aún seguían salmodiando letanías. Sin embargo, muchos se habían retirado al poblado de chapa y lona que poco a poco iba surgiendo en el descampado y que aparecía iluminado por linternas. Se escuchó la música suave de un acordeón y algunas voces se elevaron alrededor de una hoguera. Maurelle observaba aquella animación nocturna con el deleite de un artista enamorado del pintoresquismo. Müller, encogiéndose nuevamente de hombros, condujo a sus compañeros hacia el lado de la mar, ante la que permanecieron largo tiempo en silenciosa contemplación.

—Aún continúa ahí ese hombre —refunfuñó al fin el capitán, al divisar una barca que navegaba por las cercanías del barco.

—Un pescador que acaba de levantar las redes que tendiera hace unas horas —dijo Guillaume—. Le conozco. He hablado con él varias veces. Ése es inofensivo. No tiene el menor interés por subir a bordo. Ni siquiera está interesado en nuestra agua. Por aquí sólo le atraen los peces.

—Y entonces, ¿por qué está tan cerca del *Gargantúa*?

—Fíjese bien, mi comandante, y se dará cuenta de que también en este caso hay algo poco natural.

El jefe mecánico había cambiado de tono y en su acento se reflejaba aquella especie de exaltación que tanto irritaba al comandante, mientras indicaba con el dedo hacia la embarcación que pasaba por debajo de ellos.

Era un viejo pescador, que sólo poseía una barca de remos, lo que no le permitía

ir a practicar lejos sus habilidades, y unas vetustas redes remendadas hasta el infinito. Hacía ya algunos días que se le había ocurrido la idea de ir a echarlas en las proximidades del buque.

Müller pudo comprobar que la idea no había sido mala ni mucho menos. El fondo de la barca estaba lleno de peces de gran tamaño que brillaban bajo las luces de los proyectores. La red que el pescador acababa de sacar estaba también llena y los volcó sobre el montón.

—Róbalos y mújoles de tamaño excepcional —explicó Maurelle frotándose las manos—. Yo también le conozco. Me he informado.

El viejo pescador, que había terminado con su trabajo, les oyó hablar y entonces levantó la cabeza y les vio muy lejos, arriba sobre él. Su impulso le había conducido hasta quedar casi pegado al barco. Saludó respetuosamente a los oficiales de uniforme, luego, bajándose, cogió por las agallas dos de los peces más hermosos, los levantó con dificultad sobre su cabeza y gritó:

—Son para usted, comandante. Al menos le debo esto.

Inclinándose de nuevo, cogió un saco de gruesa arpillera, metió dentro los peces y sujetó el saco a una cuerda que algunos marineros, testigos de la escena, le lanzaron desde un puente inferior. Después de haber saludado de nuevo, empuñó los remos, fue alejándose del círculo luminoso y desapareció en la noche.

—Ya lo ha visto, mi comandante —dijo Guillaume—. Y así todas las noches desde que acude aquí.

Se lleva la barca repleta de los peces más hermosos que jamás se hayan visto en esta costa.

—Y ahora va a añadir que su sabor; es mil veces más exquisito que el de los peces pescados en alta mar. ¡Le veo venir! Yo le voy a decir el motivo de lo abundante de su pesca. Los peces jamás desaparecieron de esta costa. Sólo que los pescadores habían cesado en sus capturas debido a su terror supersticioso. Esta larga abstención basta para explicar la actual proliferación.

Sin contar, reflexionaba Maurelle, que el fulgor de un faro atrae a los peces como un imán. Los pescadores de Iamparo, en el Mediterráneo, lo saben bien. El desbordamiento de luz procedente de los proyectores del *Gargantúa* debía actuar como un potente polo. Dijo en alta voz:

—Acaso tenga razón, comandante; Pero he asistido en una ocasión a su regreso triunfal a la aldea que le sirve de puerto. Pues bien, para todos los aldeanos que le veían regresar así, él, que antes volvía siempre con las manos vacías, no existía la menor duda. Era una pesca...

—¡Milagrosa! Vamos, dígalo —aulló el capitán Müller—. No se preocupe por mí. Ya me he resignado a oírlo todo.

IX

Casi había llegado a su fin la puesta a punto del reactor, y el petrolero tenía que zarpar de nuevo, después de realizar algunas pruebas, en un nuevo crucero. Desde que se divulgara la noticia, la consternación reinaba en los campamentos improvisados que albergaban a peregrinos y curiosos.

Madame Bach acudió a pasar unos días en su apartamento del *Gargantúa*, donde se sentía más a gusto que en un hotel. Al llegar contempló pensativa la multitud cada vez más numerosa que se agolpaba alrededor del recinto. Asistió a las duchas periódicas sobre las que *Maurelle* ya le había informado, aunque no demostró excesiva sorpresa y sólo hizo algún comentario. Tenía otros motivos de preocupación, siendo el principal el de conseguir que su consejo comprendiera aquella larga inmovilización forzada del petrolero.

Había celebrado varias reuniones con *David*, anotando los argumentos técnicos que justificaban aquel aplazamiento, cuando el alcalde del pueblo solicitó, a su vez, una entrevista con las autoridades del *Gargantúa*, una visita de cortesía y de buena vecindad, precisó, empleando poco más o menos los mismos términos que el obispo usara con anterioridad. Era un antiguo comerciante, con un profundo sentido común y que aplicaba su experiencia anterior en los negocios, que era grande, para regir los del municipio. *Madame* Bach se percató desde el primer momento de que se trataba de un hombre competente y con discernimiento, lo que le satisfizo. Llegó acompañado de *la Coja*, a quien presentó como su primer ayudante. Explicó brevemente y sin rodeos que el concejo municipal la había elegido por unanimidad para aquel cargo, sustituyendo al antiguo titular responsable, en gran parte, de la lamentable animosidad que algunos vecinos abrigaran anteriormente hacia el petrolero gigante. En cuanto a él, el alcalde, estaba convencido de la necesidad de una colaboración leal, en una sociedad moderna, entre la municipalidad y una industria en la cumbre del progreso.

—Y heme aquí —concluyó después de aquel preámbulo—. Estoy seguro, señora presidenta, y usted, comandante, estoy seguro de que ustedes están convencidos como yo de que nuestros intereses están ligados.

—Siempre he estado persuadida —repuso cortésmente *Madame* Bach.

—Dicho esto, *la Coja* y yo tenemos una proposición que hacerles.

—¿Quiere decir, señorita...?

—Lámeme *la Coja* —dijo ella sonriendo—. Siempre me han llamado así y quiero que continúen haciéndolo.

—Así pues, tenemos una proposición que hacerles en nombre de todo el concejo municipal.

El alcalde calló. *Madame* Bach estudiaba en silencio los rasgos de sus dos interlocutores, sin que su rostro algo seco revelara sentimiento alguno. Por un momento, el alcalde pareció desconcertado, esperando recibir un aliento que no

llegaba. Vaciló un instante, y luego, acomodándose en el sillón, se decidió a proseguir.

—En pocas palabras, se trata de lo siguiente, señora presidenta. Es innecesario que le diga que los dos acontecimientos que han tenido lugar al tomar contacto con su buque han tenido profundas repercusiones en el espíritu de los desgraciados afligidos por enfermedades o deformidades.

—Y también en el espíritu de algunos que gozan de perfecta salud física —murmuró el capitán Müller.

Pensaba en lo que Maurelle le contara aquella misma mañana, sin disimular su satisfacción. Desde hacía algún tiempo había mujeres estériles que acudían a ducharse los senos como antaño sus antepasadas de la Edad Media iban a frotar los suyos contra la piedra rugosa de los menhires. Amantes abandonados iban a implorar el retorno de sus amadas.

—Exacto —prosiguió el alcalde—. Pero quiero hablarles sobre todo de los desheredados que acuden aquí día tras día, sin dejarse dominar un solo instante por el desaliento, con la esperanza de conseguir la curación.

Explicó que la última sesión del concejo municipal se había centrado en dos puntos primordiales: por una parte, el comportamiento de aquellos desgraciados era comprensible, cuando habían visto con sus propios ojos dos casos de curación de enfermedades consideradas incurables por los médicos.

—Dos casos milagrosos —puntualizó *la Coja*.

—Como quieras. Yo no sé nada. Algunos atribuyen esas curaciones a las propiedades del agua; otros creen en el milagro. Los hay también, un pequeño número, que consideran que se ha producido una serie de coincidencias. Por mi parte, señora presidenta, creo que de nada sirve discutir sobre ello.

—Yo siempre lo he creído así —dijo aprobadora *Madame Bach*—. Prosigas.

Así pues, el concejo se había puesto de acuerdo sobre aquel primer punto, a saber, que hubiera sido inhumano quitar la esperanza a aquellos desgraciados. El segundo punto era más delicado. Aquella multitud de enfermos y lisiados, entre los cuales algunos practicaban exhibiciones frenéticas, constituía un espectáculo fuera de lugar, con el que se corría peligro de turbar el orden en el municipio, así como acarrearle mala reputación.

—Comandante, muchos opinan que esas duchas al aire libre perjudican nuestro buen nombre. Ya nuestros hijos, a la salida de la escuela, acuden como si se tratara de un parque de atracciones. No es conveniente que esto degenera en una especie de circo permanente.

Müller, directamente interpelado, se sintió mortificado y avergonzado.

—¿Está sugiriendo, señor alcalde, que debo poner término a unas exhibiciones que, al igual que usted, no apruebo en absoluto?

—¡De eso, ni hablar! —exclamó *la Coja*—. Gracias a esos chorros de agua un ciego ha recobrado la vista y yo, el movimiento de mis miembros.

—Acaso exista una forma de conciliarlo todo: el orden, la dignidad y las abluciones —prosiguió el alcalde—. Yo vengo a exponerles la sugerencia del concejo. ¿No podríamos, y digo podríamos, ya que están ustedes de acuerdo conmigo en que nuestros intereses están ligados, no podríamos —repito— edificar una especie de establecimiento de baños y duchas cubierto y cerrado, que sea, al mismo tiempo, centro de acogida de los peregrinos? Bueno, nada lujoso pero limpio, bien cuidado y suficientemente amplio para albergar y tratar de manera conveniente a todo ese mundo de sufrientes que acuden a nosotros desde todas las regiones de Francia. Ya comprende lo que quiero decir, señora presidenta, un edificio al amparo de los curiosos, con una especie de piscina, y, naturalmente, con agua que proceda de su barco. Sitio no falta. Todo el terreno del Sur se encuentra libre, ya que el otro está ocupado por sus talleres. Y también, sin duda, personal cualificado. Al principio podríamos comenzar modestamente, luego lo agrandaríamos poco a poco si la cosa marchara, si hay afluencia como parece indicarlo multitud de indicios. ¿Qué opina, señora presidenta? ¿Y usted, comandante?

El capitán Müller estaba desconcertado. Incorporar a su petrolero una especie de establecimiento termal —le vino súbitamente a la mente la palabra termonuclear—, destinado a suscitar nuevos milagros, le pareció al punto la más extravagante de las perspectivas y le costó mucho reprimir una risita sarcástica.

Por su parte, *Madame* Bach no estaba menos sorprendida, pero su experiencia en los negocios le había enseñado a permanecer impassible ante proposiciones que en un primer momento pudieran parecer absurdas. Cierta calidad especial de su carácter la inducía incluso a escuchar con oído atento las más sorprendentes, a oír el detalle del desenvolvimiento con interés, en ocasiones a someterlos al análisis de los expertos, e incluso a dedicar no poco tiempo para estudiarlos por sí misma. Tenía por norma considerar que una aparente locura puede resultar a veces, tras un profundo examen, una excelente empresa. En consecuencia, no se alteró y preguntó con tono reposado al alcalde, que la miraba con cierta inquietud:

—¿Tiene idea de las dimensiones y del plano de ese establecimiento?

El alcalde sólo tenía una somera idea. En términos vagos habló de un vestíbulo bastante largo, atravesado por un canal donde se sumergirían los enfermos. Habló también de dormitorios, una enfermería, naturalmente, con un doctor con carácter permanente, un equipo de camillas con sus correspondientes camilleros. Respecto a dicho extremo, seguramente sería posible encontrar voluntarios en la región.

—Nosotros no somos industriales, señora presidenta —dijo sin andarse por las ramas—, pero hemos pensado que usted, quiero decir su compañía, estaría perfectamente cualificada para movilizar a un equipo de contratistas, arquitectos, ingenieros capaces de establecer y realizar un proyecto adecuado. Lo esencial es que acepten ustedes el principio... También sería interesante considerar un centro de alojamiento para quienes acompañen a los enfermos —se atrevió a añadir ante el rostro atento de su interlocutora.

—¿Tal vez un hotel? —preguntó *Madame* Bach a quien aquella nueva perspectiva parecía encantar.

—Al menos, un edificio adecuado con una serie de habitaciones que ofrezcan un mínimo de comodidad. Algunos de esos peregrinos llegan de muy lejos y siempre acompañados. Hay también, y cada vez habrá más, curiosos, turistas en cierto modo. Nuestro deber es ofrecerles un alojamiento conveniente y, sobre todo, no permitirles acampar al aire libre como algunos ya empiezan a hacer, lo que da una deplorable impresión de abandono.

—¿Y la financiación? —preguntó *Madame* Bach—. Pongamos las cartas sobre la mesa, señor alcalde. ¿Dispone de una compañía que tome a su cargo los gastos de instalación y mantenimiento?

—Desde luego, me gusta poner las cartas sobre la mesa, señora presidenta. Hemos hablado de esto en el concejo. El concejo no dispone de suficientes fondos para soportar todos los gastos de instalación, pero puede tomar a su cargo una parte. Naturalmente, deseamos que su compañía contribuya con una parte importante. En cuanto a los gastos de mantenimiento consideramos que quedarían ampliamente cubiertos con la modesta retribución que abonaran los bañistas y con el alquiler de las habitaciones en el centro de alojamiento, cuya administración, naturalmente, correría de nuestro cargo. Y al decir nuestro me refiero a su compañía y al concejo, dejando sentado de una vez por todas que nuestros intereses están ligados. Después de haber estudiado bien a fondo este aspecto, el concejo opina que el negocio ha de resultar rentable. Se trata de detalles, pero que no deben desdeñarse. Le repito que lo esencial, señora presidenta, es que el principio de este proyecto reciba su aceptación.

Madame Bach permaneció un buen rato en silencio, como inmersa en un ensueño. Su afición innata por la aventura en los negocios que remplace a la aventura sin más para ciertos presidentes de consejos de administración, la inducía a sentirse atraída por la originalidad de éste. Los demás respetaban su meditación. Maurette, que asistía a la entrevista, aunque hasta ahora como mero espectador, reflexionaba por su parte. Müller había iniciado una conversación trivial con el alcalde y *la Coja*. *Madame* Bach, mientras meditaba o soñaba de esa manera, subrayando los pensamientos todavía vagos con fruncimientos de cejas y suspiros imperceptibles, había cogido maquinalmente un lápiz y dibujaba trazos extraños sobre una hoja de papel. Al volver de su meditación, tuvo un sobresalto al darse cuenta de que, sin proponérselo, había esbozado el plano de un canal, bordeado a cada lado con habitaciones semejan-do dormitorios. «Me estoy volviendo loca», pensó pasándose la mano por la frente. Luego, en voz alta, dijo con sentimiento:

—Admito que su proposición me ha interesado, señor alcalde. Pero es imposible y puedo asegurarle que lo lamento.

—Pero ¿por qué, señora presidenta? —preguntó, decepcionado, el alcalde.

—Nuestra agenda. El capitán Müller le dirá mejor que yo lo que son las agendas de petroleros del tipo del *Gargantúa*. Ha estado amarrado tanto tiempo en el muelle

de manera accidental y sólo Dios sabe lo que eso nos ha costado. Una vez que la maquinaria esté a punto, el buque no hará aquí escalas regulares. Sólo podríamos alimentar de agua su establecimiento durante unos días al año, en el mejor de los casos. Y eso no bastaría ciertamente para amortizar los gastos de instalación. ¡Es una pena! —añadió al cabo de un instante de reflexión—. Cuanto más lo pienso, más lo lamento. Veamos, mi querido Maurelle, usted, que a veces tiene tan buenas ideas, ¿no encuentra una solución?

El joven salió a su vez de su ensimismamiento. Se daba cuenta de que su jefa estaba profundamente interesada por encontrar argumentos en favor de un proyecto que le había seducido y que respondía a su propia afición por las aventuras originales. Después de reflexionar, expuso su sugerencia lentamente, con tono tranquilo.

—Y si ese establecimiento resultara no solamente rentable, sino muy remunerador, ¿los beneficios no podrían compensar e incluso superar las pérdidas sufridas por una inmovilización periódica del *Gargantúa, Madame*? Y entonces, ¿no sería posible estudiar una modificación del calendario habitual de los petroleros gigantes, un calendario que acaba agotando a las tripulaciones, casi inhumano y que contribuye a crearnos una pésima reputación en la Marina mercante?

Madame Bach le dirigió una larga mirada apreciadora, casi admirativa.

—Llevaba yo razón, mi querido Maurelle —dijo al cabo de un silencio—. Tiene usted ideas y eso es lo esencial. No sé si ésta es buena, pero no podría surgir en un cerebro vulgar.

El joven enrojeció de satisfacción. Había dicho aquello de «mi querido Maurelle» en tono de reconocimiento, casi con entusiasmo. Aquel día comprendió que tenía su futuro asegurado en el seno de la compañía petrolífera.

X

Al cabo de unos quince días, *Madame* Bach regresó para asistir a la salida del *Gargantúa*, ocasión que dio lugar a una ceremonia mucho más emotiva que su botadura. Allí estaban presentes las autoridades civiles y eclesiásticas. El obispo celebró una especie de bautismo y lo bendijo en cierta manera, lo que pareció colmar de satisfacción tanto a la tripulación como a los asistentes.

Los peregrinos saludaron su partida con vivas y acciones de gracias mezcladas con llanto. Su anuncio les había sumergido en la desesperación, pero *Madame* Bach, cuyo cerebro había trabajado de manera febril durante su estancia en París, hizo que Maurelle divulgara conceptos capaces de infundirles de nuevo un poco de esperanza.

Al término de la ceremonia que tuvo lugar a la caída de la tarde, pronunció una alocución, breve pero muy preparada con extremo cuidado con la colaboración de su secretario. Después de expresar sus deseos de una travesía feliz a los marinos, dio gracias a la población por la amistad que le testimoniara durante su estancia en tierra. Y estaba justificado: los miembros de la tripulación que vivían en el buque fueron acogidos como amigos y festejados como bienhechores en todos los hogares. Luego, dirigiéndose a los peregrinos que la rodeaban, confirmó la esperanza que hiciera concebir. Declaró que la compañía no era indiferente a los sufrimientos de los infortunados y dio a entender que estudiaba con toda atención la posibilidad de llevar a puerto el barco petrolero con mayor frecuencia de lo previsto y, acaso, dentro de plazos bastante cortos. Los contactos que había establecido, las gestiones que hiciera, las especulaciones que ella misma había llevado a cabo no le permitían todavía tomar una decisión en firme, pero el proyecto, cuyas semillas sembrara el alcalde en su fértil cerebro, se presentaba en ocasiones bajo un aspecto tan atrayente que se sentía dispuesta a combatir para hacerlo triunfar.

Una vez largadas las amarras, el *Gargantúa*, al principio arrastrado por un remolcador, comenzó a apartarse del muelle acompañado por el intenso estruendo de las aclamaciones. *Madame* Bach y Maurelle, que en esta ocasión no tomaban parte en el viaje, ya que su superior le necesitaba, le contemplaron alejarse, gigantesco y luminoso en la noche, escoltado por innumerables barcos que le saludaban con un concierto de sirenas.

Era un espectáculo en verdad brillante y del que Maurelle jamás se hubiera cansado si la señora presidenta no le hubiese hecho volver rápidamente a los problemas actuales. Los sueños de ella se encontraban en aquel momento centrados en una realización material. Apresuradamente, mucho antes de que el *Gargantúa* no fuera más que una mancha de luz en la mar, se había alejado, y su atención se encontraba totalmente absorbida por la aglomeración heterogénea que en aquel momento formaba la legión de peregrinos. Había linternas encendidas por doquier y se divisaban, extendiéndose hasta muy lejos, las siluetas de las tiendas y las cabañas de hojalata. La emoción de la partida, ya en cierto modo calmada, inducía a los

creyentes a regresar con paso lento a su residencia habitual, llevando consigo botellas de agua obtenida con las últimas maniobras del barco. El alcalde y demás autoridades se habían retirado. *Madame* Bach y Maurelle se habían quedado casi solos en el muelle.

—Vamos a dar una vuelta por ahí —decidió ella.

—¿Al poblado de los peregrinos? —preguntó Maurelle.

—Un poblado que, por lo que veo, lleva trazas de convertirse en una ciudad. Debe de ser un espectáculo curioso.

—Curioso y, para mí, de un pintoresquismo bastante atrayente. Para algunos, obnubilante, en especial para el alcalde. Además, le advierto, *Madame*, que se desprenden olores desagradables.

—No temo a los malos olores; estoy acostumbrada a los negocios y rara vez me siento mareada por ellos —repuso *Madame* Bach con aquella sonrisa algo cruel que tan bien conocía Maurelle—. Cuando me dedico a ello, siempre trato de suprimir lo que me molesta.

Penetraron en el laberinto de los campamentos que comenzaba a animarse con una vida nueva al llegar la noche. Por todas partes centelleaban luces: lámparas de acetileno y de petróleo en el interior de las tiendas y las barracas, linternas sordas, farolillos. De súbito estalló el petardeo de un motor y puntos luminosos más brillantes iluminaron barracas apresuradamente montadas con materiales heterogéneos, entre los que dominaba la chapa ondulada. Se trataba de los tenderetes de los vendedores ambulantes que tenían grupo electrógeno. *Madame* Bach examinó con atención los escaparates bastante miserables.

—Son los comerciantes —observó Maurelle—. Algunos se instalaron al principio muy cerca del recinto del *Gargantúa*. El capitán Müller les obligó a alejarse, ahuyentándolos con una indignación semejante a la de Jesús cuando arrojó a los mercaderes del templo. Se han reagrupado aquí y ya tienen su propio barrio en la nueva aldea.

—Casi una ciudad —insistió *Madame* Bach—. ¿Y hacen negocios lucrativos?

—Creo que muy lucrativos, *Madame*; y eso vendiendo mercancías poco apetitosas.

Alrededor de las tiendas mal alineadas empezaba a apuntar una red de callejas sucias, en algunas de las cuales se amontonaban los desperdicios. Algunos comerciantes ofrecían vituallas poco atractivas: legumbres lacias, embutidos sospechosos, pese a lo cual los peregrinos se agolpaban para comprarlos.

—Desde luego, reina una falta absoluta de higiene —murmuró *Madame* Bach.

Se detuvo ante el escaparate de un vendedor ambulante que había dado prueba de iniciativa. Éste ofrecía tarjetas postales, amarillentas ya por el sol, en las que aparecía el *Gargantúa* desde diferentes ángulos, fotografías de *la Coja* apenas reconocible, objetos que se veían fabricados apresuradamente con toscas herramientas, evocadores del milagro, como platos pintados sobre los que el reactor del navío aparecía con una

especie de aura. *Madame* Bach permaneció largo rato ante aquella tienda, en realidad hasta que quedó vacía por la oleada de peregrinos que también allí se empujaban por adquirir aquellas pobres naderías. Maurelle seguía los pensamientos en su rostro y sonrió para sí. Hizo una observación bastante pérfida.

—Desde luego, esto tendría un aspecto muy diferente si interviniera una compañía seria como la nuestra.

Madame Bach inclinó la cabeza con un gesto que podría parecer una aprobación. Continuaron su camino y se detuvieron ante un grupo de enfermos tumbados en miserables camillas, algunos incluso en el suelo, a quienes amigos o parientes llevaban los alimentos adquiridos en las tiendas. Hizo una mueca y volvió a murmurar con repugnancia: «Una falta deplorable de higiene». Luego, dirigiéndose a uno de los enfermos, después de informarse sobre su estado, le preguntó:

—Y ahora que se ha ido el barco, ¿qué piensa hacer?

—Quedarme aquí y esperar a que vuelva.

—Volverá, no lo dude —afirmó ella con creciente convicción.

Formuló la misma pregunta a otros grupos y obtuvo exacta respuesta con algunas variantes. Algunos pensaban irse, pero volverían apresuradamente tan pronto como se avistara al buque. Aquellas declaraciones parecieron satisfacer sumamente a *Madame* Bach.

Acto seguido, se dirigieron, una vez más, hacia las tiendas cuyos escaparates se encontraban ya casi vacíos. Los comerciantes cerraban reacios sus puertas.

—Podrían vender cien veces más —empezó a decir Maurelle.

—Mil veces más —le interrumpió *Madame* Bach.

—... si pudieran adquirir un mayor volumen de mercancías.

—Sin duda lo que quiere decir es que si estuvieran convenientemente organizados.

—Eso es exactamente lo que he querido decir, *Madame*.

La señora hizo una nueva pausa delante de un grupo electrógeno que aún seguía funcionando.

—¡Qué instalaciones más míseras! —suspiró.

—Y peligrosas, *Madame* —hizo hincapié Maurelle, que cada vez sentía más satisfacción al seguir muy de cerca los pensamientos de su jefa—. Existe un riesgo permanente de incendio. Tanto con las lámparas del interior de las tiendas, como con los hilos mal aislados, casi al descubierto, de algunos taberneros que poseen un grupo. Una instalación eléctrica adecuada, permanente, ya representaría un gran progreso.

Madame Bach le miró casi con un asomo de admiración.

—Me encanta que me comprendan con medias palabras —dijo—. Adivino que usted, al igual que yo, piensa que los alternadores del *Gargantúa* vendrían de maravilla para iluminar a toda esta multitud y aportarles algo de bienestar.

—Es precisamente lo que estaba pensando. Además, he pedido la opinión de

David y Guillaume. Ambos me han confirmado que las máquinas del *Gargantúa* podrían suministrar luz y energía a una población bastante más numerosa que ésta.

—Si se encontrara en el muelle —señaló *Madame* Bach.

—Si se encontrara en el muelle —repitió Maurelle.

—Pero no puede permanecer atracado de forma permanente. Y ahí se termina todo.

—Podría pasar temporadas más o menos largas si se adoptara un calendario diferente como me permití sugerirle en cierta ocasión.

—Es posible —convino *Madame* Bach—. Se trata de una eventualidad que he sometido a estudio. Pero, para ella, sería preciso que el proyecto del alcalde fuese rentable. Ahora bien, tal como lo ha presentado dista mucho de serlo.

—También yo opino así, *Madame* —asintió Maurelle—. Es un proyecto demasiado mezquino. Para que pudiera convenirnos, para que nos resultara rentable, habría que proyectar algo mucho más ambicioso.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted, mi querido Maurelle —afirmó ella—. Hay que proyectar algo mucho más ambicioso. Vayamos a visitar al alcalde.

Tercera Parte

I

Durante los días que precedieran a la partida, los pescadores de la costa acudieron en gran número para tender sus redes en las aguas cercanas al petrolero, casi siempre con éxito. Para ellos, aquellas pescas excepcionales resultaban tan prodigiosas como las dos inexplicables curaciones. Por ello, y sin haberse puesto previamente de acuerdo, todos se habían reunido aquella noche para formar una escolta en honor del *Gargantúa*. El capitán Müller se sentía inquieto ante el frenesí de aquella flotilla que había momentos en que se acercaba peligrosamente.

—¡Malditos imprudentes! —susurró al oficial de vigilancia con quien se había reunido—. No se dan cuenta de que un buque de este tamaño no se maneja como un barco de pesca.

Dio orden de avanzar a velocidad muy reducida hasta que el *Gargantúa* hubiera salido del círculo de sus admiradores. Pero éstos no parecían dispuestos a separarse de él.

—Va a llegar el momento en que casi eche en falta la época en que huían de nosotros —volvió a gruñir—. Al menos podíamos navegar sin temor a colisión.

Pese a aquellas observaciones no podía evitar el agradecer aquella nueva actitud y sentirse orgulloso del homenaje que se rendía a su barco. Tanto por razones de seguridad como para devolver la cortesía a quienes les escoltaba mandó conectar los potentes proyectores para iluminar la mar alrededor del navío, de tal manera que éste daba la impresión de una aparición mágica, un barco etéreo deslizándose lentamente sobre las aguas en medio de pequeñas embarcaciones cuyas débiles luces quedaban ahogadas por su esplendor.

Sin embargo, ningún barco se encontraba ya en su ruta. Habiendo comprendido sin duda los pescadores su preocupación, se contentaban con flanquearle y seguirle aprovechando su escasa velocidad tan de cerca que a veces se escuchaban distintamente las aclamaciones deseando un pronto retorno. Tranquilizado, el capitán abandonó el puente de mando para hacer su recorrido por el navío. Podía recibir informes y dar sus órdenes a través de una multitud de interfonos, observar incluso el estado de determinados sectores del navío por una red de televisión que había sido instalada, pero le gustaba recorrer el conjunto de su buque, interrogando a unos y a otros.

Una vez terminada su ronda habitual, se sintió satisfecho. Tanto en los puentes como en el recinto de las máquinas le confirmaron que todo marchaba a pedir de boca y que el viaje se iniciaba bajo los mejores auspicios. Cuando regresaba, pasó por delante de la cabina de David y, al encontrarla abierta, echó una ojeada discreta. El físico se encontraba en ella. Una vez hubo dejado a Guillaume, que ya era capaz de remplazarle en sus dominios, la tarea de vigilar el reactor que ya no inspiraba la menor inquietud, había subido a descansar y, en vez de ir a tomar el aire sobre el puente, se encontraba absorto en la lectura de un libro. Müller entró. Siempre

preocupado por el bienestar de su tripulación y de sus pasajeros, le preguntó si encontraba la cabina lo bastante cómoda y si le faltaba algo.

—Nada, comandante, se lo agradezco. Tengo aquí cuanto necesito.

Indicaba con el dedo una colección de libros colocados en una estantería. Müller siempre se encontraba algo incómodo en sus reuniones con el físico, no encontrando palabras para iniciar una conversación con un ser al que él consideraba como perteneciente a una especie diferente de la suya. Aparentó interesarse por los libros y leyó algunos títulos: *Modern cosmology and the Christian idea of God*, de Mime; *Space and Spirit*, de Whittaker, y algunos otros que también le parecieron desconocidos y que creía guardaban escasa relación con la especialidad de David.

—Y ése qué tal, ¿interesante? —Acabó por decir con el fin de romper un silencio que amenazaba con establecerse, señalando el volumen que el físico se disponía a leer cuando él entrara.

—Mucho. *L'Age de l'Univers*, de Stromberg.

—¡Ah! —dijo el capitán.

Y al cabo de otro silencio:

—¿Y usted lo cree, señor David?

—Lo creo, comandante, como creo en el alma del átomo, como creo, cada vez más, en el alma del *Gargantúa*.

—Es un punto de vista —admitió Müller casi con timidez. No se consideraba con talla suficiente para proseguir una conversación de ese tipo. Así que, después de pronunciar unas palabras triviales, dejó a David tras desearle buena noche.

—Extraño tipo —murmuró mientras se alejaba—. Y simpático, a pesar de todo. ¿El alma del átomo? ¿Qué diablos querrá decir con eso? ¿El alma del *Gargantúa*?

Volvió al puente de mando. La noche era hermosa. El buque estaba llegando ya a alta mar. Uno a uno, como de mala gana, los barcos de pesca iban apartándose de él. Se sintió dominado por confusos sentimientos a los que no estaba acostumbrado. Cierta nostalgia al dejar tras de sí amigos fervientes que rebosaban tal adoración mezclado al placer que siempre sentía al navegar bajo las estrellas. El conjunto suscitaba en él una emoción singular, que le incitó a dar órdenes que dejaron a sus oficiales atónitos. Precisamente en el instante en que dejaba atrás las últimas embarcaciones, hizo enfocar sobre la mar todas las mangueras contra incendios del navío, las cuales, irradiadas por los proyectores, iluminaron las aguas con una aureola irisada, provocando un clamor entusiasta por parte de los pescadores y de toda la tripulación.

Pero aquello aún no le bastó dado el curioso estado de ánimo que se había apoderado de él. Con un brusco impulso de entusiasmo que jamás había vuelto a sentir desde su juventud, quiso dar un toque más de belleza a aquel espectáculo. Tomando como pretexto el que se hubiera levantado una bruma muy ligera, hizo lanzar las señales sonoras características del *Leviatán*, señales que antes fueron vergonzosas y que ahora semejaban una gloriosa sinfonía celebrando una clamorosa

victoria. Y de esta manera, entre un desbordamiento de sirenas y una locura de luces, el *Gargantúa* se despidió de sus nuevos amigos gracias a un acceso febril absolutamente excepcional de su comandante.

II

—¿Qué diablos es esto? —murmuró el capitán Müller abriendo desmesuradamente los ojos.

El *Gargantúa* enfilaba el canal de Suez. El entusiasmo con que le despidieron en Francia se había repetido a todo lo largo de la travesía cada vez que se divisaba tierra. La tripulación descubrió que la reputación del buque se había propagado por mar y tierra. En las orillas pañuelos agitados saludaban su silueta célebre ya en el mundo debido a millares de fotos y películas. En el Mediterráneo, veraneantes, pescadores españoles, marroquíes, argelinos, tunecinos, sicilianos, malteses, griegos, se habían acercado casi hasta tocarlo, vitoreándolo y recogiendo en cubos el agua de su estela.

En Port-Said, la actitud del piloto que subiera a bordo contrastaba de manera singular con el desprecio de que hiciera gala en la anterior ocasión. Apenas hubo puesto pie sobre el buque, se volvió hacia el reactor, y luego, cayendo de rodillas, besó el puente varias veces murmurando salmodias. Seguidamente y después de presentar mil protestas de respeto al capitán le hizo una larga súplica.

—De parte de los que sufren, comandante, que esperan el paso del *Gargantúa* y que confían en él.

El sentido del mensaje estaba claro. Un comité, que se había autodenominado Comité de los Desheredados de Egipto, suplicaba que el petrolero pasara lo más cerca posible de su orilla, todo lo que permitiera la profundidad del canal y que su comandante tuviera la insigne bondad de hacer que abrieran los grandes chorros de agua para rociar a los desgraciados que creían en su maravilloso poder.

—No puede decepcionar a esas pobres gentes que esperan nuestro paso desde hace horas, algunos sin duda desde hace días —le había dicho Guillaume, indignado ante la actitud vacilante del capitán.

David compartía aquella opinión. Después de haber pasado la mayor parte del viaje alrededor del reactor o en su cabina leyendo sus libros favoritos, había subido al puente poco antes de llegar a Port Said y contemplaba la mar con aquel aire indiferente que concedía a los espectáculos de la Naturaleza.

—Eso no le cuesta nada o casi nada, comandante. Y no olvide que ya han tenido lugar dos milagros.

Müller se encogió de hombros como era ya su costumbre cada vez que se pronunciaba la palabra milagro, pero menos malhumorado que en otras ocasiones.

—Ya veré lo que he de hacer —terminó diciendo.

Ahora ya lo veía. Apenas el *Gargantúa* enfiló por el canal a estribor, se le apareció una heterogénea multitud, en la orilla egipcia, tendiendo sus brazos implorantes hacia el navío que la dominaba con su prodigioso tamaño semejante a una nave del aire dispuesta a iniciar el vuelo. Todos los desheredados del país parecían haberse dado cita allí. Algunos, vestidos con harapos; otros, semidesnudos. Müller podía reconocer las siluetas de mendigos, de los inválidos que le asaltaban

antaño cuando hacía escala en un puerto de Oriente. El conjunto daba la impresión de una gran miseria. Había también otros personajes en mejor situación, vestidos a la europea, que se mantenían apartados, no lejos de coches alineados algo más atrás en un parque improvisado. Otros también vestidos con albornoces, procedentes del desierto. Sus camellos, atados, clavaban también la mirada en la aparición majestuosa del *Gargantúa*.

A medida que el buque se aproximaba navegando muy cerca de la orilla, incluso a juicio del capitán peligrosamente cerca, observaba detalles que se le habían escapado y que le intrigaban.

—¿Qué diablos es esto? —repitió.

Hasta donde alcanzaba la vista, la orilla estaba como tabicada, perpendicularmente al canal, por unas especies de barreras, que se prolongaban bastante lejos hacia el interior, barreras que adoptaban diversas formas, desde una simple cuerda tensada entre piquetes, hasta una cerrada rejilla de alambre.

—Fieles de diferentes sectas —murmuró David, a quien aquel espectáculo parecía interesar mucho más que el más hermoso de los paisajes.

—Creo que tiene razón —asintió Müller—. Y aquí tenemos, sin duda, a los sacerdotes.

En cada una de aquellas parcelas de terreno, en pie, en medio de una multitud arrodillada, con la actitud de un profesor vigilando a sus alumnos y al propio tiempo con algo que recordaba la solemnidad de un sacerdote, se encontraba un personaje vestido de blanco que gritaba órdenes. De esa manera regulaba el ritmo de letanías que los grupos coreaban en distintos dialectos. Cada uno de los cánticos era una plegaria para obtener agua.

En aquellos momentos, el *Gargantúa* se encontraba lo bastante cerca de uno de esos personajes para permitir a Müller observar su indumentaria, cuya blancura le llamara la atención ya desde lejos. Estupefacto, se dio cuenta de que se trataba de una especie de combinación semejante en todo a las que hacen endosar a los visitantes de importancia en las centrales nucleares antes de conducirlos a determinados compartimientos. Las mismas que David y su personal se ponían a veces por razones de seguridad. Los sacerdotes de la nueva religión habían adoptado todos aquella especie de uniforme que les confería una visible autoridad.

—Hay que ordenar que se lancen los chorros de agua, comandante —insistía David.

Müller se decidió a regañadientes. Tan pronto se hubo recibido la orden, las mangueras proyectaron torrentes de agua sobre los primeros grupos. Un clamor inmenso se elevó en el desierto saludando a aquel bautismo. El agua sagrada alcanzaba incluso a aquellos que no pudieron encontrar sitio a orillas del canal, ya que el piloto había vuelto a hacer una corrección muy ligera a la marcha del navío para acercarlo a la orilla.

—¡Ese bárbaro va a hacer que zozobremos! —gritó furioso Müller.

—Todo irá bien —afirmó David—. Mire eso.

Por su parte, sólo veía a la multitud, y el espectáculo insólito, rayano en la histeria que ésta ofrecía, logró distraer al capitán por un momento de sus temores.

—Antaño he visto a los hindúes bañarse en las aguas sagradas del Ganges —murmuró David—. El espectáculo era el mismo.

La actitud de los peregrinos justificaba aquella comparación. Hombres y mujeres se comportaban con igual frenesí al ofrecer sus cuerpos al agua milagrosa, con los trajes rápidamente adheridos al cuerpo, bebiendo el líquido que parecía embriagarles. Había mujeres que presentaban al chorro a su hijo lactante desnudo casi hasta asfixiarlo, y el clamor se propagaba a todo lo largo del canal a medida que avanzaba el buque. Algunos corrían a lo largo de la orilla para no dejar perder una sola gota. Una vez llegaban a la barrera que limitaba su feligresía, el sacerdote a duras penas podía impedirles que la franquearan, mientras que los de la zona siguiente tendían frenéticamente los brazos para recibir más pronto el chorro. Luego, cuando el navío hubo pasado, algunos lanzaban un cubo sujeto a una cuerda hacia las olas y remolinos que el olímpico *Gargantúa* dejaba tras de sí. Uno de aquellos energúmenos se lanzó al canal e intentó seguir al barco, aproximándose tanto a la popa que estuvo a punto de que la hélice le destrozara.

—Pero si la mayoría de esta gente no son tullidos ni enfermos, al menos físicamente —exclamó Müller—. ¡Son, sencillamente, locos!

—Ni lo uno ni lo otro —dijo David—. Creyentes.

Aquellas escenas demenciales se reprodujeron a todo lo largo de los primeros kilómetros, pero el capitán ya no les prestaba la menor atención. Tenía otras preocupaciones. La ruta que el piloto imprimía al petrolero le parecía una locura imprudente. A cada instante hacía que sondearan la profundidad del canal y en varias ocasiones palideció al comprobar que el margen de seguridad sólo excedía, a veces, unos centímetros. Esperaba a cada instante sentirlo embarrancar y tenía que dominarse para no amonestar al piloto, reteniéndole únicamente el temor de que el más leve momento de distracción por su parte pudiera precipitar el accidente que temía.

Una vez que el *Gargantúa* hubo dejado atrás al último grupo de vociferantes peregrinos, cuando las mangueras terminaron de rociar unos ribazos que se habían quedado desiertos, cuando, por fin, el piloto hubo apartado al *Gargantúa* de la orilla, introduciéndolo en aguas más profundas, el capitán Müller se secó la frente empapada de sudor y respiró con más tranquilidad.

—Ya lo he dicho: son locos —murmuró—, y nuestro piloto no les va a la zaga. Prepararé un informe. Ha sido un verdadero milagro el que no hayamos embarrancado.

Se mordió furioso la lengua por haber dejado que se le escapase aquella palabra. David observó en tono indiferente.

—Ya lo ve, comandante —dijo—. También usted empieza a hablar de milagro.

III

Mientras el *Gargantúa* recorría los mares para suministrar a Europa petróleo que, en definitiva, era su principal razón de ser en este mundo, *Madame Bach*, una vez hubo visto sobre el terreno lo que quería, regresó a París dominada por la impaciencia, el cerebro enfebrecido por los nuevos proyectos que se agitaban en su mente y absolutamente decidida a que su consejo los aprobara.

Dominaba a fondo un arte sutil en la presentación de sus ideas, un poder de persuasión considerable y tal reputación de olfatear los negocios audaces que, luego de un primer desconcierto ante la proposición de construir un establecimiento de baños alimentado por las aguas del petrolero nuclear y todas las dependencias que tal edificio comportaba, los cerebros de la compañía tuvieron la impresión de que allí había materia para la reflexión y al menos aprobaron su decisión de ordenar que los expertos llevaran a cabo un estudio completo. A partir de aquel instante, por todas las oficinas se propagó una especie de llamarada, y ya sólo podía verse en ellas frentes preocupadas albergando cerebros inmersos en graves especulaciones técnicas, sociales y financieras relacionadas con la edificación de un complejo para peregrinos a la búsqueda de milagros.

Madame Bach vigilaba de cerca el avance de tales estudios y los orientaba de acuerdo con sus propias ideas que desdeñaban la mezquindad, lo que hizo que el citado complejo, con sus dependencias, pronto adquiriera una singular amplitud.

Ni que decir tiene que aquellos proyectos produjeron la entrada en juego de las objeciones. La principal fue que, según todas las probabilidades, no volverían a tener lugar curaciones espectaculares, lo que, poco a poco, iría desalentando a los agüistas y curiosos. En cuyo caso no sólo las instalaciones representarían una absoluta pérdida para la compañía, sino que ésta se convertiría en el hazmerreír de todo el país. Maurelle, a quien *Madame Bach* llamara a París en su ayuda para que diera su opinión en calidad de experto mejor conocedor de las circunstancias de los pasados acontecimientos y las mil facetas de la opinión pública, Maurelle, respaldado por la presidenta, combatió con todas sus fuerzas semejante eventualidad, exponiendo las razones que le indujeran a llegar a la conclusión de que se producirían nuevos milagros. Él fue quien preparó el discurso que la señora presidenta pronunciara durante una conferencia que reunió a los miembros del consejo.

—El milagro es cuestión de ambiente —declaró—. Ahora bien, la atmósfera está ahí, propicia como en momento alguno, creada y fortificada poco a poco por la aparición en este mundo de la energía nuclear. Se comenzaron a sentir los efluvios con la ecuación de Einstein, cargada de misterio para la mayoría de los espíritus. Seguidamente, el holocausto de Hiroshima ha hecho palpar la realidad bajo el misterio.

Aquéllas no eran palabras habituales en un presidente-director general, pero Maurelle, que ya había convivido con varios administradores a lo largo de su carrera,

tenía la convicción de que solían quedar embobados ante un lenguaje que les apartara de sus preocupaciones rutinarias. *Madame* Bach, tras madura reflexión, lo había aprobado y la atención con que los miembros del consejo escuchaban sus palabras parecían darle la razón. Prosiguió:

—La impresión casi religiosa que se ha acentuado con el marco romántico de que la técnica ha dictado a los constructores de las centrales, esas torres gigantescas que muy pronto han sido comparadas con las torres de las catedrales que se identifican con tantos paisajes de Francia; un clisé repetido miles de veces en todos los periódicos, es cierto, pero que se va imponiendo poco a poco. Existía, lo repito, existe en la energía nuclear un elemento espiritual cuyo poder coercitivo induce a alzar a las masas y a inflamar las imaginaciones. Recuerden la importancia desmesurada que la opinión pública concedió a aquellos primeros proyectos de centrales. Se inflamó repentinamente y la EDF, estupefacta, fue cogida de improviso por aquella repentina explosión.

—Explosión claramente hostil por aquella época —hizo observar uno de los administradores.

—Ciertamente, pero que esperaba el momento propicio para transformarse. Y una emoción tan intensa únicamente podía metamorfosearse en adoración, como vemos que está a punto de suceder en este momento. El sujeto llevaba en su seno un detonador de pasiones violentas, un potencial excepcional para provocar milagros si se orienta en cierto sentido.

Continúo hablando a ese tenor y la mayoría de los administradores se encontraban bajo el influjo de ese encantamiento. El aura misteriosa destilada por la energía nuclear comenzaba a apoderarse de aquellos personajes acostumbrados a discutir con cifras y estadísticas, pero que todos, en el fondo de su corazón, en un rincón, ocultaban intenso romanticismo.

—Su conclusión, señora presidenta —solicitó una de las más altas autoridades, al hacer ella una pausa.

—Mi conclusión ya la conocen todos ustedes: ha surgido una fe y eso es lo esencial en este mundo. Al principio, empezó a volverse contra nosotros. Ha bastado tal vez un azar feliz para convertirla en nuestro mejor auxiliar. Una fe capaz de conducir a tales extremos había de engendrar fatalmente milagros. Los ha suscitado. Y aún provocará otros. El fuego que ha encendido no se apagará tan pronto. Mi conclusión es que debemos construir ese establecimiento termal, proyectarlo suficientemente amplio para que sea capaz de satisfacer las aspiraciones de toda la nación y que, al propio tiempo, es necesario construir a su alrededor una ciudad. Esto implica un nuevo calendario para nuestro *Gargantúa*, de manera que pueda prolongar sus estancias en el muelle y repartir sus beneficios sobre una legión de desgraciados.

La mayoría de los miembros del consejo habían quedado conquistados por aquel lenguaje hasta tal punto, que el informe técnico-financiero que *Madame* Bach hizo seguidamente preparar a los expertos apenas fue examinado. Dicho informe,

redactado a raíz de un serio estudio, terminaba con una conclusión optimista. En primer lugar, hacía patente que las pérdidas sufridas por la inmovilización del petrolero quedarían sin duda enjugadas tan sólo con los beneficios que se obtendrían del establecimiento termal y, sobre todo, de sus anexos. Seguidamente, analizaba un gran número de datos, desde luego secundarios, pero que el planificador habría de tener en cuenta. Todos ellos estaban a favor del proyecto. Uno de ellos consistía en que, al navegar menos el petrolero, su vida se prolongaría bastante más de la duración media de aquel tipo de navíos, que, por lo general, no excedía de unos quince años, con el resultado de una revisión completa y benéfica del programa de amortización previsto. Y otro que el mantenimiento del *Gargantúa* se haría siempre mejor a un ritmo menos precipitado de cruceros, con el resultado de una nueva prolongación de su existencia y un riesgo bastante inferior de fugas como las que tenían lugar con frecuencia en otros petroleros gigantes. Para respaldar cada uno de estos datos, se presentaron cuadros de cifras que los administradores apenas examinaron. La conclusión les bastaba.

Entonces, *Madame* Bach añadió que había que actuar con gran rapidez con el fin de no dejar que se apagara la llama y no desalentar a los peregrinos que esperaban sobre el terreno el regreso del navío. Según ella, la primera etapa de los trabajos debería ser llevada a cabo dentro del plazo más breve posible, siendo también aprobado su plan con el mayor entusiasmo.

Al instante pusieron manos a la obra contratistas, arquitectos e ingenieros. Se enviaron al muelle del *Gargantúa* todo un ejército de *bulldozers* y otra maquinaria gigante, y una vez preparado el terreno en cuestión de días, se inició la construcción del primer edificio de ese tipo, mientras que otras máquinas se dedicaban a la de los dormitorios para alojar a los peregrinos, restaurantes y dos hoteles, así como un determinado número de construcciones destinadas a la instalación de diversos comercios, que el espíritu previsor de *Madame* Bach se guardó mucho de olvidar.

Los peregrinos que seguían al pie del cañón se maravillaban de la celeridad que se imprimía a aquellos trabajos. En ello veían la prueba de que no les habían olvidado y la esperanza les ayudaba a soportar la ausencia de su ídolo sin excesiva melancolía. Retiraron algo su tienda o su cabaña del tumulto de los constructores y esperaron con paciencia el regreso ya seguro del *Gargantúa*.

IV

Unos meses más tarde, los trabajos se encontraban ya suficientemente adelantados para que la nueva ciudad pudiera acoger al fin, dignamente, al *Gargantúa*. A éste se le esperaba dentro de unos quince días, después de realizar varios viajes de ida y vuelta a las zonas productoras del petróleo sin hacer escala. Maurelle había podido instalarse en uno de los hoteles, una de cuyas secciones estaba ya habitable. Su misión consistía en regular diversas formalidades con el Ayuntamiento para la gestión del establecimiento termal, así como vigilar ciertos detalles del complejo a los que *Madame* Bach concedía gran importancia. Estas últimas funciones le satisfacían, por lo que les dedicaba la mayor parte de su tiempo, ya que las relaciones públicas apenas le daban ya trabajo. Se habían vuelto tan cordiales que ya no podían mejorarse.

En realidad, aquella noche se sentía embargado de euforia y se reía solo al comprobar que el texto que se disponía a redactar era de una facilidad irrisoria, mientras que en otro tiempo un documento análogo le parecía una tarea abrumadora. Redactaba un texto publicitario destinado a ahogar las veleidades de protesta de los últimos adversarios del petrolero nuclear, ya que, a pesar de todo, subsistía un grupo de irreductibles al frente de los cuales se encontraba el profesor Havard. No se atrevían a alzar demasiado la voz, por temor a herir el sentimiento popular, pero aún proseguían con su campaña entre las sombras. Así que escribió:

«No está lejana la época en que nuestros adversarios, algunos por ignorancia, otros más al corriente de los métodos científicos, pero cegados por un odio enfermizo por todo lo que sea innovación, afirmaban que nuestros reactores nucleares iban a provocar toda una serie sin fin de perturbaciones patológicas. Nosotros siempre hemos afirmado lo contrario. Cuando se nos acusó de convertir el agua en rigurosamente radiactiva, demostramos, con una serie de medidas y análisis, que la radiactividad del agua, después de su paso por nuestro buque era absolutamente...».

De repente, se quedó serio con el ceño fruncido. Impulsado por la fuerza de la costumbre, se disponía a escribir: era absolutamente nula.

—¡Vaya idiota! —gruñó—. Esto sí que hubiese sido una buena metedura de pata.

A la luz de los recientes acontecimientos, aquella afirmación le parecía de una torpeza insigne. El adjetivo «insignificante» que seguidamente se le ocurrió tampoco le pareció demasiado adecuado.

—La publicidad ha de adaptarse a las circunstancias —volvió a murmurar—. No es cuestión de afirmar hoy día que el reactor no modifica las características del agua... un agua con la que, por otra parte, no tiene el menor contacto, pero se trata de un detalle sin importancia.

Era un punto delicado cuya exposición exigía tacto y cierta ingeniosidad. Vaciló largo rato y al fin se decidió: «La radiactividad del agua, después de pasar ésta por las proximidades de nuestro reactor, es demasiado débil para ejercer efectos nocivos.

Pero lo que no habíamos proclamado...».

Reflexionó todavía un momento antes de escribir, esta vez de un tirón:

«Lo que no habíamos divulgado, porque aún carecíamos de la prueba experimental y, de acuerdo con nuestro criterio no puede admitirse teoría científica alguna si no está confirmada por la experiencia, lo que habíamos mantenido en secreto, aunque algunos de nuestros investigadores más cualificados lo sospechaban desde hacía algún tiempo, es que esa radiactividad extremadamente débil del agua adquirida en las proximidades de nuestros reactores (en cierto modo, una dosis homeopática) pudiera poseer ciertas condiciones de efectos benéficos considerables».

—Müller no estaría de acuerdo —comentó sonriente de nuevo—, pero estoy seguro de que David no me desmentiría y que a *Madame* Bach le gustaría esta fórmula.

Releyó el párrafo, reemplazó «radiactividad extremadamente débil» por «irradiación infinitesimal» y «considerables efectos benéficos», que le parecía algo excesivo en la etapa actual por «efectos benéficos nada despreciables, aunque difícilmente previsibles en el estado actual de la Ciencia».

El resto era fácil y acudió con toda naturalidad a su pluma: «Hoy día, la experiencia ha venido a confirmar de forma magistral la intuición razonada de nuestros investigadores...».

Recordó la curación de *la Coja*. No convenía insistir demasiado sobre el tema. Se conocían todos los detalles y aún se hablaba de ello todas las noches en los hogares. Pasó con bastante rapidez sobre la del ciego, disertó vagamente sobre fenómenos menos conocidos, como las milagrosas pescas realizadas alrededor del petrolero, recordando a los lectores las fotografías que presentaban las piezas más hermosas.

Luego comenzó a soñar. No encontraba nada que añadir por el momento. Y lo lamentaba, porque se encontraba inspirado.

—Esperemos acontecimientos —murmuró—. Y estoy seguro de que llegarán. Sería preciso algo sensacional para coronar tan hermoso edificio.

Como le ocurría con frecuencia después de redactar un texto destinado al público, sentía deseos de componer otro más ligero para su satisfacción personal. Pero desde hacía algún tiempo se había acostumbrado a plasmar esos ensueños en forma de cartas dirigidas a Martine, la amiga cuyo abandono llegaba a veces a turbar su actual euforia. En esta ocasión cedió, una vez más, al impulso. Tras exponer los recientes acontecimientos embelleciéndolos algo de acuerdo con su imaginación, escribió:

«Todo esto tiene una explicación, querida mía. Hombres de ciencia, y de los más reputados, sabios de renombre, todos los nuevos gnósticos, novelistas e incluso religiosos, como el padre Teilhard, han atribuido al átomo cualidades psíquicas e intelectuales. Por mi parte, no encuentro motivo alguno para no conferirle también cualidades morales. Creo que es, más o menos, lo que piensa David y no está más loco que los demás. De esa manera todo aparece claro. Ciertamente, sería presuntuoso hacer extrapolaciones aleatorias, pero no está prohibido soñar con

algunas de las posibilidades que sugiere el poder mágico de nuestro *Gargantúa*. En otro tiempo, hubiese sido considerado una locura concebir la existencia de peces sin espinas, pero después de los acontecimientos acaecidos con ocasión de su última estancia aquí, no se puede rechazar *a priori* tal eventualidad. Mutaciones de ese tipo, querida mía, no son más extraordinarias que el hecho de devolver el movimiento a los miembros de una tullida o la vista a un ciego».

Aún continuó con algunas elucubraciones del mismo tipo, entre las que se refería a anguilas que abandonaban su migración milenaria hacia el mar de los Sargazos, tras haber descubierto un polo de atracción más poderoso en las aguas de los navíos a propulsión nuclear. Sintiendo inspirado, se disponía a continuar cuando una de las encargadas de la limpieza llegó para entregarle un largo cable de David a quien había pedido que le mantuviese al corriente de la última travesía del *Gargantúa*. El mensaje estaba redactado en un estilo que no tenía nada de telegráfico y que hizo sonreír a Maurelle. En él describía la acogida siempre entusiástica de las multitudes con ocasión de la última travesía del canal. Y terminaba así:

«Durante las operaciones de carga en la plataforma del oleoducto, nos llegó un rumor que parece estarse propagando a lo largo del canal y por las orillas del mar Rojo. Al parecer, ha tenido lugar un nuevo milagro. Aún no ha sido dado a conocer a la espera del diagnóstico de los médicos, pero creo que no ofrece la menor duda para el enfermo y sus familiares. Esta vez, amigo mío, se trata, nada menos, que de un enfermo de cáncer. Huelga que insista sobre la importancia de esta nueva manifestación. Pienso, espero, en realidad estoy seguro, de que pronto quedará confirmado por la Prensa y la Radio. A bordo reina la satisfacción, incluso por parte del capitán Müller cuyo escepticismo parece vacilar. Y a usted, mi querido amigo, cuyos pensamientos secretos conozco bien, le deseo una conversión semejante. Hasta pronto».

—¡Inesperado! —exclamó Maurelle lanzando un prolongado silbido—. Hubiese sido lamentable que esos peregrinos del canal no obtuvieran también la recompensa de su fe. ¡Un canceroso! Es la culminación.

Vaciló en añadir aún algunas líneas a su texto publicitario, pero lo dejó, en todo caso, para más tarde, en espera de la confirmación científica de que hablaba David.

Releyó la carta imaginativa que escribiera para Martine e hizo una mueca. ¿Para qué enviarla? ¿Cómo podrían interesarle todas aquellas naderías? ¿Acaso leía siquiera sus elucubraciones? Jamás había contestado con una sola línea. Parecía dispuesto a rasgar las hojas. Luego lo pensó mejor y, con un leve suspiro, las introdujo refunfuñando en un sobre: después de todo, aquello no podía hacer daño.

—¡Santo cielo! Ahora ya estoy hablando como un obispo —comentó mientras se acostaba.

La flotilla de pescadores que saludaron su partida se encontraban allí, al completo, para recibir al *Gargantúa* y festejarlo. No dejó por un momento de girar a su alrededor durante todo el tiempo que tardó en descargar el combustible en el

oleoducto, recuperando poco a poco su estatura de titán sobre las aguas. Deslastrado, majestuoso, el buque recibía aquel homenaje con la gracia, matizada de condescendencia, de una estrella acostumbrada ya a los honores, pero no los desdeñaba. Llegada la noche, los pescadores lo escoltaron hasta el muelle, donde hizo una entrada triunfal ante una multitud regocijada.

Tan pronto como avistaron tierra, Müller pudo comprobar que los informes recibidos durante todo el viaje no habían sido en modo alguno exagerados. Cuando el navío ocupó el lugar que se le había asignado al cabo de una prolongada maniobra, cuando el capitán empezó a bajar por la pasarela, saludado por una ovación cuyo eco se escuchaba a varios kilómetros a la redonda, no pudo evitar la emoción que le embargaba, al mismo tiempo que comprobaba la metamorfosis que se había producido en aquellos parajes durante su ausencia.

Maurelle había preparado aquel retorno con toda minuciosidad y con una mezcla artística de romanticismo y realismo, presentándolo como un acontecimiento de considerable alcance, tanto desde el punto de vista humano como desde el turístico. Su campaña publicitaria hacía tiempo que anunciaba la llegada del petrolero nuclear y su permanencia en el muelle durante un largo período con el fin de llevar la esperanza a los enfermos y, acaso, curarles de todos sus males. Al propio tiempo, hacía el elogio de las instalaciones preparadas para albergar a peregrinos y turistas. Tan pronto como se divulgó la noticia, una marea humana avanzó hacia la mar y, en menos de cuarenta y ocho horas, se habían hecho todas las reservas posibles.

En su apresuramiento por inaugurar la nueva ciudad, *Madame* Bach había acosado a los contratistas, pese a lo cual éstos no pudieron llegar a realizar el plan en su totalidad. Muchos de los edificios previstos eran provisionales, pero en esa provisionalidad quedaba ya encajada la estructura de la futura ciudad y estaba ya en condiciones de albergar una muchedumbre bastante numerosa y de subvenir a sus necesidades como también sus fantasías, de tal manera que la inmovilización del *Gargantúa* se revelaba como una operación rentable.

Madame Bach, flanqueada por el alcalde del pueblo, por su primer ayudante, *la Coja*, y algunas otras personalidades, recibió al capitán en la parte baja del puente de mando. No había querido delegar en nadie la tarea de hacer los honores del conjunto que el *Gargantúa* tenía el encargo de animar. Con anterioridad había previsto una pequeña ceremonia con el fin de causar impacto en las gentes. De acuerdo con las instrucciones recibidas durante el viaje de regreso, el equipo de electricistas de Guillaume habían puesto manos a la obra antes incluso de que el buque quedara sólidamente amarrado. Mientras las autoridades daban la bienvenida a la tripulación, ellos desenrollaban los cables desde el cuadro del *Gargantúa*, fijándolos en un pilón instalado en el muelle. Un pupitre provisional instalado debajo del pilón ordenaba la iluminación de la ciudad y sus principales edificios. Las acometidas fueron efectuadas en un santiamén, con la competencia y celeridad que caracterizan a los técnicos de la Marina. *Madame* Bach se aseguró de una ojeada de que todo estaba

dispuesto.

—A usted, comandante, se debe este honor.

Estaba previsto que fuera ella quien diera la luz. En el último momento lo pensó mejor, aconsejándole su instinto que era preferible que permaneciera entre bastidores e hiciera resaltar la personalidad que reinaba sobre el petrolero gigante.

Müller agradeció aquel gesto y, después de dar las gracias, apretó el botón. Al instante, las luces de la ciudad brillaron en el crepúsculo en tanto que una nueva aclamación se elevaba de todos los puntos del muelle. El capitán, cada vez más emocionado, contuvo a duras penas las lágrimas.

—Venga a visitar nuestras instalaciones, comandante —le dijo *Madame Bach*—. Podrá comprobar que no hemos perdido el tiempo durante su ausencia. No está totalmente acabado, pero lo esencial se encuentra aquí.

Le cogió del brazo y, seguida por las autoridades, le condujo hacia el establecimiento de baños ya casi terminado. Era una especie de piscina muy larga, paralela al muelle, totalmente cubierta y cuyas orillas escalonadas permitían a los camilleros bajar a los enfermos. A cada lado de aquel canal se encontraban los dormitorios destinados a los peregrinos y algunas habitaciones individuales confortables para los más acomodados. El cortejo, con *Madame Bach* y el capitán a la cabeza, desfiló a pasos lentos a lo largo del establecimiento.

—Estos dormitorios están llenos, comandante —dijo el alcalde—. Desgraciadamente, nos hemos visto obligados a rechazar enfermos. Creo, señora presidenta, que convendría estudiar una ampliación.

—En la actualidad se están preparando planos para duplicar este edificio. Pero vamos a poder asistir a los primeros baños. El agua de su *Gargantúa* está dispuesta para derramarse por primera vez en la piscina.

También a ese respecto hacía tiempo que se habrían transmitido instrucciones exactas a bordo del petrolero y desde el momento de la llegada un equipo de marinos ajustadores había empalmado las mangueras del *Gargantúa* a las tuberías de la piscina.

—También usted habrá de abrir esas compuertas, comandante.

Así lo hizo Müller. Surgió un torrente de agua, estableciendo una corriente continua que fue saludada con nuevos bravos en los dormitorios. Enfermeros vestidos de blanco empezaron a descender las literas con los enfermos y a sumergirlos varias veces.

—Observará, señor alcalde, que ahora ya reinan el orden y la higiene en todas partes —declaró *Madame Bach*—. ¡Qué diferencia con la incuria de antaño!

—No dudé ni un instante que así ocurriría desde el momento en que usted se responsabilizara del asunto, señora presidenta.

Y era verdad. La compañía se había ocupado de que la organización fuese irreprochable. Los dormitorios y la piscina gozaban de una perfecta limpieza. Únicamente la limpidez del agua dejaba algo que desear. Se trataba, como fuera

previsto, de agua de mar sometida tan sólo a un tosco filtrado y ligeramente calentada durante su paso por el navío. Se había discutido la posibilidad de instalar una estación depuradora más perfecta a la entrada de la piscina, pero Maurelle había rebatido aquel proyecto después de haber mantenido numerosos contactos con la multitud de peregrinos. Había despertado la reprobación general. Todos deseaban que no se sometiera el agua a tratamiento alguno, ya que se corría el riesgo de anular sus virtudes.

—Dejémosles bañarse esta tarde y toda la noche, si así lo desean —volvió a decir *Madame Bach*—. ¡Hace tanto tiempo que esperan este instante! Mañana haremos que se respete el horario de forma más rigurosa.

Una vez que hubieron llegado al extremo de la piscina, el cortejo entró en una capilla adosada al edificio principal. A aquella hora se encontraba casi desierta, pero ardían una gran profusión de cirios. Más allá se había proyectado una sala para la instalación de un museo, pero aún no habían terminado los trabajos de acondicionamiento, por lo cual todavía no estaba abierto al público.

—Éstos serán los dominios de *la Coja* —susurró *Madame Bach* al oído del capitán—. La compañía la ha contratado. Teníamos la obligación moral de darle un empleo. Lo ha aceptado agradecida. Se ocupará del museo y cuando lo desee podrá ir a orar a la capilla que hay junto a él.

Por el momento, la colección del museo se limitaba a la muleta de *la Coja*, las gafas del ciego y algunas fotografías. Pero se habían adosado al muro una serie de armellas, así como vitrinas dispuestas a recibir nuevos recuerdos que testimoniaran la esperanza y la previsión de los organizadores, de Maurelle en especial.

—Venga, comandante —dijo *Madame Bach*—. Eso no es todo. Tenemos también para mostrarle muchas otras realizaciones interesantes.

V

Tras hacerle admirar una amplia avenida, ya asfaltada, que constituía la arteria principal de la ciudad, *Madame* Bach condujo a Müller a un edificio de grandes dimensiones construido en un tiempo récord con materiales prefabricados. El interior se asemejaba algo a una biblioteca con múltiples estanterías, pero la mayoría se encontraban vacías. Un numeroso personal iba y venía. Era la hora de cerrar. Algunos de los empleados se disponían a bajar los cierres metálicos; otros transportaban cajas rodantes o desclavaban las cajas, cajas que procedían de un hangar anexo al edificio.

—La tienda —dijo *Madame* Bach con aire misterioso—. Maurelle se ha ocupado personalmente de ella y se encuentra bastante bien abastecida.

Un hombre muy joven, sentado ante una mesa y ocupado en hacer cuentas, se levantó precipitadamente y saludó con respeto a los visitantes.

—Le presento a nuestro gerente, comandante. Un muchacho con futuro. ¿Ha sido buena la jornada, Georges?

—Excelente, señora presidenta. Véalo usted misma. Casi todas nuestras estanterías se encuentran vacías. Esta mañana estaban repletas. Me parece que mañana tendremos aún más gente. Si esto continúa así, nuestras existencias quedarán agotadas en unos días.

—Continuará. Ya lo había previsto —replicó *Madame* Bach—. Pero, de todas maneras, no a este ritmo.

Con gesto preocupado, dio instrucciones rápidas a Maurelle, que le seguía como su sombra. Éste tomó nota de que enviaran con urgencia nuevas mercancías. Durante ese tiempo, los vendedores habían abierto las cajas y colocaban el contenido en las estanterías.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán desconcertado.

—Ya lo ve, comandante, tarjetas postales de diferentes tamaños. Como podrá comprobar, la calidad no puede siquiera compararse con las que antes vendían los vendedores ambulantes. Había preparado existencias muy importantes, pero, al parecer, no han sido suficientes. Mire éstas en color: son soberbias. Muestran a su *Gargantúa* en todo su esplendor. Contemple esta perspectiva sobre la proa que da una sensación de infinito. Aquí tiene algunos clisés del interior del reactor durante su montaje. Han tenido enorme éxito. Y aquí fotos de *la Coja*, antes y después del milagro.

—Pero eso no es todo —interrumpió el alcalde, que parecía encantado de asistir a aquel espectáculo—. Las tarjetas postales son para enviarlas a los amigos. Los peregrinos y turistas quieren para ellos recuerdos más duraderos. Vea maquetas en metal de su petrolero y, a fe mía, de una factura excelente.

—Cuestan bastante caras —explicó *Madame* Bach—, pero son auténticas pequeñas joyas, hechas por especialistas. Una reproducción exacta del navío. No falta una sola pieza.

—¿Eso es todo? —preguntó Müller.

—Nada de eso, comandante —intervino el joven Georges—. Nos hemos ocupado de presentar una gama muy amplia de objetos y al alcance de todos los bolsillos. Vea. Platos pintados, encendedores, jarrones, vasos. Y aquí también un montón de naderías muy variadas: llaveros, pitilleras, carteras...

—Porta felicidad —interrumpió el capitán con tono neutro.

—¿Y por qué no? —declaró *Madame Bach*—. Las imágenes pintadas sobre estos objetos han sido ejecutadas por artistas y todas recuerdan los acontecimientos que han dado como resultado la gloria de su navío. Mire aquí, jarras adornadas con dibujos en las que los peregrinos podrán llevarse un poco de su agua.

—Amuletos, grigris —prosiguió Müller con el mismo tono.

—No se escandalice, comandante —dijo Maurelle—. En todos los lugares santos se encuentran los mismos cachivaches.

—¡Los lugares santos! —exclamó el capitán al borde ya de la indignación—. ¡Los lugares santos!

Luego, de repente, se calmó y, después de reflexionar, admitió:

—Sí. Se encuentran en los lugares santos.

—Y eso no perjudica en nada a la fe —intervino *la Coja*—. Son las propias palabras del cura al que he pedido su opinión respecto a las fotos que me representan.

—Es verdad —repitió, una vez más, Müller—. Eso no perjudica en nada a la fe.

—Adivino, comandante, que desapruera este negocio —intervino *Madame Bach*—. ¿Sabe usted lo que me ha decidido a autorizarlo? ¿Sin duda está pensando en los beneficios? No lo niego. Pero el argumento decisivo ha sido éste: si no lo hubiéramos organizado nosotros mismos, lo hubiese hecho a costa nuestra una multitud de mercachifles sin escrúpulos, que lo habrían convertido en una vergonzosa explotación. Sólo nosotros podemos mantenerlo dentro de unos límites honestos. Estuve paseando por los chamizos el día de su partida. Pude comprobarlo y usted mismo se daría cuenta. Ya por entonces, unos miserables mercaderes ofrecían, a precios exorbitantes, una pacotilla sucia y repelente. Puede comprobar que nuestra mercancía tiene otro aspecto y le garantizo que nuestros precios son honrados, estudiados para que dejen únicamente un beneficio razonable.

Madame Bach había aprendido a conocer el carácter del capitán Müller como el de todos los seres que gravitaban a su alrededor. Sabía que para vencer su reticencia había que apelar a su aborrecimiento por la suciedad y la deshonestidad. Recordó la época en que hacía perseguir a los mercachifles que merodeaban alrededor del *Gargantúa*. Un día incluso sacudió a uno que se acercó demasiado a su barco.

Miró a su alrededor, observó la limpieza y el orden meticuloso que reinaban en la tienda, los uniformes impecables de los empleados y hubo de convenir en que un comercio serio, bien organizado, sería siempre preferible al vergonzante tráfico de antaño. *Madame Bach* lanzó un suspiro de alivio. Consideraba indispensables, para el éxito de su empresa, la convicción y colaboración sin reserva de todo su personal.

—Ya volveremos a hablar de ello —dijo—. Debe estar fatigado, comandante. Mañana por la mañana le mostraré el resto de nuestras instalaciones. Luego le presentaré el nuevo calendario que he hecho estudiar para el *Gargantúa*. Si, como espero, recibe su aprobación, podremos presentarlo por la noche a sus oficiales durante una cena en la que todos serán mis invitados. Constituirá una especie de inauguración para nuestro nuevo hotel, desgraciadamente el único más o menos acondicionado. También le hablaré de nuestros restantes proyectos para el futuro.

Müller dio las gracias y, antes de volver a su buque, preguntó con una curiosidad no exenta de inquietud:

—¿Debo entender que tiene otros muchos proyectos, señora presidenta?

—Los tenemos. Pero, para llegar más lejos, sería preciso, sería preciso...

Vaciló. El alcalde acabó su frase.

—Sin duda ya lo ha comprendido, comandante. Serían precisos nuevos milagros.

El capitán sintió que enrojecía. El alcalde le había dirigido un guiño que parecía implicar que los milagros y futuros desarrollos de la ciudad se encontraban bajo la responsabilidad directa del señor del *Gargantúa*.

—Eso es —aprobó *Madame* Bach.

—Creo que no quedaremos decepcionados, *Madame* —dijo Maurelle—. He oído una noticia de última hora momentos antes de acudir al muelle. Aún no había tenido tiempo de hablarle de ello. Pero las pocas palabras que he podido distinguir en un grupo de peregrinos parecen demostrar que la noticia se está propagando. Parece confirmada por varios médicos la curación del canceroso del canal.

Müller, impresionado, no hizo comentario alguno. Ahora ya se escuchaban murmullos procedentes de todos los grupos propagando el acontecimiento de la velada. Las autoridades se separaron en silencio, igualmente conmovidas por aquel nuevo gesto de la Providencia.

VI

El milagro que había tenido lugar con ocasión del último paso del *Gargantúa* por el canal de Suez ofrecía a Maurelle una ocasión fantástica para finalizar su folleto publicitario con algunas líneas triunfales. Mantenido en secreto durante cierto tiempo a la espera del veredicto de la Ciencia, proclamado aquel día al mundo entero a través de todas las emisoras, revestía una importancia capital y habría de causar un formidable impacto tanto en los palacios como en las chozas. Demostraba, en primer lugar, que el poder mágico pertenecía con exclusividad al *Gargantúa* y de ningún modo estaba ligado a circunstancias geográficas como alegaran algunos ecólogos. Menos brutal, menos espectacular que el caso de *la Coja*, en el fondo era aún más prodigioso si es que podía existir una jerarquía en la categoría de los milagros, pensaba Maurelle frotándose las manos. Aportaba una carta decisiva en favor de la política de los reactores nucleares, tesis que siempre mantuviera el hombre de las relaciones públicas, con una apariencia de convicción perfecta y un ardor que hacía honor a su conciencia profesional, aun cuando, en ocasiones, le atormentara el demonio del escepticismo, haciéndole especular sobre el valor de sus argumentos.

Se trataba de un milagro difícilmente imaginable: un egipcio, que padecía de un cáncer generalizado, no un mendigo, sino un egipcio perteneciente a la mejor sociedad, cuidado por especialistas que le concedían de vida todo lo más dos meses y al que los discípulos de Hipócrates habían declarado curado después de haberse sometido a la aspersion durante todas las travesías del *Gargantúa* por el canal, ya que en cada viaje se encontraba él allí con la constancia que da la fe. La calidad de una celebridad mundial que le había atendido y que pidiera un plazo de varios días antes de pronunciarse, suprimía toda ambigüedad sobre la realidad del milagro. Su diagnóstico era concluyente. En esta ocasión aportaba pruebas irrefutables en forma de resultados de análisis antes y después del acontecimiento, las cuales habrían de disipar las últimas dudas, incluso en la mente del capitán Müller y también en la de las autoridades eclesiásticas, siempre preocupadas por no adentrarse en una vía en la que pudieran tropezar con posibles emboscadas.

Por su parte, Maurelle se contentaba con regocijarse. Las células de su cerebro trabajaban de tal manera que, cuando los análisis médicos tendían a la conclusión de un milagro, él se sentía invenciblemente incitado a suponer que en los análisis se había deslizado algún error. Pero aquélla era una opinión que guardaba para sí. Siempre preocupado por los intereses de la compañía, estaba decidido a sacar el mejor partido posible del acontecimiento. Instalado a la caída de la tarde en una terraza del hotel donde iba a celebrarse la cena que ofrecía *Madame Bach*, intentó terminar su folleto publicitario mientras esperaba a los invitados.

«Se nos ha acusado de exterminar a los peces. Pero, en realidad, les hacemos proliferar y aumentar de tamaño. Se nos había acusado de provocar el cáncer. Hoy día podemos afirmar lo siguiente: la experiencia demuestra que, en determinadas

circunstancias, podemos, por el contrario, curar enfermedades de este tipo. ¿Acaso va a romperse la cadena de acontecimientos, que aparecen como prodigios, pero que sin duda se deben a causas naturales? Nos mostraríamos muy ingratos hacia la Providencia si alimentáramos semejante pesimismo. Por mi parte, creo que esa cadena es sólida y que aún no hemos sido testigos más que de débiles posibilidades del milagro nuclear. Considero que hay que enfocar el futuro con osadía...».

Se interrumpió, reflexionando unos segundos.

—Calma —murmuró—. Me dejo llevar. Esto no es apropiado para las multitudes. Demasiado fuerte.

Intentó todavía unas frases, pero aquello no marchaba. Se encontraba en un estado de ánimo perjudicial para el estilo publicitario. Aplazó la terminación del texto para un día en que estuviera menos excitado y, sonriendo, empezó a escribir una de aquellas cartas en las que volcaba sus ensueños personales para la amiga ingrata que posiblemente ni siquiera las leería.

«... Pienso, querida mía, que hay que dejar de ser timorato y considerar con osadía que en el futuro el milagro nuclear se perpetuará y desarrollará en el mismo sentido que hasta ahora, quiero decir, en el sentido paradójico que parece haber sido inspirado por una divinidad traviesa, aquel que va a contrapelo de todas las profecías. Ahora bien, ¿qué nos predecían sobre ese futuro? En el mejor de los casos, que atacaríamos a los cromosomas dando lugar de esa manera al nacimiento de una serie de niños anormales, para llegar a la creación de generaciones de cretinos. Después de los acontecimientos de que hemos sido testigos, ¿acaso no estamos autorizados a llegar a la conclusión (es una expresión muy cara a David) de que la consciencia cósmica va a cambiar de nuevo ese pronóstico de acuerdo con la manera que ha decidido adoptar, es decir creando una raza superior?

»Ciertos indicios parecen sugerir, querida mía, que el proceso se encuentra en marcha. Ya existen familias que dan a entender que su vástago, concebido durante la primera estancia en el muelle del *Gargantúa*, es de una talla superior a la media, de una belleza excepcional y con una extraña precocidad...».

—No se trata de una elucubración de mi imaginación demencial —volvió a murmurar—. Lo he oído comentar en voz baja en algunos hogares.

«... Por tanto, no parece insensato que veamos aparecer una generación de genios a la sombra de nuestra reacción. Y no soy yo solo quien considera dicha eventualidad. Ante las súplicas de esas familias, todos los curas de las parroquias cercanas bautizan ya a los recién nacidos con nuestra agua, agua bendecida previamente por ellos, pero, como quiera que sea, con nuestra agua».

—No todos, pero sí algunos —volvió a comentar—. Estoy enterado. Y no existe nada contra la extrapolación.

«... Sospecho que el obispo ha dado instrucciones a este respecto. En cualquier caso, no se opone. Este querido eclesiástico (cuya previsión y sentido de la oportunidad admiro cada vez más) se ocupa activamente en acelerar el proceso de

beatificación de *la Coja*. Ella, por su parte, lleva ya, con antelación, una vida de santa. No me sorprendería que un día se llegara a una conclusión positiva. Esto no nos perjudica en modo alguno. Cada uno de nosotros, el clero y la energía nuclear, tenemos nuestro terreno reservado. No negamos una eventual intervención divina. La Iglesia, por su parte, no rechaza la idea de que el *Gargantúa* haya sido elegido como instrumento de la Providencia. De esa manera, querida mía, las buenas gentes se sienten satisfechas y, como diría también David, todo sea para mejor en el mejor de los mundos posible».

Alzó la cabeza no encontrando mucho más que añadir a aquella visión optimista del porvenir. Encima de él, los obreros trabajaban en la edificación de los pisos superiores. Otros dos hoteles se encontraban en construcción, así como varios restaurantes, cantinas, *bungalows* y algunas otras tiendas.

Permaneció largo tiempo absorto en la contemplación del panorama que se extendía a sus pies: reinaba una actividad de hormiguero. Parecía como si a cada hora fuera aumentando la nueva ciudad. En el muelle, el *Gargantúa*, dominante y protector, la contemplaba aún desde las alturas.

Por doquier, la multitud de peregrinos, de curiosos, de turistas, circulaba por las calles y avenidas apenas terminadas. También se agitaba más allá del recinto actual de la ciudad, ya que, siendo insuficientes los centros de alojamiento, a lo lejos se extendía un campamento provisional. Maurelle calculó que la compañía tendría que hacer todavía un gran esfuerzo para poder albergar a toda esa gente con ocasión de la próxima visita del *Gargantúa*. Reflexionó que la compañía lo lograría bajo el impulso de *Madame Bach*, quien había abandonado la mayor parte de sus otros negocios para ocuparse únicamente de aquél.

—Está muy absorto.

Era *Madame Bach*, que le sorprendía durante sus ocupaciones frívolas. Había llegado con anticipación para recibir a sus invitados del *Gargantúa*.

—Tonterías sin importancia, *Madame*. Tengo ya casi terminado el folleto y me distraía un rato.

—¿No me permitirá que lo lea?

Su mirada aguda había descifrado al vuelo algunas palabras que llamaron su atención. Resultaba difícil resistirse a su autoridad.

—Si lo desea, *Madame*... Pero le aseguro que son tonterías sin relación alguna con nuestra empresa.

Madame Bach leía con el mismo interés que ponía en los documentos de los negocios y con tal agilidad de la mirada y el cerebro que la ponía en situación de captar con una sola ojeada la esencia de un texto.

—No está mal —reconoció desde las primeras líneas.

Y prosiguió la lectura en voz alta:

—«... Es una de las leyes más incontestables de nuestra civilización, aun cuando jamás haya sido codificada: un organismo al que se le ha dado el nombre de Sociedad

o Compañía llega siempre, en una cierta etapa de su desarrollo, a conceder la mayor parte de su tiempo, de sus energías y de sus inteligencias, a operaciones absolutamente ajenas a aquellas para la que fue creada. Al menos, los administradores, los cuadros superiores de dichos organismos dejan siempre a cargo de los subalternos las ocupaciones que constituyen la razón de ser de la empresa, para consagrarse a actividades que no tienen la menor relación con ella. Un imperioso poder parece obligarles a dar de lado a sus propios negocios para mezclarse en lo que no les importa, poder que presenta cierta analogía con el demonio perverso tan caro a Poe y que tal vez sólo sea uno de sus avatares. De esa manera, los contratos de las compañías de seguros los elaboran las mecanógrafas, en tanto que las autoridades sólo se preocupan de la construcción de inmuebles y de operaciones financieras. Lo mismo ocurre con los Bancos. Y con ese grupo petrolero internacional que llega a especializarse en la industria del perfume; o aquel complejo siderúrgico que se dedica a la fabricación de calzado...».

Maurette se había detenido aquí. Miró a su superior con cierta inquietud, pero *Madame* Bach no manifestó reprobación alguna al devolverle sus hojas.

—Lo que ha escrito no es genial, mi querido Maurette, pero no me disgusta. ¿Tiene en la mente algunos otros ejemplos?

—Creo que podría encontrar muchos más, *Madame*, pero no estaba en mi ánimo denigrar. Me disponía a añadir: sin duda podría adivinarse en tal comportamiento una forma superior del espíritu de empresa, que no puede desarrollarse en toda su plenitud en una sola dirección.

—Y así lo he comprendido —dijo *Madame* Bach con sonrisa ambigua—, decididamente, usted me gusta, mi querido Maurette. Ya tiene un criterio lúcido de los negocios. Tiene el sentido de la generalización y el de la extrapolación. Con todo ello se llega lejos. Le auguro un brillante porvenir... Pero aquí llegan nuestros primeros invitados. Ayúdeme a recibirlos.

Aplausos que no eran de encargo saludaron la alocución que pronunciara *Madame* Bach para presentar a los oficiales del *Gargantúa* el nuevo calendario que había establecido de acuerdo con el capitán Müller. Era reducido y estaba contenido en pocas palabras. Desde luego, el buque reanudaría sus travesías al Oriente Medio, pero ya no de acuerdo con su habitual ritmo infernal. Al cabo de dos o tres viajes, volvería a puerto para permanecer en él durante un período del mismo orden que el de las salidas. En cierto modo, una navegación de media jornada. Resumió rápidamente las ventajas que de ello se derivarían para el barco. Ahora ya estaba segura de lo realizado. La audacia triunfaba. Los expertos financieros de la compañía estaban todos de acuerdo en declarar que, conforme a los datos que ya obraban en su poder, aquel nuevo sistema de explotación de un petrolero nuclear constituía un excelente negocio.

Pero la perorata que en aquel momento desencadenaba el entusiasmo de los oficiales, abordaba el elemento humano. Y así estaba concebida:

«En cuanto a la tripulación, no hay motivo para que permanezca a bordo durante la estancia del buque en el muelle. Con el consentimiento del capitán Müller, se establecerá un amplio turno de permisos, permaneciendo sólo en el barco el pequeño equipo indispensable para garantizar el mantenimiento y funcionamiento de las máquinas necesarias para la alimentación de nuestro complejo de agua y electricidad. Espero, señores, que este programa merezca su aprobación».

Los hurras que saludaron aquel anuncio fueron una prueba abrumadora. Los marinos del *Gargantúa* vislumbraban ante ellos un futuro risueño, un paraíso comparado con el servicio que las demás compañías petrolíferas exigían a sus tripulaciones, servicio inhumano que a veces suponía una estancia de trescientos cincuenta días anuales en la mar, y que, en ocasiones, había dado lugar a ataques de locura. Algunos agradecieron con lágrimas en los ojos a la señora presidenta una innovación que iba a permitirles ver con regularidad a su familia y llevar una vida normal en un mundo perturbado por las exigencias de la industria y las finanzas. ¡Y todo ello gracias a las virtudes, durante mucho tiempo insospechadas, del *Gargantúa*!

—¿Qué opina ahora? —preguntó David a Maurelle—. ¿Me equivocaba al sentirme optimista? ¿Acaso no advertí que la energía nuclear era una bendición del cielo, un potencial de felicidad cuyas consecuencias serían un día reconocidas por todos los humanos? Pero usted no las tenía todas consigo. Espero que no sea una mala noticia que venga a ensombrecerle un hermoso día.

La última observación de David la provocó un telegrama que un camarero acababa de entregar a Maurelle y que éste sostenía con mano temblorosa. El joven no contestó en seguida. Su actitud había cambiado súbitamente. La sonrisa bastante sarcástica con que momentos antes acogía las palabras de *Madame* Bach se transformó en una mueca con la que parecía querer contener las lágrimas. Con gran dificultad, pudo releer el mensaje que acababa de recibir. No se había equivocado. Era un largo telegrama de Martine. Le hacía partícipe de sus remordimientos. Le pedía perdón por haberse mostrado ligera, falta de comprensión y cruel. Le daba las gracias por todas sus cartas, asegurando que las había devorado. Con un estilo bastante romántico, le anunciaba su llegada para el día siguiente. Jamás volvería a separarse de él. Estaba ansiosa por reunirse con él y contemplar aquel maravilloso buque que iluminaba al mundo con una nueva luz.

—Ya no albergo la menor duda —contestó finalmente a David con una voz que hacía temblar una emoción absolutamente insólita en él—. Tiene razón. Este *Leviatán* nuclear es un ángel desprendido del cielo por algunos testarudos como usted para dar la felicidad a los humanos. Yo también, incluso yo me he convertido a la nueva fe. Esta noche, David, creo en los milagros.

Cuarta Parte

I

El *Gargantúa* proseguía su imprevista carrera, compartiendo equitativamente su tiempo entre el socorro a los infortunados y el abastecimiento a Europa del combustible negro. Sin embargo, el profesor Havard seguía impertérrito y, con él, algunos de los ecólogos más puros, que se enfurecían al haber estado obligados durante algún tiempo a poner sordina a sus vociferaciones sobre la malignidad del átomo y esto debido a la veneración supersticiosa del público y al temor a sus reacciones emocionales. El petrolero gigante seguía siendo, para ellos, más que nunca el *Leviatán*, pero habían trasladado su odio y sus predicciones apocalípticas al veneno que el monstruo llevaba en sus entrañas, veneno que cualquier accidente trivial podía hacerle vomitar en un momento dado, extendiéndose entonces una marea mortífera sobre millares de kilómetros cuadrados de océano.

Las estadísticas publicadas en sus revistas periódicas tendían a demostrar que su temor no era tan sólo el fruto perverso de una imaginación imbuida de un sentido catastrófico. Demostraban también que, incluso haciendo abstracción de los accidentes graves, los *supertanques* vertían anualmente en los mares unos dos millones de toneladas de petróleo como consecuencia de fugas, de falsas maniobras en el manejo de las compuertas o, sencillamente, con la limpieza de sus cisternas. Pero tampoco había que menospreciar el riesgo de un accidente grave. Los naufragios a causa de colisiones, las explosiones, las roturas se habían convertido casi en moneda corriente. A este respecto también hablaban las estadísticas. Desde el accidente del *Torrey Canyon*, cada año se registraban por decenas, cuando no por centenares, desastres semejantes, y desde luego, el *Gargantúa* no se encontraba libre de sufrir una de esas catástrofes. Por el contrario, su inusitado tamaño, su enorme arrastre de agua lo convertían en un blanco privilegiado para los golpes traidores de la mar. Los ecólogos afirmaban que, si hasta entonces nada de eso había ocurrido, se debía a una suerte insolente. Pero la suerte no dura una eternidad y sus matemáticos calculaban muy altas las probabilidades de que se produjera una catástrofe dentro de un plazo de algunos meses. El profesor Havard y sus amigos vivían con la febril esperanza de esa eventualidad, recapitulando sin cansarse, el aspecto apocalíptico que presentaría un navío de seiscientas mil toneladas, calculando en millones dentro de una de las hipótesis más optimistas el número de peces, de aves marinas y de pingüinos exterminados, sin contar la desaparición del plancton y las epidemias de hepatitis vírica para los seres humanos.

Cuando leían aquellas publicaciones, que Maurelle se ocupaba de anotar, David reía sarcástico entre dientes y la señora presidenta se limitaba a esbozar una leve sonrisa, pero con la que disimulaba una profunda irritación. Había tratado por todos los medios de que cesara aquella campaña denigratoria y que juzgaba pérfida, pero en este caso había fracasado. Abrigaba un amargo resentimiento por aquella derrota a la que estaba poco acostumbrada. Su secretario, que había aprendido a conocerla bien,

pronosticaba que si llegara a descubrir algún día un resquicio para vengarse, tanto los ecólogos como el profesor Havard pasarían un cuarto de hora desagradable.

Entretanto, acuciados por su deseo enfermizo de ver realizadas sus profecías, los ecólogos espiaban al *Gargantúa* con igual atención que sus adoradores, pero con un propósito muy distinto. A cada llegada del navío cargado, mezcladas con la flotilla de marineros y pescadores que le escoltaban hasta la plataforma del oleoducto, unas embarcaciones se incorporaban a su estela, ocupadas por agentes suyos, ávidos por descubrir una de esas estelas irisadas, frecuentes en muchos de los petroleros, que uno de sus poetas había comparado a las refulgentes huellas dejadas en un jardín por la baba de los caracoles, consecuencia de la fuga de una juntura o del deficiente mantenimiento de las cisternas. Cuando, por casualidad, descubrían alguna, tomaban fotos desde unos ángulos que la aumentaban, fotos que en su cuartel general iban a engrosar el expediente formado con paciencia para demostrar el carácter pernicioso del monstruo.

Los ecólogos estaban bien organizados, y miembros de su secta operaban en todas las partes del mundo. Las operaciones de carga en el extremo del oleoducto oriental no escapaban a su vigilancia. Allí también los espías se deslizaban siempre entre los pescadores del mar Rojo, al acecho de una falsa maniobra. Pero a bordo del *Gargantúa* las maniobras falsas no se prodigaban. La tripulación, entonada por los permisos largos y frecuentes, no hacía gala del nerviosismo ocasionado por el agobiante servicio de antaño. Además, como lo habían previsto los expertos de *Madame Bach*, los períodos de inmovilización permitían garantizar un mantenimiento perfecto. Las fugas eran prácticamente nulas.

En consecuencia, el expediente abierto por los ecólogos al *Gargantúa* seguía como al principio, sin crecer, tan escuálido que el profesor Havard decidió tomar el asunto por su cuenta. Se encontraba ya al borde del desaliento, atenazado por la sospecha de que los agentes encargados de espiar al navío habían sido sobornados, comprados por encargo de *Madame Bach* y que enviaban informes falsos. De manera que se embarcó en uno de los navíos de la flota ecologista destinada a vigilar mares y océanos, equipado para obtener y analizar muestras en todas las latitudes, ocupado por un equipo científico entrenado para demostrar la creciente podredumbre del mundo.

Habiendo sido puesto ese navío a su disposición, Havard lo especializó en el espionaje exclusivo del *Gargantúa* al que profesaba un auténtico odio. Con abstracción de sus antipatías ecológicas, lo detestaba por un doble motivo: a bordo de él seguía navegando David, un rival ciertamente menos cargado de honores que él, pero que antaño se opusiera a sus tesis, a menudo con éxito. Además, el aura que envolvía al gigante de los mares a propósito de los pretendidos milagros le infligía una constante humillación. La consideraba como un insulto a la ciencia (en suma, un insulto personal), que le hacía vivir con una sensación insoportable de ridículo para un miembro del Instituto.

El *Albatros*, que era el nombre del navío ecologista, surcaba sin cesar por las aguas del *Gargantúa*, siguiendo su estela, precediéndole a veces para ir a esperarle en alta mar, todo lo que su superior velocidad le permitía, espiándole muy de cerca en las zonas peligrosas, acechando la menor debilidad del monstruo, la personalidad que en él viajaba como pasajero bufando furiosa al no detectar ninguna y al verle proseguir sus cruceros impávido, altivo, manifestando visiblemente el más profundo desprecio hacia el gozque pegado a su popa, abrumándole con toda la altura de su puente de mando y de su reactor cuando navegaba de vacío y con toda la masa de sus seiscientos mil toneladas cuando iba cargado.

A bordo del *Gargantúa* habían observado la presencia del *Albatros*, que se había acercado en varias ocasiones para obtener muestras de agua. A David le pareció reconocer a su rival. Maurelle, que siempre se mantenía al corriente de los movimientos de sus adversarios, les había prevenido por cable de que, en efecto, el profesor Havard se encontraba a bordo. Irritado por aquella insistencia en seguirle, Müller intentó entrar en contacto con el navío. Al principio pudo cambiar unas palabras con su comandante, que había mantenido una fría reserva.

—Realizamos observaciones científicas.

—Entonces pregúntele si podemos ayudarle —le había sugerido David—. Dígale que con nosotros viajan hombres muy experimentados en todo tipo de observaciones científicas.

El comandante del *Albatros* respondió con frialdad que no necesitaban ayuda alguna, ya que a bordo de su barco viajaban los especialistas más cualificados para tales misiones. Entonces David, incapaz de contenerse, tomó la palabra rogando al capitán que transmitiera sus respetuosos saludos al profesor Havard, cuyas previsiones en materia nuclear habían resultado tan pertinentes. No recibió respuesta alguna, y los contactos entre los dos barcos quedaron definitivamente interrumpidos.

II

—Me temo que habremos de prepararnos para afrontar un buen temporal, *Madame* —dijo el capitán Müller—. Los partes de la meteorología son malos y sé por experiencia que en los parajes del Cabo la realidad es a menudo mucho peor que las previsiones.

Madame Bach había querido participar en un viaje del *Gargantúa*. Para ella, era un crucero de vacaciones, bien ganadas después del creciente éxito de la nueva ciudad, ya casi terminada y floreciente.

—El *Gargantúa* es un buen barco y su comandante, un excelente marino.

—Es un buen barco, pero para resistir al mal tiempo que se prepara preferiría no llevarlo cargado a tope como lo está en este momento. Mírelo. Parece casi un submarino.

Aquella observación era una velada crítica a los armadores, que exigían, por motivos financieros, que los petroleros cargaran hasta el límite, en tanto que los motivos de seguridad hubieran exigido que dicho cargamento fuese proporcional a las condiciones atmosféricas y al estado de la mar que el buque había de afrontar. *Madame* Bach, que jamás se había dedicado a estudiar dicho problema, ignoró la alusión.

Pesadamente lastrado con sus seiscientas mil toneladas, conservando tan sólo una débil altura de borda, el *Gargantúa* afrontaba el Cabo, temido por muchos navegantes y, en particular, por los comandantes de petroleros gigantes. La comparación de Müller estaba justificada: en efecto, parecía una especie de submarino. Se hundía bajo las aguas más de veinticinco metros y la parte superior de las cisternas apenas sobresalía sobre las olas. Únicamente la torre y el reactor las dominaban todavía desde bastante altura. Representaba una doble preocupación para su comandante. Con cartas marinas que, como todos deploraban, estaban llenas de lagunas y de inexactitudes, el riesgo de tocar fondo era a veces grande, sobre todo con mar gruesa, cuando se producen ahondamientos anormales. Ya había tenido lugar una aventura similar y se producía casi cada año. El segundo inconveniente se presentaba en la superficie. Las olas amenazaban con cubrir las cisternas, asaltando a la torre como a un arrecife, casi a flor de agua, y sus duros golpes eran capaces de causar daños considerables. En ciertos casos, para paliar aquel peligro, los comandantes de algunos petroleros no habían vacilado en lanzar a la mar parte de su cargamento, provocando, naturalmente, una marea negra más o menos importante que resultaba en un incremento de la contaminación del océano y de las playas.

El *Gargantúa* comenzó a cabecear de manera impresionante, por lo que Müller rogó a *Madame* Bach que se retirara a su apartamento y así lo hizo, llevándose consigo a Maurelle que también hacía el viaje. Luego, volviendo a subir al puente de mando, dio órdenes para afrontar la tempestad que se avecinaba en las mejores condiciones posibles. Caía la tarde. Un vistazo al cielo amenazador le confirmó sus

previsiones pesimistas.

—Ante la mar que se prepara —dijo a David, que se había reunido con él—, si mandara otro barco buscaría refugio en el primer puerto a la vista. No estamos lejos de tierra. Pero, con nuestro buen *Gargantúa*, tan voluminoso, no existe la menor posibilidad. Ningún puerto de esta costa puede acogerlo debido a su calado.

—El *Albatros* no busca refugio —dijo de súbito David—. Nos está siguiendo.

Müller divisó al barco en la penumbra que ya invadía la mar y gruñó moviendo la cabeza.

—Una locura. Un navío de ese tipo se encuentra aún peor preparado que el nuestro para afrontar el temporal. Me extraña que su comandante actúe así. Créame, su amigo Havard va a tener que afrontar momentos muy malos.

—Adivino lo que le espera —declaró el físico.

Fue el propio profesor Havard quien insistió en mantener el contacto. El odio enfermizo que albergaba hacia el *Gargantúa* predominaba sobre su temor a la tempestad. Esperaba que, dado el mal tiempo, el petrolero se viera obligado a deslastrarse de parte de su carga como otros lo hicieran antes que él en circunstancias semejantes. Una ocasión tan formidable de sorprenderle en flagrante delito le inspiraba una especie de heroísmo. De manera que indicó al comandante del *Albatros* que siguiera el rastro del *Gargantúa*. Pero éste se sentía al menos tan preocupado como Müller.

—Insisto, profesor —le dijo—. El viento refresca. Este barco no está preparado para resistir una tormenta como las que a veces se forman por estos parajes y como muchos indicios parecen indicar. Creo que sería prudente refugiarnos en un puerto que no se encuentra lejos.

Había dado ya varias veces el mismo consejo, pero Havard, que era un ignorante en lo que a la mar se refería y cegado por su pasión, había rechazado siempre sus sugerencias.

—El *Gargantúa* sigue bien su ruta.

El capitán le explicó los motivos por los cuales el petrolero, muy cargado, no podía hacer otra cosa.

—Y no es el único —prosiguió Havard, que no quería dejarse convencer—. Diviso varios pesqueros que le escoltan.

Era verdad. Pese a la amenaza de temporal y de acuerdo con la costumbre adoptada cuando el *Gargantúa* pasaba cerca de un puerto, los pescadores de África, al igual que los de otros lugares, dejaban sus ocupaciones para acercarse a sus aguas y acompañarlo durante el mayor tiempo posible.

—Imprudencia demencial —murmuró el comandante del *Albatros*. Si de repente se encrespara la mar, muchos de esos cascarones de nuez no volverían a ver tierra.

El profesor Havard vaciló. La pasión que le dominaba triunfó finalmente sobre su aprensión.

—Esperemos todavía un poco —decidió—. Después de todo, el viento no parece

tan terrible y usted me ha dicho que tenemos un puerto cerca. Si esto se pone feo, tendremos tiempo de buscar refugio.

El capitán se encogió de hombros con ademán dubitativo pero cedió.

La flotilla de pescadores africanos que se habían dirigido al encuentro del buque para aclamarle y sin duda para obtener algún beneficio de la proximidad de sus aguas inquietaba también a Müller. Tuvo las mismas palabras que su colega del *Albatros* para juzgar aquella conducta.

—Imprudencia demencial. Si la mar se encrespa de repente, esos pobres no podrán resistir. Es posible que esos pescadores no escuchen los mensajes de la meteorología, pero de todas formas tienen la experiencia. El aspecto del cielo debería inspirarles temor.

David contempló los puntos brillantes que se encendían alrededor del buque, ahora ya iluminado.

—Están fascinados por el *Gargantúa*. Se imaginan que navegando bajo su sombra se encuentran al abrigo de todo peligro.

Y de repente se desencadenó el viento y la mar formó enormes cuencas, como temían los dos marinos, pero de una manera tan súbita y con tal violencia, que jamás vieron en todos sus muchos años de experiencia.

El *Gargantúa* resistió bastante bien los primeros asaltos. Pese a todo, era un buque construido teniendo en cuenta lo traidora que es la costa sudafricana y llevaba a bordo una tripulación experimentada. El capitán Müller le había hecho tomar el rumbo y la velocidad mejor adaptados a la tempestad. Entre las órdenes breves que daba desde el puente de mando, clamaba sin cesar contra los armadores.

—Me alegro de que *Madame Bach* se encuentre a bordo. Podrá comprobar por sí misma la locura que representa cargar un buque de esta manera. Pero antes nos hundiremos que soltar una sola gota al mar. Lo he jurado.

—Havard estaría muy contento —aprobó David—. Es lo que está esperando.

—Nosotros, sin duda, lo soportaremos, pero ¿qué les ocurrirá a los pescadores con sus cascarones de nuez? ¿Y al propio Havard? No daría tres cuartos por la carcasa de un barquichuelo como el *Albatros* con un tiempo semejante. ¡Bien! Al fin nos abandona. Se diría que huye. Sin duda tratará de llegar al puerto. ¡Ya era hora!

Una ola más fuerte que las demás se estrelló sobre la chapa de las cisternas, cubriéndolas totalmente y propinó contra la base de la torre un golpe tan enorme que la hizo temblar.

—Ni una gota a la mar voluntariamente —rectificó Müller—, pero otros golpes como éste y sería la propia mar la que se encargara de delatarnos.

Con las primeras ráfagas del huracán, el *Albatros* había forzado efectivamente la marcha y adelantando al *Gargantúa* por babor y luego cortando por su ruta, lo que arrancó una protesta feroz a Müller, enfilaba hacia tierra. David, tan indiferente ante la tempestad como a la delicia de un cielo radiante, observaba sin cesar con los prismáticos sus luces.

—Parece que se encuentra en dificultades —declaró de repente—. Ya no huye.

—Ya no huye —asintió Müller en tono furioso—. Y como lo predijera, desamparado. Además, se encuentra casi en nuestro camino. ¡Y todos esos cascarones de nuez que se agolpan contra nosotros como si fuésemos su última esperanza! Se imaginan que maniobrar unas seiscientas mil toneladas en medio del temporal es como un esquife en un lago. Tendremos que evitar el riesgo de colisión. Además de la navegación. ¡Regatas en un tifón! ¡Eso es!

Mientras caía la noche y las peligrosas olas continuaban estrellándose, Müller dio órdenes de reducir aún más la velocidad y modificar ligeramente el rumbo. Una vez hecho esto, le llamaron al intercomunicador en la cámara de navegación. Le advirtieron que el *Albatros* se había puesto en comunicación con el *Gargantúa* y que su comandante deseaba hablar urgentemente con él.

III

—Mar gruesa —empezó a decir el capitán que mandaba el *Albatros*, con voz tranquila, aunque con un asomo de alteración.

David, que siguiera a Müller hasta la cámara, se dio cuenta de que estaba a punto de explotar bajo el influjo de la indignación.

—¡Mar gruesa! Y para decirme eso me ha...

—No solo eso —le interrumpió la voz—. Ante todo, es para informarle que nos encontramos en situación apurada.

—¿Realmente apurada? —preguntó Müller modificando el tono.

—Mucho. Una avería en las máquinas nos obliga a avanzar a menos de medio nudo. Una fisura en el puente. Las bombas se encuentran estropeadas. No tengo tiempo de darle todos los detalles. Pero, si continúa este oleaje, mi barco no tiene para más de una hora.

La furia de Müller se apaciguó de golpe.

—No estoy lejos de usted —dijo—. Me acercaré todavía más. Pero ¿qué puedo hacer? Yo también me encuentro en dificultades y con la mar en este estado es de todo punto imposible proceder a un trasbordo.

—He logrado detener este maldito choque —prosiguió la voz— pero no podré seguir haciéndolo durante mucho tiempo. Para ello necesitaría toneladas de aceite, centenares, miles de toneladas de aceite, pero he de conservar el suficiente para tratar de llegar a puerto.

—Aceite —murmuró Müller tras un instante de reflexión—. Creo comprender. Ha derramado el aceite.

—El procedimiento que nos enseñaron a usted y a mí a utilizar en casos desesperados. Es la primera vez que lo empleo. Nuestros viejos profesores tenían razón, resulta eficaz. Pero he vaciado cuanto podía de mis barriles de mazut. Con ello se ha logrado una calma relativa... temporal, le repito. Compréndame. Necesitaría una enorme cantidad de aceite de la que no dispongo.

—Pero yo tampoco puedo darle, casi no tengo mazut. Mis calderas están inutilizadas desde hace mucho tiempo. Tan sólo unos barriles. Ridículo.

—Pero tiene usted petróleo.

—¡Cómo!

Al empezar a comprender de lo que se trataba y pese a la urgencia de la situación, Müller permaneció un buen momento sin poder articular palabra. Miró a David, que lo había oído todo y sonreía.

—Sé que lleva un cargamento de petróleo refinado. El petróleo refinado produce el mismo efecto sobre las olas. Y tiene para dar y vender.

—¡Como bien dice, para dar y vender! —rugió Müller—. Llevo seiscientas mil toneladas. Pero ¿acaso cree que puedo disponer de ellas? Es una decisión...

—Una decisión urgente —dijo la voz que se había hecho muy grave— que

Madame Bach puede tomar. Sé también que la presidenta de su compañía se encuentra a bordo. Sólo ella puede...

—También sabe usted eso. Pasan el tiempo espiándonos. Ustedes...

—Insisto y le repito que para nosotros es cuestión de vida o muerte, comandante. Es todo.

De capitán a capitán, de comandante a comandante. Era una forma insólita de dirigirse a un colega. Aquello contribuyó a la confusión de Müller.

El otro había cortado la comunicación. El capitán permaneció varios segundos silencioso antes de recuperar el aliento.

—Petróleo. Pide que lancemos nuestro petróleo a la mar. ¿Ha oído eso, señor David?

Hablaba con acento casi plañidero, como tomando al físico por testigo del carácter demencial de aquella solicitud.

—Totalmente inesperado —comentó David.

Aquella sencilla observación, hecha con el tono más natural, acabó por convencer a Müller de que el temporal había trastornado todas las mentes alrededor del Cabo. Con el fin de escapar a aquella locura contagiosa con la que él mismo se sentía amenazado, él, el capitán Müller, el último bastión del sentido común, tuvo durante una fracción de segundo la tentación de situar al *Gargantúa* a través de las olas y de hundirse con él y toda la tripulación. Sólo recuperó su sangre fría al volver al puente de mando donde dejara a su segundo la responsabilidad del buque.

La situación no había empeorado. El petrolero seguía recibiendo violentos golpetazos, pero se mantenía firme.

—Hay que prevenir a *Madame* Bach —dijo David que le había seguido.

—¡Vamos! ¡No sea absurdo! —vociferó Müller—. No tengo el menor interés en que me tome por un loco y se burle de mí. ¿Supongo que ha comprendido bien la situación?

—La he comprendido. Una última palabra, comandante. ¿Existe algún inconveniente para hacer lo que nos piden?

—Ninguno. Todo lo contrario. Por mi parte, me alegraría mucho ver a este condenado navío algo aliviado de peso.

Madame Bach se encontraba derrumbada sobre una butaca con un principio de mareo. Frente a ella, en la misma posición, Maurette no parecía encontrarse en mejor forma. El salón donde intentarían trabajar con un informe para olvidar la tempestad presentaba el aspecto de un campo de batalla. Tan sólo los muebles, sólidamente fijados, permanecían en su sitio. La moqueta aparecía cubierta de papeles, libros, revistas, otros diversos objetos que iban de un lado a otro danzando de acuerdo con los vaivenes del *Gargantúa*. Ni ella ni Maurette tenían el valor de levantarse para ponerlo en orden.

David entró después de haber tropezado con las crujiás y se dejó caer también en un sillón para mantener el equilibrio.

—Un mensaje del *Albatros*, *Madame* —dijo—. Pide ayuda.

Madame Bach levantó la cabeza e hizo un ademán de que escuchaba. Con breves frases, el físico la puso al corriente de la extraña solicitud presentada por el comandante del navío en peligro.

Tan pronto como *Madame* Bach hubo comprendido, su personalidad física sufrió una singular metamorfosis. Sus rasgos se serenaron, su rostro recuperó el color, su mirada, momentos antes sin expresión, centelleó, lo hizo pensar a David, sin que lograra explicarse aquella absurda impresión, que era como la manifestación diabólica de una criatura infernal. Su malestar se había disipado como por encanto. Se levantó y logró llegar dando traspiés junto a su mesa de trabajo, en la que todo se encontraba desparramado, aun cuando el interfono permaneciera intacto, apretó un botón y pidió, con voz que había recuperado toda su autoridad, que le pusieran en comunicación con el *Albatros*.

Momentos más tarde, le contestaba su capitán, y entonces *Madame* Bach se limitó a preguntarle con frialdad si el profesor Havard se encontraba a bordo.

—Está aquí a mi lado, señora presidenta.

—Pásemelo.

El profesor había cambiado de actitud. Vacilaba entre el terror a un naufragio y las angustias del mareo. Su voz suplicante, temblorosa, hizo aflorar una sonrisa cruel en el rostro de *Madame* Bach, al tiempo que, aferrándose a su mesa y luchando contra los furiosos vaivenes del barco, buscaba con la mirada a sus dos colaboradores para hacerles partícipes de la voluptuosidad que la embargaba.

—¿Se encuentra bien, señor profesor?

—Se lo suplico, señora presidenta —se oyó la voz tartamudeante de Havard—. Ha sido el cielo quien ha hecho que se encuentre usted a bordo. Sólo usted puede salvarnos.

—Lanzando mi petróleo refinado a la mar. ¿Lo he comprendido bien? —preguntó *Madame* Bach con una voz cuya calma contrastaba con la desolación de la habitación y los rugidos del temporal en el exterior.

—Es lo que dicen los marinos —volvió a balbucear Havard—. Y tienen experiencia en estas cosas. Pero es muy urgente, todo esto es aterrador. ¡Oh...!

—¿Y necesitarían mucho de ese petróleo refinado? —prosiguió *Madame* Bach con el mismo tono.

Sólo escuchó un gemido y una especie de hipo, lo que contribuyó a acentuar su sonrisa hasta la ferocidad. Maurelle alzó a su vez la cabeza y, al encontrar la mirada de su superior, también él empezó a sentirse reanimado. En cuanto a David, a raíz de la llamada de socorro, era la viva imagen de la delectación. El comandante del *Albatros* fue quien reanudó la comunicación.

—Mucho, *Madame* —dijo—. No puedo precisarlo de antemano, pero mucho. Sería preciso una capa de varios centímetros de grosor que se extienda hasta la tierra. Estoy seguro de que con la dirección del viento y las olas podría hacerse. Pero le

repito que habrían de largar una cantidad muy grande.

—¿Largar? —repitió *Madame Bach*—. ¿Es el término técnico?

—Es el término técnico, *Madame*. Largar el aceite. Todo el mundo lo conoce.

Madame Mach permaneció un momento en silencio. El otro prosiguió:

—Esto también ayudaría mucho a los pesqueros que les rodean... e igualmente a un paquebote que lleva a bordo mil pasajeros cuyo mensaje acabo de captar y que se encuentra en las mismas dificultades que nosotros. Y también para tantos otros que no conocemos, pero tiene que haber más, ya que la tempestad se ha desatado súbitamente.

—¿De veras? Si he comprendido bien, aún pueden resistir una hora con la ayuda de su propio mazut.

—Media hora. Acaso tan sólo un cuarto de hora. Luego ya no respondo de nada.

—Está bien —dijo *Madame Bach*, siempre impasible—. Le doy las gracias por sus precisiones. Me gusta estar perfectamente informada antes de tomar una decisión. Por ello me gustaría hablar nuevamente con el profesor Havard, si es que se encuentra en condiciones.

Se acentuó la ferocidad de su sonrisa al escuchar la respiración jadeante del profesor.

—¿Señora presidenta?

—Tiene usted perfecta conciencia de lo que me pide, ¿verdad, señor profesor? En definitiva, una auténtica marea negra, menos importante que la del *Torrey Canyon*, pero considerable y de la que sin duda se hablará. Por lo que me ha dado a entender su comandante, de nada les serviría medidas a medias. ¿Es usted de la misma opinión?

—Soy de la misma opinión, señora presidenta —balbuceó el profesor.

Una ola más alta que las otras cubrió las cisternas y asestó a la torre un golpetazo que se propagó por todo el buque, haciendo estremecerse al capitán Müller, que se encontraba en el puente de mando. Luego vio la proa del *Gargantúa* sumergirse delante de él como si iniciara un descenso hacia las profundidades del infierno. *Madame Bach*, a la que el golpe había lanzado sobre la moqueta, sintió de repente la parte inferior del escritorio golpearle la nuca y los riñones, al mismo tiempo que el suelo parecía alejarse. Maurelle y David fueron igualmente maltratados. En todo el buque hubo unos momentos de silencio angustiados. *Madame Bach* sentía ahora que el peso de su cuerpo se había duplicado sobre la moqueta. Se aferró a una pata de la mesa y continuó hablando con un guiño cómplice a sus compañeros.

—Para una decisión tan grave, he de reflexionar todavía un poco, señor profesor. Es natural y estoy segura de que me comprende. Y también pedir consejo. ¿Sí, David? Tengo la impresión de que quiere darme su opinión.

Pese al tumulto, el físico no perdía palabra de la conversación. Comprendió al instante el estado de ánimo de la presidenta y entró en el juego.

—Los peces —susurró—. Los peces. El petróleo obtura sus sistemas de filtración.

—Eso era lo que yo pensaba —dijo *Madame Bach*—. El petróleo obtura los sistemas de filtración de los peces. Creo que usted no lo ignora, señor profesor.

—Siniestro de Falmouth, en 1969, en las costas de Massachusetts —murmuró a su vez Maurelle, cuyo mareo se disipaba a ojos vista, hasta tal punto vibraba con la embriaguez de la situación—. El noventa y cinco por ciento de los peces recogidos estaban muertos. Y apenas se trataba de seiscientas toneladas de petróleo; una bagatela si se compara a lo que lanzan nuestras bombas a la hora.

Madame Bach, después de dar gracias con la mirada a su secretario, repitió:

—No me corresponde a mí, señor profesor, recordarle el siniestro de Falmouth en 1969...

—Los moluscos y los crustáceos —susurró David—. Los moluscos y los crustáceos que impiden la proliferación de las algas. El petróleo les ocasiona la muerte por paro respiratorio, provocando así que esos vegetales nauseabundos invadan las playas.

—Usted no ignora, señor profesor, que el petróleo es fatal para los moluscos y los crustáceos. Como consecuencia, las algas invaden las playas. He ahí un ejemplo típico de desequilibrio biológico creado por la mano del hombre.

—Las aves marinas —susurró Maurelle—. Las gaviotas y los albatros. Mire, *Madame*. Lea.

Había olvidado completamente su mareo. Un nuevo sumergimiento del *Gargantúa* le había lanzado también contra la moqueta junto a su superior. Entre los objetos que pululaban por el suelo, el azar hizo que se golpeará la nariz contra una de las numerosas revistas de ecología que *Madame Bach* llevara consigo y que de vez en cuando leía rechinando los dientes. Maurelle conocía de memoria todos sus reportajes y abrió aquella por la página exacta. Agarrándose con una mano al hombro de su superior, con la otra le puso ante las narices el interesante mensaje. *Madame Bach* leyó con toda la calma que le permitían las fantásticas embestidas del navío.

—Con ocasión del naufragio del petrolero *Arrow*, en 1970 en las costas de Nueva Escocia, las principales víctimas fueron las aves marinas. No lo habrá olvidado, señor profesor. Perecieron más de siete mil de esos desgraciados volátiles, en especial en la isla Sable, que se encontraba a doscientos veinticinco kilómetros del lugar del naufragio. ¿Me oye bien? ¡Doscientos veinticinco kilómetros!

—Los pingüinos —intervino David.

Él también había sido lanzado de su asiento. El trío se encontraba ahora tumbado en el suelo, entre despojos, entre las cuatro patas del escritorio, la señora presidenta aferrada a una de ellas, los dos hombres agarrados a sus hombros, las tres cabezas golpeándose violentamente contra el tablero de la mesa a cada nuevo sumergimiento del *Gargantúa*, los cuerpos aplastados contra la moqueta cada vez que subía de nuevo. *Madame Bach*, entre esos dos extremos, alentándoles con la mirada a que le suministrasen armas.

—¡Es verdad! ¡Los pingüinos! —exclamó Maurelle.

Agarrándose a su vez a una pata de la mesa y en medio del remolino desmelenado de objetos heterogéneos, hojeó febrilmente la revista y pronto encontró la página adecuada que mostró a su superior. *Madame* Bach procedió a su lectura, intercalando breves comentarios.

—Los pingüinos, señor profesor. ¿Me escucha bien? Una vez más, en 1970, una encuesta en la que creo que usted participó, reveló que los pingüinos comunes se encontraban amenazados de extinción en las costas británicas, así como también los pájaros bobos y las fraterculas, siendo achacados los estragos, sin discusión posible, a las capas de petróleo que soltaban los petroleros.

—Y los pájaros niños del Cabo —sugirió David.

—Y las focas —dijo a su vez Maurelle.

—Los pájaros niños del Cabo quedaron con las alas embadurnadas por una capa oscura y pestilente antes de morir lentamente. Y con cada marea negra las focas quedan diezmadas.

—Y el plancton —adujo precipitadamente Maurelle, mientras *Madame* Bach recuperaba el aliento, enseñándole otra página de su preciosa revista.

—Y no olvidemos el plancton —declaró ella con un rictus francamente sádico—, ese plancton especialmente vulnerable, sensible a la más mínima película de aceite o petróleo, que se divide —corríjame si me equivoco, señor profesor—, que se divide en fitoplancton, el cual, gracias a la fotosíntesis, suministra a nuestra tierra una tercera parte de su oxígeno, y en zooplancton...

Leyó toda una página de consideraciones científicas, siendo interrumpida a veces su lectura por una zarabanda demasiado violenta en el salón. Por último, tras haber consultado con la mirada a sus dos cómplices, se decidió a poner fin a aquella fiesta resumiendo con tono glacial.

—Pese a todo ello, ¿persiste en su solicitud, señor profesor? Supongo que se dará perfecta cuenta de que se está grabando esta conversación.

Los tres personajes prestaron oído atento, pero sólo percibieron una especie de sollozo. Por último, se escuchó la voz del comandante que, con tono bastante seco, contestó:

—Tenemos consciencia de todo ello, *Madame*, y mantenemos nuestra petición. Y en mi calidad de responsable de la suerte de este barco, le recuerdo que ahora sólo es cuestión de minutos.

—Bien —admitió *Madame* Bach—. Prefiero ese lenguaje. Satisfaremos su petición.

Pero antes de llamar al capitán Müller, tuvo un impulso nada habitual en ella y que no parecía corresponder a sus altas funciones presidenciales; un gesto de entusiasmo juvenil que hizo suponer a Maurelle que acaso no fuera puro cerebro como hasta entonces había creído o un demonio como tuvo la impresión instantes antes. Se agarró febrilmente al cuello de su secretario y al de David, y sin preocuparse de la loca batahola que sacudía el salón, estrechó a los dos compinches

con un abrazo convulsivo, ofreciendo el trío un espectáculo comparable al de los jugadores de fútbol que acabaran de marcar el gol definitivo en un encuentro internacional.

Sólo después de aquel desmelenamiento, recuperó algo su calma, logró incorporarse, llamar a Müller y, una vez informada sobre la situación, que seguía siendo la misma, le habló en estos términos:

—¡También le abrazo a usted, comandante!

—¿Cómo? —repuso Müller, convencido ya de que la locura reinaba alrededor del Cabo.

—No me haga caso, ya se lo explicaré luego. Pero lárgueles petróleo, comandante. Lárgueles, lárgueles, lárgueles, ya que ésa es su jerga entre los marinos. Lárgueles todo el que necesiten. Y sobre todo no escatime. Se hará bajo mi responsabilidad. Los ecólogos han pagado el precio.

IV

Pese a sus malhumoradas reflexiones, el capitán Müller anhelaba aquella decisión con toda su alma. Y se había preparado para ello. Desde que comenzara la alerta, hacía que calentaran el petróleo para facilitar el bombeo. Guillaume y sus mecánicos sólo esperaban una breve orden suya, que dio al instante.

Entonces, lanzando un desafío a las olas que le molestaban, exasperado tras un período demasiado largo de paciencia ante aquella serie de afrentas, el *Gargantúa* pasó sin más contemplaciones al ataque proyectando torrentes de líquido negro sobre la mar. Tan sólo fueron necesarios unos minutos para que la situación mejorara alrededor del gigante. Las olas vacilaron. Seguían siendo igual de altas, pero ya no se estrellaban contra el casco. El método de largar aceite se lo habían enseñado en los cursos de la marina mercante y estaba resultando eficaz, siendo el propio *Gargantúa* el primero en beneficiarse. Los fenomenales golpetazos que amenazaban con derribar la torre fueron amortiguándose. Alrededor suyo los pescadores africanos, entre los que muchos se encontraban en situación crítica, empezaron a dominar de nuevo sus embarcaciones. Una calma relativa fue estableciéndose a medida que la capa de petróleo se hacía más densa y más amplia. Pronto alcanzó al *Albatros*, al que casi se había unido el petrolero, y Müller pudo verlo dirigirse de nuevo a tierra, a marcha lenta, siguiendo la marea negra que se extendía a extraordinaria velocidad.

Los pescadores comprendieron rápidamente la maniobra. Aprovechándose ellos también de aquella bendita capa, fueron alejándose del *Gargantúa*, que había reducido al mínimo su velocidad para poder permanecer el mayor tiempo posible por aquellos parajes.

Pronto desaparecieron entre el torrente negro que se confundía con la noche.

Transcurrió alrededor de media hora. Luego, un marino llevó a Müller un cable procedente del *Albatros*.

«Bien recibida su marea negra. Inmenso agradecimiento. Situación ha mejorado. Las olas ya no se estrellan. Existen probabilidades alcancemos la costa sanos y salvos, si pueden continuar».

—¿Durante cuánto tiempo según usted, comandante? —preguntó *Madame* Bach a quien consultara por interfono.

—Sin duda, de media hora a una. Desde luego, la capa superficial se extiende rápidamente, pero es preciso que mantenga cierto espesor para conservar su eficacia.

—¿Y puede hacerse?

—Desde luego. Casi nos hemos detenido. Este deslastrado también nos beneficia a nosotros.

—Prosiga —autorizó *Madame* Bach.

Al cabo de tres cuartos de hora, mientras el *Gargantúa*, capeando el temporal, apenas había avanzado, llegó al puente de mando otro cable del *Albatros*:

«Nos encontramos cerca del puerto. Lo alcanzamos, gracias a ustedes, al mismo

tiempo que su marea. Parece que todos los pescadores nos han precedido. Una vez más, gracias».

Müller se disponía a ordenar el cierre de las compuertas y la interrupción de los trabajos de soltar lastre, cuando casi simultáneamente se recibieron otros mensajes de socorro. Llegaban de barcos que se encontraban más lejos y que, sorprendidos por el temporal, se encontraban en una situación tan crítica como el *Albatros*, al ser asaltada su estructura por olas monstruosas que, al estrellarse, amenazaban con destrozarlos. Entre ellos, el paquebote ya señalado daba su posición a unas diez millas del petrolero. Su comandante había escuchado el diálogo entre el *Gargantúa* y el *Albatros*. Se dirigía a Müller a quien conocía y terminaba su mensaje de socorro con las siguientes palabras: «El petróleo que han largado no ha llegado hasta nosotros. ¿Podrían acercarse? Llevo a bordo dos mil pasajeros».

—¿Podemos acudir? —preguntó *Madame* Bach, que había sido de nuevo consultada.

—Representa una maniobra que no es demasiado aconsejable con semejante tiempo. Pero el *Gargantúa*, al aligerar su carga, resulta más manejable. Hemos soltado cerca de seis mil toneladas. No es demasiado, pero sí bastante.

—¡Seis mil toneladas!

Hizo un rápido cálculo. Maurelle, que aún se encontraba en el salón con David, la vio suspirar.

—Un poco más y todo estará en orden —añadió Müller en tono alentador—. Y la ruta que nos acerca al paquebote pasa por las proximidades de otros barcos que también se encuentran en dificultades.

Madame Bach alzó la cabeza con los ojos brillantes.

—Adelante —dijo—. Y siga deslastrando a todo lo largo del trayecto. Acepto plenamente la responsabilidad. Unos miles de toneladas perdidas...

—Y algunos millones de dólares —observó Maurelle.

—Pero ¡qué prestigio! —exclamó la señora presidenta.

David y Maurelle hicieron ademán de aplaudir. Müller dio las órdenes oportunas a la caseta del timón. El *Gargantúa* se estremeció todo él al tomar nuevo rumbo, bastante peligroso, y forzando su velocidad. Pero, como dijera el comandante, a medida que perdía peso, adquiría mayor agilidad y ligereza. Majestuoso, olímpico, acompañado por los torrentes de líquido oscuro que lanzaba por babor y estribor, con la energía de todas sus bombas, la proa erguida, la torre y el reactor comenzando a dominar de nuevo sobre el desencadenamiento de las olas intimidadas, encendidas todas sus luces, al compás de los sonidos triunfantes de la sirena que Müller hacía ulular incesantemente para anunciar su proximidad a los desgraciados que se disponía a socorrer, el buen *Leviatán* se sumergió en la noche africana, para distribuir los beneficios de su marea negra redentora sobre una mar fascinante.

Notas

[1] *The Nature of the physical world.* Arthur Eddington. <<